



Labios de miel

Rosalie Henaghan

Labios de miel

Ally se sintió atraída por James desde el primer momento. Pero "confiar" no era una palabra que se encontrara con facilidad en el "diccionario" de Ally; especialmente cuando se trataba de un hombre tan encantadoramente irresponsable como James,

Si ella le había dejado tan claro que no pensaba formar parte de su club de admiradoras ¿por qué James insistía en que siguieran viéndose tan a menudo?

CAPÍTULO 1

ALLY, Alice, zapatos nuevos! Ally Barrett le sonrió al feliz niño; después levantó a la gemela de Geoffrey y la sentó en el banco.

—¡Greer, ahora te toca a ti!

Con dedos hábiles le quitó los zapatos y miró a su alrededor en busca de la empleada de la tienda que había ido a buscar un segundo par de zapatos.

—Buenos días, señora. Creo que usted necesita estos zapatos.

El hombre llevaba un par de diminutos zapatos negros en una mano y en la otra tres pequeñas cajas de cartón. Les sonrió a los gemelos de cabello castaño, que miraron asombrados al recién llegado. Ally pudo comprender su asombro. El hombre que se hallaba frente a ellos medía más de uno ochenta de estatura y tenía un cuerpo fuerte y atlético que recordaba más los campos deportivos que las oficinas de ejecutivos, aunque su traje de lana gris, de gran calidad, era un ejemplo de la habilidad de un buen sastre. Ally observó los gemelos de oro en el puño de la camisa, pero también vio que él llevaba la corbata con la letra T, que usaban todos los hombres en la tienda Tasman.

Instintivamente, se sintió atraída por el hombre, aunque enseguida se arrepintió de su pequeña debilidad al ver la expresión burlona en la mirada de él. ¡Sabía que era bien parecido y disfrutaba de la admiración femenina!

Incómoda, Ally se volvió hacia Geoffrey, que le sonreía feliz, y recuperó el buen humor. ¿Qué le importaba lo que pensara ese Adonis? Se echó hacia atrás los dorados cabellos y se miró en el espejo; le agradaba cómo iba vestida. Debajo del abrigo llevaba una camisa y un pantalón deportivos. Era ropa de abrigo, práctica y muy adecuada para su trabajo de niñera.

—¡Ally, Ally, Alice! Quiero pasas, por favor —exigió Geoffrey.

—Ahora te las doy.

Buscó en el bolso y miró a Greer para ver si ella también quería. En ese momento notó la expresión de desagrado burlón en el rostro del hombre. Estaba observando su bolso manchado de barro, pero ella no le iba a explicar a ese engreído que Geoffrey lo había dejado caer en la calle. Había intentado limpiarlo, aunque sin mucho éxito. Podía haberlo dejado en el coche, pero los gemelos necesitaban muchas cosas y no le fue posible.

Comprendió que estaba completamente fuera de lugar en la sección de zapatería de Tasman, de sobria elegancia y decoración, la principal tienda de la ciudad. Si la madre de los gemelos no le

hubiera indicado que fuera a comprar los zapatos a ese lugar, donde podía utilizar su tarjeta de crédito, los habría llevado a otra tienda donde los hubieran aten-

dido mejor ¡y con personal agradable! En ese momento Greer vio los zapatos negros y protestó.

—¡Quiero zapatos rojos! ¡Como los de Ally!

El hombre sonrió esperando sus instrucciones.

—¡Ally, zapatos rojos, por favor!

Recordó que la madre de los niños no había especificado nada sobre colores y los zapatos rojos combinarían con la ropa de Greer.

—¿Tiene otros iguales en rojo? —le preguntó al hombre.

Él se alejó para buscarlos y Ally notó que había manchado de barro el banco. Sacó unos pañuelos de papel y lo limpió; después se levantó y fue a arrojarlos a una brillante papelera de bronce. Cuando regresaba, vio con angustia que Geoffrey se había bajado del banco y se dirigía a toda velocidad hacia las escaleras mecánicas. En ese momento volvió el hombre y, comprendiendo el peligro, se dirigió hacia el niño al mismo tiempo que ella.

—¡Señora, las escaleras pueden ser peligrosas!

—¡Dígale eso a sus superiores! ¡Es culpa de ellos tener la sección de zapatos para niños justo aquí!

El primer impulso de Ally fue recoger a los niños y abandonar la tienda, pero comprendió que sería ridículo, poco profesional e injusto irse sin haber comprado los zapatos para Greer. Cogió a Geoffrey y lo llevó de nuevo al cochecito en que estaba sentado antes, donde lo dejó a pesar de sus protestas. Luego miró hacia donde estaba Greer y la vio acostada en el sillón, tratando de arrancar uno de los botones del forro.

—¡Greer, no! —la hizo sentarse bien y la distrajo

mostrándole los zapatos rojos, mientras Geoffrey chillaba desesperado al descubrir que lo habían inmovilizado. En ese momento la joven recordó que aún tenía las pequeñas bolsas de pasas.

—¿Geoffrey, quieres pasas?

El niño dejó de gritar y le sonrió.

—¡Por favor, Ally!

Le entregó una bolsa al niño y guardó otra para Greer. Arrodillado frente a la niña, el vendedor parecía el príncipe de la Cenicienta. Con habilidad le puso los zapatos y Greer se levantó, sonriendo feliz.

—¡Mira, Ally! —la niña bailó y después se inclinó para admirar sus zapatos nuevos—. ¡Zapatos rojos!

El hombre se levantó.

—Una elección acertada. La niña, al igual que su madre, aprecia el color.

Ally estuvo a punto de decirle que Greer no era su hija, pero le pareció percibir un tono desdeñoso en la voz de él.

¡El color es divertido! —le sonrió—. ¡Hay demasiadas personas insípidas! —se inclinó para revisar los zapatos y descubrió que le quedaban perfectamente a la niña—. ¿Quieres llevártelos puestos, Greer?

La pequeña, feliz, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y Ally se levantó. ¡Al fin podrían irse!

—Muy bien, señora, pondré los usados en una caja —expresó el hombre—. ¿Pagará al contado o lo cargo a su cuenta?

Envolvió los zapatos viejos y cogió la tarjeta que Ally le ofrecía. Escribió la nota y se la entregó y en ese momento, al ver el precio, la joven se detuvo. No

había pensado que los zapatos de los niños pudieran ser tan caros. ¿Por qué no había preguntado antes el precio?

—¡Espere! ¿Ese es el precio? —notó que él se sorprendía por la pregunta—. ¡Eso es más de lo que pago por los míos!

—Señora, el tamaño no tiene nada que ver necesariamente con la calidad.

Ally se enfureció por el comentario.

—Los zapatos de los niños son de lo mejor —añadió él—. No son caros, si se tiene en cuenta que la piel es de la más alta calidad y el acabado es excelente. Es un magnífico ejemplo de la calidad de nuestros productos.

Greer se estaba mirando en un espejo con una sonrisa de felicidad. Ally lo lamentó; Greer era una niña muy feliz y alegre y era raro que pidiera algo. Sin embargo, cuando tomaba una decisión, era muy difícil hacerla cambiar de idea. Ally suspiró.

—Lo siento. ¿No tiene otro par en rojo? ¿Del mismo tamaño pero más barato?

—Por supuesto, señora —él le señaló las otras dos cajas que había llevado—. Este par tiene la misma duración y realmente creo que puede quedarle bien.

—Greer, ven aquí, querida —ordenó Ally—. Quiero que te pruebes otros zapatos. ¡Quizá sean más bonitos!

Alzó a la niña, la abrazó y la colocó de nuevo en el banco, mostrándole las nuevas cajas. La pequeña sonrió al encontrar la bolsa de pasas que Ally había metido en los zapatos nuevos. Mientras se entretenía abriendo la bolsa, Ally le quitó los zapatos

caros y

los guardó en la caja. Cogió el segundo par y trató de ponérselos, pero la niña había arqueado el pie para evitarlo. La joven comprendió que la batalla estaba a punto de iniciarse.

—Quizá pueda ayudar —comentó el vendedor.

Ally casi lanzó una carcajada. ¡Claro que estaría dispuesta a dejar que lo intentara! Greer se había sentado ahora sobre sus piernas.

—Esos zapatos tienen un color precioso… rojo brillante.

El hombre, aparentemente, no estaba dirigiéndose a la niña sino observando los zapatos. Los revisó con cuidado y después fue por una lámpara y les dio vuelta con lentitud, haciendo que brillaran bajo la luz.

—Me gustaría que te los probaras. Tienes unos pies muy delicados ¡y qué calcetines tan bonitos llevas!

Ally tuvo que reconocer que el hombre podía ser encantador cuando lo deseaba. Riendo, Greer extendió una pierna para permitir que le pusiera el zapato, lo observó y después miró al vendedor. El hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, como si estuviera comprando un cuadro de un millón de dólares. Con toda elegancia, como si le hiciera un favor, Greer extendió el otro pie. Cuando tuvo calzados los dos pies, se levantó y caminó hacia el espejo. Bailó frente a él y después, al ver que Ally sonreía, corrió hacia ella y la abrazó exclamando:

—¡Zapatos nuevos!

—Gracias —le dijo la joven al vendedor, reconociendo su habilidad—. Nos los llevaremos.

Mientras ella colocaba a Greer en la silla junto a su hermano, el hombre le preparó la cuenta. Ally firmó y se dirigió hacia el ascensor.

Apenas le quedaba tiempo de ir a ver a su amiga Anne, para devolverle las últimas notas y los libros. Se habían conocido a los ocho años de edad, cuando Ally se había mudado con su madre y sus hermanos a la ciudad de South Island, Nueva Zelanda. Su amistad había comenzado por un dibujo y Ally aún podía recordar su mutua satisfacción al encontrar a otra niña, que como ella, disfrutaba dibujando cualquier cosa. En la escuela las habían apodado a las dos A, Alice y Anne, las artistas. Ahora habían cumplido diecinueve años. Anne estaba estudiando diseño y Alice había aprendido mucho leyendo los libros de texto que le prestaba su amiga, los cuales, debido a su gran tamaño, se los entregaba o recogía cuando disponía de automóvil.

El ascensor se detuvo en la planta baja y a Ally se dirigió rápidamente hacia la puerta principal. Sin embargo, una figura alta y distinguida se interpuso en su camino. La joven lo miró incrédula. El hombre tenía que haber bajado corriendo cuatro pisos por la escalera; y sin embargo, no demostraba agitación alguna.

—Discúlpeme, señora ¿le importaría regresar a la tienda conmigo? —el tono de su voz era tranquilo pero autoritario.

—Sí, sí me importaría —replicó Ally—. ¿Por qué? Tengo que dar de comer a los gemelos.

—No creo que quiera discutir aquí su robo a la tienda.

-¿Robo?

La acusación la aturdió, de modo que permitió que él la llevara con los niños hasta una oficina privada. Él se instaló detrás de su escritorio y cuando le indicó con un ademán que se sentara, ella se negó. Molestos por la falta de movimiento, los dos niños comenzaron a mover las piernas. Luego Geoffrey comenzó a dar de patadas y Ally se inclinó y colocó una mano sobre los zapatos recién adquiridos. ¡No quería que se estropearan antes de que los vieran los padres de los chicos!

—El niño también tiene zapatos nuevos. No le servirá de nada tratar de cubrirlos con las manos. Son de Tasman, puedo ver nuestra marca en la suela.

—No comprendo —Ally frunció el ceño, preguntándose qué quería decir él con eso.

—¡Será mucho más fácil para usted y para los niños si reconoce que no ha pagado esos zapatos!

—Usted sabe que no he pagado en efectivo. Usted los cargó a la cuenta que le indiqué.

—Yo le vendí y le cobré un par de zapatos, señora.

—¡Pero son gemelos, compramos dos pares! —había un tono de protesta en su voz—. ¡La cuenta! Ahí debe de aparecer el pago de los dos pares de zapatos.

Después de mucho trabajo encontró la cuenta en su bolso, así como la tarjeta de crédito. Al leerla, palideció. En la nota sólo aparecía un par de zapatos rojos.

—Creo que estos son suyos —con dos dedos, el hombre cogió por los cordones los zapatos viejos de Geoffrey y los puso sobre el escritorio—. Robar en una tienda es algo malo ¡pero servirse de unos niños es repugnante!

La ira dominó a Ally.

—Esa es una afirmación insultante —miró a su alrededor en busca de ayuda pero no vio a nadie—. ¡No puedo creer que esto

esté ocurriendo!

La expresión en el rostro de su inquisidor le indicó que estaba convencido de su culpabilidad. Mentalmente repasó todo lo que había ocurrido esa mañana hasta que recordó el cambio de vendedores.

—Ya sé cómo ocurrió el malentendido. Usted cometió un error.

-¿Un error? ¿Yo?

Era evidente la indignación en la voz masculina. Él podía pensar que ella era una ladrona ¡pero a ella no le estaba permitido pensar que él había cometido un error!

—Nos atendieron dos personas —le explicó Ally y pudo ver que él enrojecía—. La primera fue una mujer de poca estatura, de cabello oscuro, de unos cuarenta años de edad, muy agradable. Ella le puso los zapatos a Geoffrey y después fue a buscar otros para Greer. Justo cuando yo pensaba que se había olvidado de nosotros, llegó usted pero no anotó el primer par en la cuenta.

—Pudo ocurrir un error —reconoció él de mala gana—. Si realmente ha sido así, me disculpo. Tendré que prepararle otra cuenta.

Ally se dio cuenta de que él se sentía incómodo.

—¿Señora Thwaites?

El hombre había comparado su firma con la de la tarjeta. Ella había esperado que se lo preguntara en la primera ocasión, pero él no había verificado la firma. Otro error suyo.

—No soy la señora Thwaites. Soy Alice Barrett, la niñera de los niños. Vea sus archivos y hallará que estoy autorizada para utilizar la tarjeta para comprarles ropa y zapatos. Se lo expliqué a la vendedora que nos atendió primero.

—¿Comprende que será necesario verificar su firma? —él hablaba en tono suave, cortés, y parecía seguro de que ella se lo estaba inventando todo—. Por favor tome asiento, señora Barrett.

Ella se imaginó cogiendo el banco para llevárselo sobre los hombros, y sonrió.

Sorprendentemente, el hombre sonrió también después de mirar el banco y de nuevo a ella.

—No creo que sea usted capaz de eso —comentó, como si le leyera el pensamiento—. Resolveremos este asunto inmediatamente.

Oprimió un timbre y enseguida apareció un jefe de sección.

—¿Sí, señor Tasman? —el supervisor le sonrió con adulación—. ¿Para verificar una tarjeta? Desde luego, señor Tasman.

Tasman, de la tienda Tasman. El apellido coincidía con el nombre del negocio. Quizá él estaba trabajando como vendedor de

zapatos, pero era obvio que no era un empleado común y corriente. Ally lo observó mientras revisaba un archivo, tal vez para comprobar si ella había sido detenida por robar en la tienda en alguna otra ocasión.

—¡Ally, yo hambriento!

—Estoy segura de que tienes hambre, Geoffrey, pero el decirlo no hace que la situación sea más agradable para ti o para los demás —la joven adaptó la cita de Goethe y vio cómo el vendedor la miraba sorprendido. Era evidente que había cambiado de opinión sobre su nivel cultural—. ¿Tardará mucho en hacer esta revisión? —le preguntó ella. Ya no podría pasar un rato con su amiga; apenas tendría tiempo para entregarle los libros.

—Si todo está bien, no tardaremos más de tres minutos —fue la respuesta.

Ally se preocupó. ¿Y si la madre de los niños no había entregado copia de su firma? Pasaron más minutos y ella miró desesperada su reloj.

—¡Creo que ya hemos esperado lo suficiente! ¡He dejado el coche mal aparcado y van a ponerme una multa! Le dejo los zapatos. Sepárelos y el señor o la señora Thwaites vendrán a recogerlos, si es que aún quieren comprar aquí.

Antes de que los gemelos comprendieran lo que estaba ocurriendo, les quitó los zapatos y los dejó sobre el mostrador con violencia. Los gritos de indignación de Greer aumentaron, pero, con el rostro profundamente enrojecido, Ally se dirigió hacia la puerta.

Al salir decidió no entregar ese día los libros y se concentró en conducir el automóvil, agradecida de que los Thwaites vivieran cerca de la ciudad. Una vez que llegaron a la casa, la vista de la comida tranquilizó a Geoffrey; Greer se negó a ingerir las verduras y continuó llorando.

Después de que el niño terminó con su comida y la de su hermana, Ally lo llevó al baño y enseguida lo acostó en la cuna. Antes de salir de la habitación Geoffrey ya dormía, así que la joven regresó a ver a Greer.

—Ven, pequeña —la abrazó y la meció mientras dos grandes lágrimas le corrían por las mejillas—. Querida, tendrás los zapatos rojos ¡te lo prometo! —le aseguro—. Llamaré por teléfono a tu mamá o a tu papá para ver si pueden pasar por la tienda de camino a casa y traértelos. Si no, yo los recogeré más tarde. ¡Aunque tenga que enfrentarme de nuevo con el señor Tasman!

—No quiero los zapatos ¡quiero mi muñeco, la señora Conejo!

Ally buscó la bolsa y hurgó en ella, pero el muñeco no estaba

allí. Recordó que la última vez que lo había visto fue en la oficina del señor Tasman.

—Greer, lo siento, querida. En cuanto te acuestes y te duermas llamaré a la tienda por teléfono.

Unos minutos más tarde, mientras aún se oían los sollozos de la niña, buscó la guía telefónica y llamó a la tienda.

—Por favor, comuníqueme con el señor Tasman.

—El señor Tasman no se encuentra en este momento. ¿Quiere que le comunica con su secretaria o desea llamar más tarde?

Ally vaciló. Los mensajes se pueden perder u olvidar.

—¡No espere! Comuníqueme con la planta baja, con el servicio de información, por favor.

Explicar la pérdida de la señora Conejo fue fácil, y se sintió aliviada cuando la comprensiva mujer que contestó le dijo que iría a ver si lo encontraba. Después de una larga espera, escuchó de nuevo la voz de la empleada.

—Lo siento mucho pero no hay ningún juguete. Quizás se lo llevó otro niño. Déjeme su número de teléfono para llamarla en caso de que lo encontremos.

Ally le dictó el número telefónico y colgó el auricular. Se oían los sollozos de Greer mientras ponía la cafetera en el fuego y se preparaba unos sandwiches. Sólo pudo comer uno pues los sollozos de la niña no cesaban. Fue hasta su cuna y la cogió en brazos. Después de un largo rato durante el cual inventó cuentos acerca de la señora Conejo escondida en las cajas de los zapatos o jugando en la tienda, Greer le pidió:

—Dibújame a la señora Conejo, Ally.

—Tienes que ayudarme.

La joven dibujaba mientras Greer la ayudaba con los colores. Al fin la pequeña se tranquilizó, convencida que la señora Conejo estaba a salvo.

—Dibuja al hombre, Ally. Él conoce a la señora Conejo.

Ally dibujó una figura masculina, pero la niña no quedó satisfecha. Deseosa de tranquilizarla y complacerla, la joven dibujó el rostro del hombre, exagerando los ojos azules, el ceño fruncido y la nariz.

Greer se rió.

—¡Qué gracioso! Dibuja más.

Ally trazó un círculo con varios animales y cuando vio que la pequeña extendía los brazos, la acogió.

Luchando por mantener abiertos los ojos, Greer le pidió:

—Ally, encuentra a la señora Conejo… —luego se quedó

dormida.

Mientras se preguntaba preocupada cómo podría conseguir otro conejo de juguete, Ally oyó el motor de un coche que se detenía frente a la casa. El señor Thwaites, que se dedicaba a la topografía, siempre pasaba a ver a los gemelos unos minutos cuando trabajaba cerca de allí. Pero en los últimos días sus visitas habían sido más frecuentes y a Ally le inquietaba su comportamiento. Al principio se había dicho que estaba imaginando un cambio en la actitud de él hacia ella, que pecaba de suspicaz y que era una coincidencia que sus últimas visitas hubieran sido después de la comida, cuando los gemelos estaban acostados. Él había comenzado a preguntarle por sus amigos y a hacer comentarios insinuantes, y después se produjeron los pequeños contactos «accidentales».

Ally no estaba segura de cómo manejar la situación, pero tendría que dejar bien clara su postura. La infidelidad conyugal había destruido su familia y aún recordaba las peleas y las discusiones entre sus padres. Después de la partida de su padre, esas peleas terminaron y desapareció la tensión, pero la experiencia había sido ¿olorosa. Los años transcurridos no habían suavizado la sensación que ella guardaba de haber sido rechazada y abandonada. Como la hija mayor, era consciente de las dificultades de su madre para mantener a los tres niños. Ally

sabía que el dinero que ella ganaba era una gran ayuda para la mujer.

Aunque sus amigos le insistían en que saliera, ella no había querido establecer una relación con ninguno de los jóvenes que conocía.

Ahora, con Greer en los brazos, decidió que sería el momento de aclarar las cosas con su patrón. La señora Thwaites merecía algo mejor, pensó. La madre de los niños, inteligente y encantadora, trabajaba desde las nueve hasta las cuatro de la tarde en la oficina de su marido, administrando el negocio.

Escuchó los pasos del hombre en el portal y al alzar la vista se quedó mirándolo llena de asombro. ¿Era el señor Tasman el que estaba allí afuera? ¿Qué podía desear?

CAPÍTULO 2

EL pequeño juguete que sostenía en la mano el señor Tasman fue lo que hizo que Ally se dirigiera con rapidez hacia la puerta para abrirla.

—¡Señora Conejo! ¡Adelante!

Él pareció sólo ligeramente sorprendido por el saludo y observó a la niña, que tenía las mejillas húmedas por las lágrimas.

—¿Ha tenido problemas? —preguntó él.

—Sí. ¿También ha traído los zapatos? Déme sólo un minuto para acostarla.

Cuando regresó, el señor Tasman estaba de pie junto a su libreta de dibujo, y la había abierto.

—¡Eso no es para que usted lo vea! —protestó la joven.

—¡Tiene mucho talento, señora! No sabía que mi cara tuviera un aspecto tan fiero.

—Usted pensó que yo era una ladrona. ¡Dos veces!

—Sí —aceptó él—. Y he venido a disculparme. Regresé a la sección de zapatería y hablé con la vendedora. Ella me dijo que usted le había explicado que era la niñera y que le habían dado instrucciones para comprar dos pares de zapatos y cargarlos a la cuenta de sus patrones. Tengo entendido que usted escogió un par y ella se los probó al niño y después fue a buscar unos iguales para la niña. En ese momento yo me hice cargo.

—¿Por qué? No me parece una buena política interrumpir a alguien cuando está cerrando una ventana.

—Tiene razón, pero las circunstancias no eran de rutina —el dudó un instante—. Creo que tiene usted el derecho de conocer el motivo. El marido de la vendedora se encuentra en el hospital y esta mañana lo operaron. Yo le había ofrecido que se tomara el día libre, pero me dijo que prefería mantenerse ocupada. El médico llamó por teléfono para decirle que la operación había sido un éxito y ella se sintió tan aliviada que comenzó a llorar. Yo sabía que esperaba esa llamada, así que me aseguré de estar cerca. Cuando conocí las buenas noticias, la envié a tomar una taza de té y ocupé su lugar en la zapatería. Ella había seleccionado lo zapatos negros, así que yo los cogí y busqué al posible comprador. Tenía que ser usted. Por desgracia yo no sabía nada sobre los zapatos del niño, hasta que vi los viejos entre los nuevos. Para entonces, usted ya había desaparecido, así que utilicé el ascensor del personal para llegar antes a la calle. El resto ya lo sabe. Tuvimos problemas con la tarjeta debido a un fallo del ordenador. Antes de que pudiera

resolver el problema, vi el juguete olvidado e imaginé lo mucho que significaba para Greer.

—Gracias por la explicación y por traerme el juguete de Greer. Ella estaba muy disgustada.

—Tengo un hermano menor a quien de niño le encantaba un viejo oso. Pude enviar el juguete con un mensajero, pero quería verla. No me resulta fácil reconocer que me equivoqué, lo siento.

—¿Quiere que le firme la factura por los zapatos de Geoffrey? - Ally se inclinó y firmó la factura que él le entregó.

—Gracias. Quisiera darle esto —el hombre sacó una tarjeta gris del bolsillo interior de su chaqueta—. Es una invitación para dos personas para comer en la cafetería bar de Tasman. Es una forma simbólica de compensar la desagradable experiencia de esta mañana.

—No es necesario, con la disculpa es suficiente.

—Por favor, tómela. No queremos perder clientes. Tanto el señor como la señora Thwaites son clientes de Tasman desde hace muchos años y supongo que usted no piensa llevar allí de nuevo a los niños.

—No se equivoca —reconoció Ally—. Hay otros lugares donde sí toman en cuenta las necesidades de los niños pequeños.

—Estoy de acuerdo con usted y le prometo que en el futuro observará mejorías —le dejó la tarjeta en el cuaderno de dibujo—. ¿Hacemos las paces?

Había algo infantil en la expresión de su rostro y la joven se sonrió.

—¿Puedo ver de nuevo ese dibujo? —preguntó él.

—No es muy bueno. Es difícil dibujar cuando se está tratando de tranquilizar a un niño. Sin embargo, dio resultado.

Le entregó el cuaderno y mientras él observaba el dibujo, ella pudo ver cómo cambiaba la expresión de su rostro, de diversión a cierto interés.

—¡Tiene usted mucha imaginación! Los animales son algo muy original. Me gustan los zapatos rojos de la jirafa. El pequeño león regordete es muy gracioso. Dígame, ¿cuánto cobra por sus dibujos? Me gustaría mucho comprar éste.

Ally lo arrancó de la libreta y se lo entregó sonriendo.

—¡No es necesario que me halague! ¡Quiere asegurarse de que nadie vea esta caricatura suya! ¡Si lo desea, puedo tirarla a la basura ahora!

—¡No! ¡No! ¡Me gustaría conservarla! —él comenzó a enrollarla —. ¿Cómo es que decidió trabajar como niñera?

La pregunta la sorprendió pero no tenía intención de contarle la

historia de su vida.

—Es sencillo: me encantan los niños.

—¡Esos gemelos piensan que usted es maravillosa! Y estoy seguro de que su forma de vestir les hace mucha gracia.

Ally recordó el extravagante abrigo de colores.

—Me gusta la ropa alegre e informal —comentó ella, riendo—. Desde el primer momento no fui del agrado de usted.

—Pensé que usted tenía como dieciséis años y que era ridiculamente joven para ser madre de gemelos, una niña tratando de aparentar ser mujer. Pensé que me gustaría darle un puñetazo al tipo que la dejó embarazada y eso me sorprendió. Incluso cuando tuve tiempo de mirarla con más detalle y comprendí que tal vez tenía diecinueve años, seguía molesto.

No podía concentrarme en mi trabajo debido a la tensión sexual que había entre los dos. Usted tiene un aureola de inocencia, con todo ese cabello dorado... Quería tocarla... pero cuando la miré comprendí que me despreciaba.

—¡Qué sincero es usted! Además de muy bien parecido y de tener un cuerpo que cualquier escultor desearía copiar. ¡Y a usted le encanta! Con lo que le habrá costado ese traje, mi familia viviría durante meses. No apruebo que alguien tenga tanto mientras otros no tienen nada ¡y no estoy segura de si se debe a mi conciencia de clase social o sólo es envidia! Llegué a la conclusión de que a usted se lo habían dado todo en bandeja de oro —un ligero ruido le avisó que el café estaba comenzando a hervir—. Discúlpeme; tengo que apagarlo.

Corrió hacia la cocina para retirar la cafetera. El aroma del café era delicioso y vaciló. ¡Era la hora de comer! Se acercó a la puerta y preguntó:

—¿Quiere un poco de café y unos sandwiches?

—¡Por favor! Desayuné a las seis y no he comido nada en toda la mañana. ¡He tenido un día bastante difícil!

Ally tardó sólo dos minutos en preparar un par de sandwiches más y sacar otra taza de café.

—¡No es exactamente una bandeja de oro pero sí hay una cuchara de plata! —le sirvió el café—. Puedo adivinar su vida hasta ahora. Escuelas privadas, universidad, administración de empresas, viajes por todo el mundo. Ahora está aprendiendo el trabajo de la tienda desde los puestos más bajos... pero pronto ocupará el puesto más alto. ¿Estoy en lo cierto?

—En su mayor parte. Soy el gerente de nuestra principal tienda

de la ciudad, aunque, por supuesto, mi abuelo es quien controla toda la cadena. Mis padres y mis abuelos trabajaron muy duro y estoy orgulloso de ellos, y agradecido por lo que lograron, pero no soy de los que viven a costa de los demás. Trabajé en Tasman mientras estaba en la universidad y en las vacaciones. Mis padres no querían darnos todo en bandeja de oro, como usted dice —mordió un emparedado—. Nos daban su tiempo y mucho amor. Esa es la verdadera riqueza —cogió otro emparedado—. Son magníficos. ¿Me permite hacerle una sugerencia? ¡La próxima vez póngales más mostaza!

—Dudo que haya una próxima vez, señor Tasman.

—Yo me aseguraré de que así sea, y mi nombre es James.

—James.

—James Broderick. En honor de mi reverenciado abuelo. ¡Se lo merece, realmente es un hombre de negocios reconocido! —se rió con tono de barítono—. Los nombres me interesan. En tu caso te queda bien Alice, fantasía e imágenes de un mundo antiguo. Pequeña pero valiente. Los niños te llaman Ally, y en cierta forma eso también está bien. Es más dulce y alegre —dejó sobre la mesa la taza vacía—. Me gustaría verte de nuevo, Ally, si es que te queda tiempo libre entre salvar ballenas y protestar contra la contaminación.

Ella se sintió atraída hacia él, pero también amenazada por su encanto y asustada por la forma en que parecía adivinarle el pensamiento.

—No me parece una buena idea. Somos de mundos diferentes.

—¿Eres extraterrestre? ¿De qué planeta? —imitó la sorpresa de un niño pequeño—. ¡Ya sabía que en ti había algo fuera de este mundo!

La voluntad de la joven se debilitó y para que él no se diera cuenta comentó:

—Parece que me adivinas el pensamiento. ¿Cómo has sabido lo de las ballenas?

Él le señaló la libreta de dibujo.

—Hiciste un par de dibujos allí para letreros y pancartas.

—¡Eso es privado!

—Lo siento, Ally. No pude resistir la tentación de mirar mientras preparabas la comida. Realmente tienes talento. Deberías aprovecharlo.

—Me gusta comer, James, y no soy lo bastante buena para vivir del arte.

—Te subestimas, Alice. ¿Ves ese dibujo? Supongo que son tus

hermanos. Casi se les puede escuchar discutir y reír.

—Tienes razón. Acabábamos de tener una reunión para decidir si deberíamos ahorrar para comprar unas botas de fútbol para Jonathan o ir al cine.

—¡Vaya! Mi hermano también se llama Jonathan. La chica se parece a ti.

—Katie. Ella es la más joven; tiene doce años —Ally pasó varias páginas—. Mi familia.

—Merecería la pena ponerle un marco —la miró—. ¿No tienes padre?

—Huyó hace años. ¡Por suerte!

—¡Os abandonó? Lo siento. Tu madre parece una persona de gran carácter, sentada ahí, con esa tetera tan extraña.

—Mi madre es una gran persona y, por favor, no te rías de la tetera mágica. Es su hucha, ella guarda allí el dinero que sobra. ¡Por eso la llamamos así! Mamá es una administradora muy hábil.

—¡Y magnífica hortelana, por la selva tropical que se ve detrás! ¿Son tomates?

—¡Me parece que estás exagerando! Mucho antes de que se pusiera de moda, mamá se dedicaba a la horticultura. En nuestro caso era por necesidad. Muy pocas veces papá mandaba el dinero que se suponía tenía que darnos. Eso me molestaba mucho, pero mi madre tenía recursos para sacarnos adelante.

—Eso parece, pero tú no tienes apariencia de pobre. Recuerdo que cuando te vi me pregunté qué firma italiana habría diseñado tu abrigo. ¿Lo compraste en Milán?

—Nunca he salido del país. Viajar es para mí uno de esos sueños reservados para «algún día» —Ally tomó un lápiz y corrigió el borde sin terminar del pantalón de la figura de su hermana—. Así está mejor. Mi madre es una magnífica modista y nos enseñó a coser. Disfruto jugando con las telas. La mayor parte de nuestra ropa la hacemos con telas que conseguimos en las tiendas de instituciones de caridad. Cuando vi los tres vestidos de algodón en rojo, verde olivo y azul, no pude creer en mi suerte. Cincuenta centavos cada uno. Mi abrigo de parches de colores me costó tiempo y cuatro dólares.

—¿Ni siquiera adquiriste el modelo en Tasmaríl —No, he comprado muy poco allí en toda mi vida —sonrió, suavizando la crítica—. ¡Es demasiado caro! Yo preparo mis propios modelos. Acabo de terminar un curso de dibujo y diseño. ¡Es divertido! Me gusta el estilo de la época previa al pintor Rafael, pero también me gusta la ropa cómoda y práctica. La mayor parte del tiempo diseño

ropa deportiva y pantalones cortos. Así es como pagué el entrenamiento en la escuela de niñeras. También trabajé en una fábrica local de ropa deportiva. ¡Me juré que nunca más haría otro uniforme deportivo mientras viviera, y no lo hice durante una semana! ¡Y la culpa la tiene el fútbol! Jonathan rompe todos los pantalones por las rodillas.

—¡Un chico al que le gusta vivir peligrosamente! Mi hermano más joven también está loco por el rugby —James alzó el puño de su camisa para mirar el reloj—. Ya es hora de irme. El deber me llama y no puedo llegar tarde. Te llamaré por teléfono, Alice.

Le soltó las cintas rojas con que ella tenía recogido el cabello dorado, dejándolo caer libremente sobre los hombros.

—¡Precioso! ¡Tenía muchos deseos de hacer esto!

Una vez que él se retiró, Ally fue a ver a los gemelos, que seguían durmiendo profundamente. En ese momento, oyó que un automóvil se detenía frente a la casa y pensó que quizá James volvía por el dibujo. Preocupada, de pronto vio entrar a su patrón y se preocupó aún más cuando él la miró a ella y luego a la bandeja. Después entró en el dormitorio principal.

—Ally, ¿quién era ese tipo que he visto salir? ¡Ven aquí!

Como no quería entrar en la habitación, ella se detuvo en la puerta.

—Un hombre que vino a entregar los zapatos que les compré a los niños.

—¿Quién crees que soy? ¿Un tonto? ¡Mírate! Tienes el pelo suelto, hay dos tazas en la bandeja y mi cama no está bien hecha. No intentes decirme que los gemelos estuvieron saltando en ella.

Se acercó a ella y la joven pudo oler su aliento.

—¡Señor Thwaites, usted está ebrio! —lo acusó, molesta.

—¡Sólo he bebido un par de copas! Bueno, si un mensajero puede hacerlo, también yo.

La tomó en sus brazos y la llevó hasta la cama, donde la acostó. La incredulidad de ella dio paso a la furia.

—¡Basta! ¡Basta! —le gritó.

El aliento a whisky acalló sus protestas mientras él comenzaba a besarla, oprimiéndola bajo su peso y tratando de quitarle la ropa.

—Estoy loco por ti. Vamos, nadie lo sabrá. ¿Por qué no nos divertimos un poco?

Ally sintió que él trataba de soltarle el sostén y se dijo que tenía que detenerlo. Le tiró con fuerza del pelo y al fin él la soltó. Ella se levantó y corrió hacia la sala. Al llegar a la puerta, vio a James Tasman que, en ese momento, se disponía a llamar al timbre. Al

mismo tiempo, oyó que se cerraba la puerta trasera y el ruido de los pasos del señor Thwaites alejándose. Temblorosa, abrió la puerta.

—¡James! —exclamó.

—¿He interrumpido tu pequeña diversión en el dormitorio? —la expresión de los ojos de él era helada—. ¿Podría sugerir que la próxima vez cerréis las cortinas! He vuelto por el dibujo.

Lo cogió y se dirigió de nuevo hacia la puerta.

—¡No! —le dijo Ally con voz débil y escuchó que se alejaba el automóvil de su patrón—. James, no fue como...

Los grandes sollozos le impidieron continuar.

—¡Vamos, Alice! Si quieres divertirte con tu jefe, eso es asunto tuyo, pero no esperes que yo disculpe o apruebe el que ganes un poco de dinero adicional de esa forma.

Cerró la puerta de golpe y Ally se quedó inmóvil; después se dejó caer en la silla. Aún estaba allí cuando oyó que Geoffrey había despertado. Entonces fue hasta el teléfono.

—Señora Thwaites ¿podría venir a la casa? Los gemelos están bien, pero yo tengo que irme.

—Alice ¿qué sucede? ¿Estás enfadada?

La joven colgó el auricular sin darse cuenta de que no había contestado. Poco después la señora Thwaites llegó apresurada.

—¿Alice? ¿Qué ha pasado?

Ally no pudo mirarla a los ojos.

—Lo siento mucho, pero tengo que renunciar al empleo inmediatamente.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido? Estás blanca como la pared. Siéntate, te voy a preparar un poco de té.

—Tengo que irme. Se trata de un problema familiar y lo lamento. Por favor, dígales a los gemelos que los quiero.

Salió, se subió en su bicicleta y no se detuvo hasta que llegó a un parque que había cerca de su casa. Se sentó y en ese momento se dio cuenta de que en la prisa había olvidado la bolsa y los libros.

—¿Alice? ¿Qué haces sentada aquí? Iba a verte para que me ayudaras con un diseño, pero reconocí tu abrigo.

Ally se dio vuelta al escuchar la voz de Anne, pero cuando trató de hablar, las lágrimas se lo impidieron.

—¡Ally! ¿Ha sido ese monstruo? ¡Colgaré a Thwaites!

—No me violó, si te refieres a eso. Me soltó cuando le tiré del pelo, aunque quizá me soltara al oír llegar a James.

—¡Ahora sí que no te entiendo! ¿Quién es James? ¿Qué fue lo que hizo Thwaites? ¿Qué dijo la señora Thwaites? Estoy completamente confundida. Lo siento, Ally. Si no quieres hablar de

ello, lo comprendo. ¿Estás segura de que te encuentras bien? ¡Tienes muy mal aspecto!

Ally se limpió la nariz e hizo un esfuerzo para sonreír.

—Sé que la curiosidad no te dejará tranquila hasta que te lo diga. Además, ya pasó lo peor. He llorado tanto que ya no puedo llorar más. ¡Pero no me nombres a James Tasman!

—¿James Tasman? ¿Tasman de Tasmaní ¿El nieto preferido de Broderick Tasman? ¿Cómo lo has conocido?

—Es una larga historia.

—¡Vaya! ¡Tu primer romance y terminó antes de que yo lo supiera! Criatura malvada, ¿por qué no me lo has contado antes? ¡Te previne de que cuando por fin te gustara un hombre sería algo fuerte! Venga, cuéntamelo. Tengo tiempo libre hasta mi próxima clase mañana a las diez.

—¡No, me has entendido mal! Acabo de conocer a James.

Antes de que Ally terminara de contarle todo lo ocurrido durante ese día comenzó a enfriar la tarde y cruzaron el parque de regreso a la casa. En ese momento Ally comprendió que había renunciado a su trabajo y a sus ingresos.

—Mañana me tocaba cobrar. ¡Qué casualidad tan nefasta! La señora Thwaites puede negarse a pagarme debido a que no le avisé con anticipación. ¡Estoy sin un centavo y ni siquiera tengo referencias!

—Conseguirás otro trabajo como niñera. ¡No hay problema!

—No estoy muy segura de querer seguir siendo niñera. Uno llega a sentir demasiado afecto por los niños. No creo que pudiera soportar volver a ver a Geoffrey y a Greer. Llevo un año con ellos; comencé a trabajar el día que cumplieron dos años.

—A finales de semana cumplirán tres. ¿Ya has terminado las colchas que les estabas haciendo?

—Casi. Están tan contentos con sus nuevas camas. Y también he decorado sus habitaciones; aproveché algunas ideas muy buenas de uno de tus libros. ¡Oh, Anne, tus libros! Lo siento. Los recuperaré; llamaré por teléfono a la señora Thwaites.

—No hay prisa, pero sí creo que debes decirle a ella la verdad, Alice. Sin embargo, tú eres quién tiene que decidirlo.

Anne abrió la puerta principal y entraron en la casa.

Casi veinticuatro horas después de su huida, Ally regresó en el viejo automóvil de su madre a casa de los Thwaites. Saber que el señor Thwaites estaba fuera de la ciudad la había tranquilizado, aunque se preguntó si él le habría contado la verdad a su esposa. En el asiento trasero del automóvil llevaba las colchas bordadas que

había tejido para los niños. Cuando llegó, después de recibir varios abrazos de los pequeños, ella y la señora Thwaites las colocaron en las camas. Contento, Geoffrey se lanzó sobre su «mar».

—Las colchas son preciosas, y me encanta cómo has decorado las habitaciones de los niños. Una decoradora de interiores que no lo hubiera hecho mejor —comentó sonriendo la señora Thwaites.

—Ahora podemos dormir en nuestras grandes camas; Ally, Ally, Alice —dijo Geoffrey—. Mamá se quedará en casa con nosotros, pero tú vendrás a vernos.

Una vez que los niños salieron a jugar, Ally empezó a hablar.

—Lo siento, sé que tendría que haber avisado que me marchaba con anticipación, pero...

—Anoche mi marido y yo tuvimos una larga discusión y él me contó lo que había ocurrido —interrumpió la señora—. No hay nada que pueda decir para disculparlo. Ya no estoy segura de nada; pensé que podía confiar en el hombre con el que me había casado... ¿estás bien, Alice?

La joven hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. La mujer que estaba frente a ella era la verdadera víctima.

—Mi marido estará en Auckland durante un par de semanas. Después de eso tendremos que enfrentarnos al problema. Ally... me gustaría pedirte un favor... Yo quiero pedirte que no lo denuncies a la policía, aunque si lo hicieras tendrías todo el derecho.

—Creo que ya ha sufrido usted bastante —respondió Ally con afecto—. Además, me parece que la situación está bajo control. ¿Quiere que tomemos una taza de té?

Al ver que la señora estaba a punto de llorar, le dio un fuerte abrazo y se dirigió a la cocina a preparar el té.

—¿Cómo se las arreglará? —le preguntó después al regresar a la sala con las dos tazas y la tetera sobre la bandeja—. A partir de la semana próxima los gemelos irán al jardín de infancia medio día. Ya hemos ido allí varias veces y les encantó, en particular a Greer.

—Sí, y me alegro de ello. Durante un tiempo trabajaré desde casa como lo hacía antes. No es igual, pero... a largo plazo no lo sé. En estos momentos me cuesta trabajo pensar. Pero tú también tendrás problemas —le entregó dos sobres—. Antes de que lo olvide, aquí tienes tu bolso; una carta de recomendación y tu sueldo! Hay un poco más, una pequeña propina. Todo lo que escribí en la carta de referencia es sincero. Significas mucho para los gemelos, y si en algún momento quieres verlos, sólo tienes que llamarme por teléfono.

Después de despedirse con abrazos de los gemelos, Ally regresó

al automóvil de su madre. Un poco más adelante se detuvo y abrió la carta de recomendación. Era un informe completo en el cual se resumía el excelente cuidado que había tenido con los niños y su actitud responsable para el trabajo. Abrió el otro sobre y vio el cheque. Sorprendida, lo miró por segunda vez para asegurarse de que no se había equivocado al leerlo. Un mes de sueldo, tres semanas de vacaciones más el sueldo de la quincena. ¡Era rica! Fue al banco y depositó la mayor parte; después llenó de gasolina el tanque del automóvil y regresó a casa.

-¿Ally?

—Soy yo, mamá. No te preocupes por el té. ¡Hoy invito a cenar a la familia! —le dijo mostrándole el recibo de su sueldo.

—Vaya, la señora Thwaites ha entendido perfectamente la situación. ¡Hombres! No te cases nunca, Alice, y si lo haces, asegúrate de que no sea un bribón bien parecido que piense que es irresistible para las mujeres.

—¡Mamá! ¡Creo que no soy tan tonta!

—Eso espero. Tu padre era bien parecido y podía encantar hasta a los pájaros en los árboles. No quiero que te enamores de algún hombre engreído sin principios que te haga sufrir.

—De ninguna manera, mamá.

Entonces recordó a James Tasman y estuvo de acuerdo con su madre.

CAPÍTULO 3

CON cierta hostilidad, Alice se detuvo frente al edificio antiguo y elegante de la tienda de autoservicio Tasman, que parecía ser el único lugar en la ciudad donde podría conseguir la tela con el color que Anne quería para la decoración de su dormitorio. Se dijo que, al menos, no tendría que pasar por las oficinas donde se encontraba el apuesto señor Tasman. Se encogió de hombros y comenzó a cruzar la calle.

En ese momento se oyó el fuerte ruido de los frenos de un autobús y Alice salió volando impulsada por un hombre que se había lanzado sobre ella. Sin aliento, abrió los ojos y vio sangre y varios rasguños en su mano izquierda.

El hombre que había caído sobre ella se levantó y entonces ella comprendió que había estado a punto de ser atropellada por un autobús. Le dolía el costado, las rodillas y la mano. En ese instante oyó las voces de las personas que se encontraban alrededor de ella y que gritaban y aplaudían.

—¡Digno de un profesional de fútbol! ¡Debería estar con los All Blacksl —el comentario lo hizo un hombre que estaba a punto de subir al autobús—. ¿Está bien ella?

«Ella» logró hacer un ademán afirmativo con la cabeza y con gran esfuerzo se sentó en la acera. Alzó la vista para darle las gracias al hombre que la había salvado y que estaba de pie a su lado. En ese momento su mirada se encontró con la de unos ojos azules. ¡Tenía que ser James Tasman!

—¿Qué intentabas hacer? ¿Suicidarte? Ese letrero dice parada de autobuses ¡y tú vas y cruzas sin siquiera mirar! ¿Cómo puedes ser tan tonta?

Aparte de una mancha de aceite en su abrigo, él no había sufrido daño alguno. Ally se levantó despacio, sin hacer caso de la mano que él extendía para ayudarla. Le dolían mucho las rodillas y el costado, pero aún más la herida de la mano. Su pantalón se había roto por la rodilla izquierda y dos de los parches azules del abrigo se habían descosido.

—¡Tenían que ser los azules! —exclamó con tono de queja, sabiendo que había utilizado todos los parches de ese color.

—Pudo ser peor —James la estudió—. ¿Te llevo al hospital, o a nuestro departamento de primeros auxilios en la tienda? Allí tenemos una enfermera.

Ally recogió su lápiz, las plumas, las llaves, los documentos y los colocó de nuevo en su bolso.

—No es necesario, estoy bien. Sólo es un arañazo —intentó ser amable—. Gracias por la ayuda, creo que me salvaste la vida —a pesar de que le dolía la mano, sacó un poco de dinero—. Tendrás que llevar el abrigo al tinte, naturalmente, yo lo pagaré.

—No seas tonta, Alice —él colocó el dinero de nuevo en su bolso —. ¡La próxima vez cruza la calle con cuidado! Ahora ven, te llevaré a la enfermería.

Sin permitirle protestar, la tomó del brazo y la llevó hasta la tienda. Ally notó que estudiaba los mostradores, revisando todo, y comenzó a caminar más rápido. Le costó trabajo seguirlo.

—¡No te preocupes, no hay un grupo de niñeras asaltando Tasmanl

Los ojos azules la miraron y él sonrió.

—¡Acabarás mal si no cuidas tu lengua!

—Mira, puedo ir a la farmacia y comprar...

ˆ¡Olvídalo!

Por fin llegaron hasta una puerta con un letrero que decía «Enfermería». Él la hizo sentarse en un sillón colocado a un lado y entró. Poco después regresó y le indicó:

—Las enfermeras te atenderán. Cuando terminen, pídeles que te indiquen dónde está mi oficina y yo te llevaré a tu casa.

—Gracias, pero no será necesario.

Una vez atendida, Ally bajó al segundo piso, estudió las telas y al final seleccionó una. Cuando el empleado cortó los metros que deseaba, la joven extendió un cheque. El problema sería cargar con una sola mano el paquete grande y pesado.

—¡Yo lo llevaré! —anunció la voz de James Tasman—. ¿Ya estás lista para regresar a casa?

—Sí. Pero puedo ir en autobús.

—¡Estás tan blanca como la pared! Y ya has tenido suficiente de autobuses por hoy. Deja de ser tan terca e independiente; además, quiero hablar contigo.

—¿Conmigo? No creo que sea necesario, sé que no te agrado.

—No es sobre eso. Admiro tu talento. Mi automóvil está en la parte de atrás.

—¿Tienes hijos?

—¡Claro que no! Por el momento la tienda es mi único hijo.

Subieron al automóvil. Entonces fue cuando ella se dio cuenta de que llevaba puesto un abrigo diferente.

—Tasman tiene una reputación excelente en cuanto a ropa de hombre —una vez más, él le había adivinado el pensamiento—. Es fundamental en mi trabajo dar una buena imagen y no echar por

tierra esa reputación. Hablando de trabajo, mi secretaria ha tratado de establecer contacto contigo llamando al teléfono de los Thwaites, pero nadie contestó.

—Tal vez estén fuera. Ya no trabajo con ellos.

—Debes extrañar a los gemelos.

—Sí, pero los visitaré con frecuencia.

—¿De verdad? —había incredulidad sarcástica en su voz.

—Tú interpretaste mal lo que viste —de repente Ally se sintió cansada—. Querías hablar conmigo.

—Parte de mi trabajo es mejorar las ventas.

—No sé nada sobre ventas.

—Tú nos consideras desde el punto de vista del cliente y lo que viviste hace unos días lo plasmaste en tu dibujo —le explicó él— Instintivamente, decoraste las paredes con animales que se divertían probándose zapatos. ¿Por qué?

Ella había olvidado el dibujo que le había hecho a Greer.

—¡Comprar debe ser divertido! En particular en el caso de los niños. Si puedo divertir a un niño con una caricatura, lo haré. Incluso una fotografía puede distraer o tranquilizar a un niño irritado. Algunas tiendas parecen haber sido diseñadas para molestar a los niños y a sus padres.

—Olvida las acusaciones de robo en la tienda, sólo dime lo que pensaste al comprar los zapatos para los gemelos. ¡La verdad!

—No te gustará. La decoración en plata y gris es muy elegante, y quizá esté bien para algunos, pero no para los gemelos ni para mí. Resulta intimidante, más que agradable.

—¿Y las existencias?

—Tenía todo lo que pudieran necesitar los gemelos —reconoció ella—, pero en mi opinión, la tienda es fría y aburrida. No entiendo cómo no os habéis dado cuenta.

—Estoy de acuerdo con eso y hace tiempo que estamos haciendo cambios. Sin embargo, en el departamento para niños de edad preescolar tenemos un problema. El arquitecto sugirió un gran mural, de colores alegres y con temas cómicos, pero el artista que nos recomendó no podía hacerlo en ese momento. En cuanto vi tu dibujo, comprendí que algo así sería perfecto, y que tú podrías hacerlo.

—¿Yo? ¿Quieres que pinte allí unos animales? ¡Estás bromeando! —notó que él hablaba con sinceridad—. Te sugiero que contrates a un profesional.

—Ya lo hemos intentado. También tenemos un departamento artístico propio, pero nadie nos ha presentado aún un trabajo que

sea al mismo tiempo original y apropiado. Los diseños populares pueden traer problemas por los derechos de autor. Cuando le mostré tu boceto a mi abuelo, se entusiasmó. Por lo tanto, queremos contratarte por un corto plazo.

—Un bosquejo hecho en un par de minutos es algo distinto de un mural —lo último que ella quería era volver a ver a James Tasman—. No creo que sea posible —al ver que él disminuía la velocidad, comprendió que esperaba sus instrucciones—. Es aquella casa —le indicó.

Él condujo hacia allí y se detuvo.

—¿Por qué no?

—Estoy buscando trabajo.

—¡No te estoy ofreciendo unas vacaciones pagadas! El mural te proporcionará algún ingreso provisionalmente. Te pagaremos un sueldo por el trabajo y una suma adicional por los derechos de autor.

—¡Eso es ridículo! —replicó ella—. Yo nunca he hecho un mural... ¡Ni siquiera tengo el equipo adecuado!

—Nosotros podemos hacernos cargo de eso. Nuestro departamento artístico y de publicidad puede ayudar con el trabajo pesado. Tú dibuja el boceto, yo se lo mostraré a mi abuelo para que lo apruebe y después lo podrás trazar en la pared. Dos de nuestros empleados te ayudarán con el trabajo de extender la pintura y tú te concentrarás en los detalles.

—No es tan sencillo como eso.

—Mira, inténtalo. Debes tener fe en tu talento. Les mostré el dibujo a varios niños para ver su reacción y todos sonrieron. Incluso en mi familia se rieron ¡aunque me resultó bastante molesto tener que contarles por qué me dibujaste con esa cara!

Por un instante la joven estuvo a punto de aceptar, pero recordó la opinión que él tenía de ella.

—¡No estamos hablando de la Capilla Sixtina! —insistió James —. Si quieres practicar un poco, puedes utilizar la pared del último piso. Detrás de las oficinas y de la enfermería hay una gran zona que usamos como almacén. Por cierto, no tenemos demasiado tiempo para esto. ¿Comenzamos mañana?

—No, la verdad es que no quiero trabajar para ti. Conozco la opinión que tienes de mí —había ira en su voz al recordarlo—. Estás equivocado, yo no me presté voluntariamente a lo que quería el señor Thwaites. Él me sorprendió y me asustó. Aun no estoy muy segura de si fue su conciencia, tu llegada o lo que hice por defenderme lo que me salvó. ¡Sin embargo, tú me acusaste de

prostitución!

—Por lo cual me disculpo. Pero no permitas que una antipatía personal interfiera en los negocios.

—Me gusta trabajar con personas a quienes respeto y que a su vez me respeten.

—¿Como los Thwaites? Escúchame, Alice, tus sentimientos no tienen nada que ver conmigo. Tú quieres un trabajo y Tasman te está ofreciendo un empleo por un tiempo breve —molesto, James se desabrochó el cinturón de seguridad, salió del automóvil, dio la vuelta y le abrió la puerta—. Ahora que todo está claro, llama por teléfono y acuerda los detalles con el departamento de personal.

—¡No has oído una sola palabra de lo que te he dicho!

—Lo que expresa el orgullo herido es sólo palabrería, así que no te hago caso.

Furiosa, Ally bajó con brusquedad del automóvil y experimentó un intenso dolor. Como no quería que James Tasman se diera cuenta de ello, recogió su paquete.

—A pesar de tu opinión sobre mí, tengo que darte las gracias por haberme salvado la vida, por la atención médica y por haberme traído a casa. Te estoy agradecida.

Alzó la cabeza, conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, y se dio la vuelta.

—¡Espera! No puedes llevar eso. Estás muy magullada y las telas pesan mucho.

—Yo la llevaré, señor Tasman.

Ally agradeció la inesperada ayuda de su hermano, que regresaba de la escuela. Le entregó el paquete y se preguntó cómo conocía su hermano a James Tasman.

—Tú tienes que ser Jonathan Barrett —James le extendió la mano. Feliz por haber sido reconocido y por ser tratado como un hombre, el rostro del muchacho resplandeció.

—¡Encantado de conocerlo, señor Tasman! ¡Lo vi jugar en el equipo de Canterbury el año pasado! ¡Estuvo magnífico!

—¿Juegas al rugby, Jonathan?

—¡Sí, señor! Yo también juego de extremo. ¡Algún día seré tan rápido como usted!

Alice observó sorprendida el entusiasmo de su hermano y al entrar en la casa escuchó que el automóvil se alejaba.

—¡Vaya! ¡He hablado con James Tasman! —exclamó Jonathan, entrando en la casa con el paquete—.

¿Cómo lo conociste? —estudió a su hermana—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has peleado con alguien?

—Tu maravilloso James Tasman se lanzó sobre mí cuando intenté cruzar una calle sin fijarme en que venía un autobús. Ahora sé dónde desarrolló esa habilidad para lanzarse sobre las personas. Quizá me salvó la vida.

—Bueno, no es de extrañar. Es el extremo más rápido del país.

—Si es tan bueno ¿por qué no está con los All Blacksi

—¿Pero es que acaso no sabes nada? Todo el mundo, excepto tú, sabe que su padre murió a mediados de la temporada pasada y tuvo que renunciar al rugby porque tenía que atender asuntos más urgentes. En mayo, cuando yo estaba en la escuela de entrenadores, le pregunté al principal y me comentó que James habría sido elegido para jugar en el All Brlacks. Me comentó que su retiro había sido un verdadero sacrificio «porque el grupo de tiendas Tasman estaba en muy mala situación». Las tiendas siguen allí, así que imagino que James lo habrá arreglado todo.

—Alguien debería decirte que los chismes no deben repetirse —Ally decidió cambiar de tema—. Gracias por ayudarme con el paquete. ¿Quieres ponerlo en el cuarto de costura? ¿Tienes que hacer deberes?

Escuchó las risas de su madre y de Katie provenientes del cuarto de lavado y se dirigió hacia allí.

—Quería teñirlo de un color amarillo castaño —le informó Katie riendo mientras le mostraba una prenda húmeda y ennegrecida.

—¡Pero algo nos salió mal —la sonrisa desapareció del rostro de su madre—. ¡Ally! ¿Qué te ha pasado?

Pasó algún tiempo antes de que Ally pudiera encerrarse en el cuarto de costura para planear el diseño del dormitorio de Anne, pero una vez sola, se quedó mirando la tela, sin poder apartar su mente de James Tasman. Se preguntó por qué pensaba tanto en él. ¿Atracción sexual? ¿Era sólo algo físico? ¿La combinación correcta de impulsos biológicos? Comenzó a dibujar el rostro masculino, pero cuando llegó a los ojos no pudo seguir. ¡Incluso hacer un dibujo de ese hombre le resultaba imposible!

A la mañana siguiente, después de ducharse, se puso un pantalón vaquero, viejo pero cómodo, y una chaqueta de lana. Después de desayunar y limpiar la casa comenzó a trabajar en la ropa de cama de su amiga. Al mediodía ya había terminado la colcha y la cenefa y empezó con las fundas de las almohadas. Su madre, cuando regresó del trabajo y vio el resultado de su esfuerzo, comentó:

—Si durante uno o dos meses quieres cambiar de trabajo y dejar de ser niñera, podrías hacer algunos de estos juegos de cama y

venderlos. ¿Por qué no le hablas a James Tasman sobre eso?

Con un esfuerzo, Ally le sonrió, pero después cogió el periódico y revisó con más decisión la sección para anuncios de empleos. ¡Tenía que haber algo en esa sección para ella! Sin embargo, se sintió desanimada al ver las pocas ofertas de trabajo que había.

Durante la primera semana tuvo mucho que hacer en la casa. También fue a la fiesta de cumpleaños de Anne, en la que bailó y charló con muchos de los hombres que asistieron, pero ninguno le resultó tan atractivo como James. Al comenzar la segunda semana, revisó su situación. Eran pocas las ofertas de trabajo y en las agencias de empleos le habían dicho que muchas personas con mejores calificaciones que las suyas seguían esperando. ¿Sería capaz de renunciar a su orgullo y hacer el mural? Derrotada por la necesidad de encontrar trabajo, llamó al departamento de personal de Tasman, pensando que quizá ya le habían dado el empleo a otra persona. Sintió gran alivio cuando la jefa de personal le indicó que se presentara, ya lista para trabajar, a la mañana siguiente a las nueve en punto. No había sido necesario hablar con James.

Eran las nueve en punto de la mañana cuando Ally entró en el departamento de personal de Tasman.

—Usted debe ser Alice Barrett. Bienvenida —la jefa de personal se presentó y le entregó varios papeles—. Léalos, fírmelos y llene el primer formulario por favor. Trabajará en la pared trasera durante algunos días. Le hemos llevado todo lo que necesita para comenzar. Más tarde le presentaré al Director del Departamento Artístico y de Publicidad y al Jefe de Ferretería. Ellos están en posición de facilitarle los materiales que necesite.

Ally llenó todos los documentos y leyó el contrato. Allí se especificaban sus honorarios. Tachó la cifra y la reemplazó por la del sueldo que recibía durante una semana como niñera. Satisfecho su orgullo con el ajuste, firmó y le devolvió los papeles a la mujer, que la llevó hasta la zona de almacenamiento, donde practicaría.

Allí vio un andamio, una compresora de aire con su correspondiente pistola para pintar, pinturas, una mascarilla, un montón de papeles para dibujar y una caja de lápices y crayones. La blanca pared la tentó a dibujar una caricatura de James Tasman, pero resistiendo el impulso, se quitó el abrigo y comenzó a trazar una cuadrícula en la pared. Esto le llevó bastante tiempo y deseó que James estuviera allí para preguntarle las medidas del mural.

Se detuvo al ver una sombra sobre la pared y al volverse descubrió a James Tasman de pie cerca de ella.

—Gracias por venir, Alice. ¿Necesitas más material?

—No, gracias. Al menos no por el momento. Sin embargo, tengo un problema. Mientras no sepa dónde irá el mural y las medidas de la pared, no puedo preparar un diseño.

—Ven a ver los planos que tengo en mi oficina.

Una vez allí, él se sentó frente a la computadora y colocó un diskette que había tomado de un archivo.

—Tengo que pedirte que mantengas en secreto todo lo que veas en esta oficina. Estamos rediseñando Tasman para convertirlo en un centro comercial. Habrá departamento especializado en niños menores de cinco años. Observa la pantalla.

Oprimió unas teclas y pronto aparecieron los planos en la pantalla.

Mientras James le señalaba algunas características, Ally estudió los planos.

—Es impresionante. ¡Me parece perfecto poner un área de juegos para los niños!

—Sí, tenías razón en lo que dijiste. Ir de compras es una actividad que debe ser divertida y relajante —James señaló algo en la pantalla—. El área de juegos está ubicada en un lugar desde el que se puede acceder a los otros departamentos —oprimió otras teclas y echó la silla hacia atrás—. Ahí está la pared donde pintarás el mural.

—¿La pared de atrás? —Ally lo miró con los ojos muy abiertos —. ¡Pero es enorme!

—Del mismo tamaño que la pared que te hemos dado para practicar.

—¡No! ¡Es demasiado grande!

—Y también quiero dibujos en las paredes que se encuentran entre las diversas secciones.

—¡Pero yo no puedo hacer eso! ¡Me haré vieja antes de terminar! —asustada, recordó los documentos que había firmado. ¿Se había comprometido a terminar el mural sin verificar el tamaño? ¡Y había puesto el salario de una semana! —No tenía idea de que iba a ser tan grande.

—Sí, ya me di cuenta de ello. El departamento de personal me informó de que modificaste las condiciones del contrato. ¿Conflicto entre el orgullo y la necesidad?

—Tengo que ganarme la vida —murmuró ella—. Decidí, por lo tanto...

—¿... quedar en un punto medio aceptando un sueldo mínimo y donarme los derechos de autor por salvarte la vida?

Ally alzó la vista y lo miró a la cara. La curva de su boca le

provocó peligrosos pensamientos y retrocedió al ver que James se levantaba.

—¡Oh, Ally! ¿No comprendes que el hecho de que te veas obligada a trabajar para mí me obliga a disculparme? Te dije cosas terribles... No merezco perdón. Aquella tarde, cuando te vi en la cama con ese hombre... perdí el control. Nunca me había sentido tan furioso —caminó hasta el extremo del escritorio y después regresó—. ¡En lugar de ayudarte, me volví loco y actué como un idiota celoso!

—¡Sí, así fue! —reconoció Ally, perdonándolo al instante. Parecía tan avergonzado que le sonrió—. Por favor, no te arrastres más, no hace falta. Ya tienes casi el tamaño de una hormiga. Si sigues así, dentro de poco no podré verte.

Él lanzó un grito de alegría.

—¡Mi querida chica de cabello dorado! ¡Nunca había conocido a nadie como tú! Creo que estoy un poco enamorado. En este momento todo lo que quiero es llevarte a mi casa, desnudarte y disfrutar haciéndote el amor.

CAPÍTULO 4

NO debes decir eso! —exclamó ella, sonrojándose profundamente—. Ni siquiera nos conocemos. ¡Y lo poco que sé sobre ti no es muy agradable! Haces juicios con demasiada rapidez. ¡No debes tocarme! ¡Eso es hostigamiento sexual!

—¡No soy culpable! Al menos, hasta que ambos firmemos ese contrato de nuevo. En esta ocasión he puesto el sueldo apropiado, y he especificado que la duración del contrato será de seis semanas; además, cobrarás el treinta por ciento de los derechos de autor por tres años. Créeme, es una ganga para Tasman. ¿Lo aceptarás?

Sacó de una carpeta los documentos que ya ella conocía y se los entregó. Ella revisó los cambios y lo miró.

—Me parece mucho —comentó con voz casi inaudible, por lo que se golpeó el pecho tratando de disimular—. ¡Parece que tengo una rana en la garganta!

—¡Estás asustada! —James se acercó para tranquilizarla—. Sé que existe un demonio de Tasmania ¡pero te aseguro que no es pariente mío! Mira, en cuanto a horas de trabajo se te considerará como a los demás empleados. Cuando estés lista para continuar esta conversación, ven a verme. ¿Está claro?

Ally asintió con un movimiento de cabeza y firmó. Observó a James mientras él hacía lo mismo.

—Ahora eres oficialmente un miembro de nuestro personal temporal. Bienvenida a la empresa, señorita Barrett —le sonrió—. ¡A trabajar! Nuestro experto en pintura te ha preparado la superficie de la pared y está esperándote para que le digas qué colores quieres usar como fondo. Necesitarás cuarenta y ocho horas para pintarlo y dejarlo secar. Una vez que hayas terminado el diseño, se lo mostraré a mi abuelo. El mural tiene que estar terminado dentro de seis semanas.

—No es mucho tiempo.

—Debiste haber comenzado hace una semana —le recordó él—. Sin embargo, confío en tu capacidad. Ve al tercer piso, donde está el nuevo departamento de niños. La gerente de la sección te mostrará un bosquejo del plano y de las existencias. Quizá eso te ayude.

Una vez en el tercer piso, una asistente la llevó a la pequeña oficina de la gerente del departamento. La mujer, que según le dijeron llevaba dieciocho años trabajando en Tasman, le mostró excitada el modelo del nuevo piso.

—¡James me enseñó su dibujo! No está muy favorecido, pero él sabe comprender una broma. Y en cuanto a los animales ¡cuánto

ingenio! Recuerdo que hace años pregunté si podía redecorar la sección para eliminar ese color gris tan deprimente, pero al final no se hizo nada. Sin embargo, cuando James se hizo cargo de la tienda, les pidió ideas a los empleados y se las entregó a los consultores. Esta tienda volverá a ser la mejor de Nueva Zelanda. Ahora la llevaré a ver la mercancía.

Cuando terminaron de recorrer la sección, Ally ya había hecho varios dibujos en su libreta.

—Ya es hora de comer. Venga a la cafetería —la invitó la gerente—. Yo invito. ¡Estoy tan contenta de tenerla aquí!

—Se lo agradezco, pero he traído mi comida.

—¡Regálesela a los pájaros! Venga, le presentaré a algunas personas. No se preocupe, a los empleados nos hacen descuento, así que no me quedaré en la miseria.

Ally conoció a muchos de los gerentes de la tienda y disfrutó de su compañía, así como de la ensalada que pidió. Sin embargo, en el momento en que terminaba de comer, la lechuga le supo a cartón. James Tasman acababa de entrar al salón con la rubia más hermosa que ella había visto.

—Esa mujer me recuerda un jarrón de porcelana. De primera línea, caro, frío y hueco —comentó la gerente del departamento de niños en voz muy baja mientras subían de nuevo a trabajar—. James merece algo mejor. ¿Conoce a su familia? —al ver que Ally negaba con la cabeza, le sonrió—. ¡Ya los conocerá! He trabajado mucho tiempo con el viejo Broderick. ¡Es un verdadero genio! ¡Posee una gran habilidad para hacer negocios! Tiene un carácter fuerte y recto. Su hijo murió el año pasado. Era un hombre encantador pero, aquí entre nosotras, no tenía talento para los negocios. James se hizo cargo de un barco a punto de hundirse ¡pero está trabajando para resolverlo! No es de extrañar que las cifras hayan crecido. Está decidido a lograr que Tasman prospere. Ha mejorado las existencias en cuanto a surtido y precio…

El ruido de la sierra de un carpintero la interrumpió al llegar al tercer piso.

—¡Otras seis semanas de ruidos! —suspiró profundamente y después se dirigió hacia la sección de juguetes—. La dejaré aquí, Alice. Si necesita algo, cualquier cosa, dígamelo.

—Muchas gracias.

Cuando la mujer se retiró, la sonrisa del rostro de Ally, desapareció. ¿Por qué le tenía que molestar tanto que James Tasman comiera con una hermosa mujer?

Cogió un lápiz y comenzó a dibujar en su libreta un osito y

después un conejo. De pronto, como si su lápiz lo hubiera hecho real, vio un gran conejo blanco sentado en una silla. Era un magnífico juguete, de medio metro de altura, con pantalones a rayas grises y negras, con un chaleco rojo y blanco que le llegaba hasta la cintura y una chaqueta gris. Sin poder resistir la tentación, Ally lo abrazó y después lo examinó detenidamente. Llevaba un reloj de oro de verdad; la etiqueta con el precio le demostró que no se trataba de un juguete. Observó a su alrededor mirando el resto de los muñecos. En ese momento se acercaron varios clientes y ella comprendió que estaba estorbando. Preguntó si podía llevarse el conejo blanco y algunos otros juguetes. Una vez que la encargada asintió, Ally los cogió y subió con ellos por la escalera hasta el lugar donde se encontraba la pared de prácticas. Allí extendió su abrigo y colocó sobre él los juguetes. Al ver el tamaño de la pared comprendió que necesitaría pintar toda una selva. ¿Una selva con juguetes, quizá un día de campo? La idea se fue desarrollando en su mente y pudo imaginar montañas, el bosque con árboles gigantescos, un arroyo y a un lado una gran zona para días de campo llena de hierba. Vaciló antes de añadir mentalmente pequeñas casas y caminos por los que caminaban ositos, conejos y perros, mientras en los árboles se balanceaban cotorras y pericos. En el lugar del día de campo podría pintar los juguetes que tenía Tasman para los niños: toboganes, tiovivos, caballos, naves espaciales... ,

Extendió hojas de papel de dibujo y comenzó a hacer bosquejos.

Después de considerar varias posibilidades, seleccionó una y comenzó a trabajar con los detalles.

Iba a subir de nuevo al andamio, cuando de pronto todo se oscureció. Miró su reloj. ¡Las siete y cuarto! ¡Pero si la tienda cerraba a las cinco y media! Debía encontrarse sola en el edificio, con excepción de la persona que había apagado las luces. Sólo disponía de unos segundos para atraer su atención.

—¡Espere! ¡Por favor! ¡Luces! ¡Auxilio! ¡Enciendan las luces!

No hubo respuesta. Las sombras parecieron dibujar una sonrisa maliciosa en el rostro del conejo, que le recordó el de James Tasman.

—¡Sí, él también pensaría que esto es divertido! —murmuró, mirando al conejo blanco—. ¡Pero para mí no tiene nada de gracioso! ¡Y ese gato también parece reírse! —se frotó las manos y comprendió que también habían apagado la calefacción. Tendría que ponerse un abrigo. Pensó que los demás juguetes no se ensuciarían, pero debía tener cuidado con el conejo.

—Tú vienes conmigo, amigo —le dijo al juguete—. Todo lo que tenemos que hacer es llegar hasta el ascensor y oprimir el botón de la planta baja. Así podré salir del edificio. Por lo menos espero que sea así de sencillo.

Se encaminó hacia donde sabía que estaban los ascensores y después de varios sustos producidos al chocar con lo que parecieron cuerpos humanos tendidos en el suelo, aunque en realidad eran rollos de lana, y de lanzar un grito al ver el brazo desnudo de un hombre flotando en el aire, que resultó ser el brazo de un maniquí, llegó a los ascensores. Tanteó la pared hasta encontrar el botón. Lo oprimió, pero no hubo respuesta. También los habían desconectado.

La desesperación la dominó y sin darse cuenta tiró de una pequeña cadena de oro en el chaleco del conejo. .

—Vamos, no debemos retrasarnos —le dijo el juguete.

—¡Hablas! —exclamó ella con los ojos muy abiertos y sorprendida.

Durante un aterrador segundo, Ally se quedó mirando al conejo, perpleja, hasta que comprendió que la cadena de oro no sólo sujetaba el reloj, sino que,además, conectaba una grabadora. Volvió a tirar de la cadena.

—¡Oh, mis bigotes!

La joven lanzó una carcajada y miró el reloj de nuevo. Eran las siete y media. Se encaminó a donde sabía que se encontraban las escaleras y comenzó a descender, piso por piso, hasta llegar abajo. Entonces, llena de alivio, se sentó en el último escalón. Al ver frente a las vitrinas de exhibición a una pareja besándose, pensó en James. Recordó que él le había dicho que estaba casi enamorado de ella y que quería hacerle el amor. ¡Sin embargo, una hora después salía a comer con una criatura fabulosa que evidentemente era su novia! ¡James Tasman tenía la moral de una rata!

—¡Oh, mis patas y mi cola!

—Lo siento —Ally guardó en el bolsillo del chaleco del conejo la cadena de oro para no tirar de ella accidentalmente—. Ya estoy prevenida y James Tasman no se me acercará más.

Fue al mostrador de información y cogió la guía de teléfonos, decidida a llamar a James y, si era necesario, a la policía. Marcó el número, preparándose para la burla que seguramente recibiría.

—Buenas noches, habla James Tasman.

—James, yo...

—Éste es un mensaje grabado. Por favor, deje su nombre, número y recado.

Ella apenas podía creerlo. En ese momento escuchó el sonido

penetrante y habló furiosa.

—¿James? Soy Alice Barrett. Estaba trabajando y apagaron las luces. Estoy encerrada en la tienda, así que por favor haz que alguien me saque de aquí. Gracias.

Llamó a su casa y casi lanzó un grito de alegría cuando escuchó la voz de Jonathan. Sin embargo, al escuchar las carcajadas de su hermano, se arrepintió de habérselo dicho. Furiosa, colgó el auricular y se encaminó hacia la casa muestra. Al entrar en la sala se encendió la luz.

—Bienvenido al mundo de decoración de interiores de Tasman. Nuestra casa exhibe el...

Ally lanzó una exclamación, sintiendo que se le erizaban los vellos de la nuca. Al fin localizó el altavoz.

—...ambiente de verano, dentro y fuera, conjuntados para proporcionar un ambiente relajante.

Aún no muy tranquila, la joven se dirigió al interior de la casa, notando que, conforme avanzaba, se iban encendiendo las luces. El televisor se encendió en el dormitorio y Ally observó la cama con las almohadas, colchas y sábanas con lujosos encajes. Se dijo que James podría tardar cinco minutos, o una hora. Sin en ese tiempo no llegaba, llamaría a la policía. Se quitó el abrigo, que dejó sobre la silla, y después los zapatos, el pantalón y la blusa. Como todas las noches, se soltó el pelo y se lo cepilló, aunque se detenía con frecuencia para escuchar. Cuando llegara James, o el que fuera en su lugar, quería oírlo para tener tiempo de vestirse. Apartó la colcha y se acostó cómodamente. ¡Qué cama!

—¡Esto sí es distinción! —le dijo al conejo blanco mientras se cubría con la colcha.

Cuando terminó el programa de concursos por televisión, empezó una película. Cuando acabó la película, Ally miró el reloj. ¿Y si James había salido con la hermosa rubia?, se preguntó. Imaginó su furia si le echaba a perder la diversión de esa noche con el mensaje que le había dejado en el contestador automático. Este pensamiento la hizo sonreír y tiró de la cadena del conejo blanco.

—¡Vamos, no debemos retrasarnos!

—¡Exactamente! —admitió Ally, bostezando. Se dio la vuelta y cerró los ojos. No se dormiría, sólo descansaría un minuto o dos...

Se imaginó corriendo por una vereda, y junto a ella los muñecos que había dibujado esa tarde. Un loro gritaba su nombre y ella reía, porque sabía que estaba molesto debido a que le había pintado plumas azules.

—Buscaré alguna pintura ¡de color amarillo azufre! —le

prometió. Desde un árbol lejano la llamaba un mono.

—¡Alice! ¡Alice!

Ella suspiró. No sabía de qué color pintar al mono.

—¡Alice!

Allí estaba el conejo blanco, vestido de etiqueta. Sonreía exactamente igual que James Tasman. Su boca tocó la de ella con un beso breve, tierno, y ella aspiró un perfume cálido, limpio, mezclado con el aroma del vino. Extendió los brazos para estrechar el juguete, pero se dio cuenta que éste tenía una barba que raspaba. Sintió un aliento suave a lo largo del mentón y después junto al oído.

Sorprendida, abrió los ojos y vio unos ojos azules a pocos centímetros de ella.

—¡Oh, mis patas y mi cola!

—¡Señor conejo, yo no lo hubiera dicho mejor! —James Tasman estaba sentado en el borde de la cama.

—¿Qué haces aquí? ¡En mi dormitorio! —Ally hizo un esfuerzo por sentarse; el movimiento hizo que se deslizase la colcha, y ella la recuperó para volver a cubrirse.

—¡Despertando a la bella durmiente con un beso! —respondió James, sonriendo—. No he podido resistir la tentación al verte tan hermosa, con el cabello dorado sobre los hombros.

—Te has equivocado de historia —señaló Ally—. ¡En Alicia en el país de las maravillas no había ningún príncipe!

—¿Y qué me dices de Ricitos de Oro y los tres osos? —él dejó el conejo blanco junto a ella—. ¿Quién está durmiendo en mi cama?

—¡No es tu cama! Bueno, formalmente... ¡estaba furiosa contigo! ¡Apagar las luces así! ¡Debiste comprobar que no había nadie!

—Me fui a una reunión a las cuatro y media y ya no regresé a la oficina. Los jefes de secciones revisan sus departamentos, pero tú no perteneces a ninguno de ellos, así que en realidad fue culpa mía. Nunca pensé que aún estarías trabajando aquí a las siete y media. Hay un dispositivo automático que apaga las luces y sólo deja las de los escaparates. Lo siento. ¡Supongo que te habrás asustado!

—¡Por supuesto que no!

—¿No? —miró el juguete—. ¡El conejo blanco te protegió!

—Estaba cuidándolo. Pensé que se podía ensuciar fácilmente pues había mucho polvo en el almacén. Había colocado sobre mi abrigo los juguetes que estaba dibujando, pero cuando se apagaron las luces, necesité el abrigo. No ha sufrido ningún daño.

-¿Y tú?

—No es agradable tener que encontrar el camino en un edificio

sin luces, especialmente cuando hay rollos de alfombra en el suelo como trampas y, peor aún, cuando se encuentra uno con un brazo y una mano flotando en el aire.

—¿Qué? —había ansiedad en la voz masculina.

—Una pieza de repuesto de un maniquí que alguien no guardó. Se cayó al suelo. ¡Espero que no se haya roto!

Él la abrazó para tranquilizarla.

—Pobre, Alice —murmuró—. Nadie te dejó una llave de oro. Pero por lo menos encontraste el camino hasta aquí, hasta la casa.

—No quería dormirme. ¡Has tardado tanto en llegar!

—¡Agradécele al cielo que haya regresado a mi apartamento y escuchado los mensajes!

—También llamé a casa.

—Debiste llamar a nuestra empresa de seguridad o a la policía, pero me alegro de que no lo hicieras. El verte aquí acostada...

—¿Qué hora es?

—Las once y veinte. Salí a cenar. ¡Sí, tengo un teléfono portátil, pero hay ocasiones en que no quiero que me interrumpan! Por supuesto que si hubiera sabido que aquí estaba acostada una princesa, esperándome...

—Señor Tasman, por favor espere en la sala para que pueda vestirme —le pidió ella con tono decidido.

—¿Señor Tasman? —él lanzó un suspiro fingido—. ¡Hay ocasiones en que ser jefe es una gran desventaja! De todas formas, sólo estás empleada en Tasman durante seis semanas.

Se levantó, salió del dormitorio y cerró la puerta. Alice se puso de pie con rapidez y se vistió. Acomodó el conejo blanco en el centro de la cama y abrió la puerta.

—¿Debo cambiar la colcha y las sábanas, James? ¿Quizá debo pagarlas?

—Yo lo arreglaré mañana. Debes tener hambre. ¿Quieres comer algo?

—Tengo un par de emparedados. ¿Tienes una linterna? Quiero ir al baño.

—Encenderé las luces y activaré el ascensor. Por aquí —mientras subían, le sonrió—. Debías estar muy concentrada en tu trabajo para no darte cuenta de la hora.

Es una mala costumbre. Mañana me traeré el despertador.

—¿Ya tienes una idea para el mural?

—Creo que sí. Juguetes clásicos en un lugar idóneo para un día de campo en la selva. No creo que pase de moda.

Esperó hasta que él encendió las luces y se dirigió al tocador. Al

regresar, lo encontró apoyado contra el ascensor. Descendieron y él se dirigió a la puerta de entrada de los empleados e insertó una tarjeta que controlaba la alarma y abría las puertas.

Ally se estremeció aun antes de sentir la ráfaga de aire frío. Reconoció el automóvil de James aparcado frente a la puerta.

—¿Ha llovido? —preguntó—. ¡Las calles están mojadas!

—¡Y muy peligrosas!

Mientras él conducía, ella lo observó. El traje de etiqueta le sentaba muy bien, y Ally tuvo que reconocer que era guapísimo.

—¿Y bien? —James había detenido el automóvil.

Transcurrió un momento antes de que Ally comprendiera que había llegado a su casa y que él se había dado cuenta de cómo lo miraba.

—Eres muy atractivo. ¡Demasiado atractivo! —reconoció, moviendo la cabeza—. ¡Debo centrarme en tu carácter y no dejarme influenciar por tu apariencia!

—¿Mi carácter? —había burla en los ojos azules—. Soy sincero, así que reconozco que tengo un par de defectos. Un temperamento fuerte, que por lo general puedo controlar, y la tendencia a saltar a conclusiones con demasiada rapidez. ¡Tú ya has sufrido las dos cosas! Como compensación, permíteme decirte que he estado luchando contra mí mismo, desde que te vi por primera vez. ¡Mi sueño dorado! En ocasiones tus ojos tienen la ternura y la timidez de una gacela, en otras, la arrogancia y la independencia de una tigresa. Tu cabello es un milagro de mechones largos, espeso y brillante... Te deseo, Alice —le acarició el cabello hablando en voz baja—. Ha sido maravilloso encontrarte dormida... como en un cuento de hadas. Quiero que duermas junto a mí, que despiertes por la mañana conmigo.

Su encanto la estaba dominando y ella deseó abrazarlo, quiso sentir su beso, su contacto profundo y satisfactorio.

Entonces, una motocicleta que pasó rugiendo junto a ellos, destruyó la magia del momento. Ally observó la luz roja trasera. ¡Roja! ¡Señal de peligro! James Tasman usaba las palabras con la misma despreocupación con que ella usaba la aguja para coser.

—Ves demasiadas películas —abrió la puerta del automóvil y la luz reveló la expresión sorprendida del rostro varonil—. Gracias por rescatarme, James. ¡Buenas noches!

Mientras corría hacia la casa, oyó que él encendía el motor, pero no puso en marcha el coche hasta que ella entró en la casa.

Ally tranquilizó a su madre asegurándole que no había sufrido daño alguno; incluso logró reírse del incidente del rollo de alfombra

y del brazo del maniquí. Sin embargo, habló poco sobre James Tasman.

La relación entre ellos era algo privado.

CAPÍTULO 5

ALLY!Sentada en los gruesos tablones del andamió, Ally no miró hacia atrás. Toda la mañana había estado esperando verlo, recordando que la había llamado su sueño dorado, que había querido besarla y hacerle el amor. Y ella también lo había deseado.

—¡Alice!

Esta vez James la llamó por su nombre real, lo que indicaba que quería su atención inmediata. ¡Que esperara! ¿No había esperado ella el día?

—Son las seis y media —le informó.

—¡No me digas! —sorprendida, ella miró su reloj—. No te preocupes ¡no tengo intención de dejar que me encierren de nuevo! ¡He traído el despertador y lo he puesto a las siete en punto!

—Yo me voy ahora y tú también.

—¿Quieres demostrar que eres el jefe? Primero tengo que limpiar las brochas. No tardaré mucho —lo miró y se dio cuenta de algunos cambios; parecía cansado—. ¿Has tenido un día malo?

—¡Los he tenido mejores!

Ella limpió las brochas y luego se dirigió hacia James, quien sostenía su chaqueta amarilla. La ayudó a ponérsela y le levantó la cabellera para acomodarle el cuello de la prenda. A la joven le sorprendió el intenso deseo que la invadió al contacto de sus dedos. Instintivamente, se alejó de él y después lamentó haberlo hecho. Molesto por su rechazo, James se dirigió hacia el ascensor y ella deseó correr tras él y decirle: «James, me siento atraída hacia ti, pero representas exactamente el tipo de hombre contra el que me han prevenido. Cuando me tocaste... ¿cómo explicártelo? Fue como estar en un teatro en el momento en el que se descorre el telón, sin saber qué hacer o qué decir. Estoy asustada...» Sin embargo, no pronunció una sola palabra.

Tomaron el ascensor y una vez en la planta baja él le indicó:

—Te llevaré hasta tu casa, Ally, pero antes tenemos que hacer una pequeña escala en la casa del abuelo.

—No es necesario, tengo mi bicicleta.

—Ya está oscuro y hace mucho frío. ¿Guardaste la bicicleta en el aparcamiento de empleados? ¿Sí? Ya está cerrado y no tengo la llave. Además, el abuelo quiere conocerte. Debí mandarte un recado, pero no me pareció necesario porque pensaba ir a verte. Sin embargo, a última hora surgió un asunto inesperado y ya no he tenido tiempo... Hasta ahora. ¿Te importa?

Antes de que ella pudiera protestar, él abrió la puerta de entrada

y salida de los empleados. Ally sintió el viento frío en el rostro y en las manos, así que se dirigió con rapidez al automóvil y subió.

—¿Y pensabas irte en bicicleta con esta temperatura? Antes de llegar a la esquina te habrías congelado.

—¿Por qué quiere conocerme tu abuelo? —indagó ella.

—Desea hablar sobre el mural. Serán sólo unos minutos, te lo prometo.

Ally miró la ropa que llevaba puesta.

—Con esa chaqueta pareces un diente de león ¡oxidado y con moho! —James le pasó un dedo por las manchas de pintura que tenía en el muslo derecho—. No te preocupes, el abuelo sabe que estabas trabajando.

Él había encendido antes la calefacción y ahora le preguntó:

—¿Ya has entrado en calor?

Al ver su gesto afirmativo, bajó la intensidad de la calefacción.

—En la tienda me olvido del tiempo —le explicó ella—. Esta mañana me sentí muy bien en la bicicleta. Estábamos a diez grados a las ocho y media, un día de primavera encantador. Flores color de rosa contra un cielo azul, los árboles en el parque y a la distancia las montañas. A esto Jonathan le llama mi canción para pulir suelos.

—¡Qué poético! —comentó James, sonriendo. Giró por un camino privado y se detuvo frente a una casa de aspecto moderno —. Esta es la casa del abuelo —informó, se bajó y le abrió la puerta —. ¡Ven!

Una vez dentro, James se quitó el abrigo, pero Alice prefirió dejárselo puesto. Su chaqueta amarilla estaba limpia y era larga, así que le cubría las manchas de pintura.

Entraron en una agradable sala. Había una chimenea encendida, pero el hombre mayor que estaba de pie junto a ella dominaba todo el salón. Alto como James, firme como un militar, sus inteligentes ojos azules le sonrieron mientras le extendía la mano.

—Me alegro mucho de conocerla, Alice. Le pedí a mi nieto que la trajera. Quiero que me cuente cómo piensa pintar el mural. Le agradezco que haya aceptado concederme unos minutos. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias —ella sonrió para suavizar la negativa.

—Alice, siéntese por favor —el señor Tasman le señaló una silla —. James, las cifras están en mi escritorio. Si quieres también las primeras tendrás que imprimirlas.

—Está bien, abuelo. Discúlpame, Ally.

—Acerca del mural, Alice ¿ya tiene un bosquejo? —le preguntó

el hombre mayor.

—Hice un dibujo de una idea que tenía y ayer me pareció bien, pero hoy ya no tanto… —hizo una mueca—. Arbustos, veredas y un espacio abierto con juegos infantiles. Familias de animales de juguete, algunos clásicos, como los ositos, vestidos para un día de campo.

—Me parece perfecto. Sin embargo, dice que ya no le agrada mucho la idea. ¿Por qué?

—He tenido problemas con los árboles. Cada vez que los pinto me quedan demasiado oscuros.

—¿Eso que trae ahí es su libreta de dibujo? ¿Puede mostrarme lo que me estaba diciendo? Use la mesa, Alice.

Ella cogió un lápiz y comenzó a hacer un bosquejo del diseño. El abuelo de James permaneció junto a la chimenea, haciéndole algunas preguntas de cuando en cuando, pero una vez que el bosquejo tomó forma, se acercó para observarlo.

—¡Realmente tiene talento! —comentó—. Hay una zona de arbustos cerca de nuestra casa en la playa. Una de estas tardes vaya y véalos; puede ayudarle. Está a ocho kilómetros de Beach Road. Antes de ir pase por aquí para que le dé la llave de la casa, o dígale a James que la lleve. ¡Mi nieto necesita relajarse! Pero no quiero entretenerla, ya le he quitado más de los diez minutos prometidos. James está en mi estudio, la primera puerta a la izquierda en el pasillo.

Ally lo dejó examinando los bosquejos. En el estudio, James estaba de pie junto a un ordenador, viendo cómo trabajaba la impresora.

—No tardaré mucho, Ally —le aseguró.

Era una habitación grande, pero lo que atrajo la atención de la joven fueron dos cuadros en la pared. Se dirigió hacia ellos. Sin darse cuenta de que la impresora se había detenido y que el abuelo de James la había seguido, continuó admirando los extraños cuadros llenos de color.

—¿Le gustan? —fue el anciano quien le hizo la pregunta.

—¡Colores brillantes! —ella habló con admiración—. ¡Tan intensos! ¡No se parecen a nada que haya visto antes! Por lo general es posible darse cuenta de la influencia de algunos artistas, pero en el único en el que puedo pensar ante estas obras es O'Keeffe.

—Una observación conocedora. Cuando mi esposa y yo estuvimos en los Estados Unidos hace muchos años, vimos una exposición en la que había varios cuadros de O'Keeffe. Ella quedó encantada al verlos pero yo me negué a comprar uno pues había

demasiadas dificultades para transportarlo desde Nueva York hasta Nueva Zelanda, conseguir las licencias y todo eso. ¡Tuvimos una gran pelea por ello! —sonrió al recordarlo—. Pasó bastante tiempo antes de que yo reconociera que me había negado porque en realidad me molestaba que ella pasara tantas horas en su estudio.

—¿Son obra de ella? ¿Y usted estaba celoso de que pintara? —le preguntó Ally.

—Sí. No me hubiera importado que pintara acuarelas o retratos de los niños ¡pero ella no tenía intención alguna de seguir un estilo determinado! ¡Era increíble!

—¿La extraña?

—¿Extrañaría el día al sol? —miró de nuevo el cuadro y después a ella—. Cuando James me comentó que había conocido una joven cuyo nombre también era Alice y después me mostró la caricatura que usted había hecho, casi pude escuchar a mi esposa reír.

Miró a su nieto que se estaba poniendo el abrigo.

—Abuelo, analizaré estas cifras y después te llamaré por teléfono. Ally, te llevaré a tu casa.

Durante el viaje de regreso ella permaneció pensativa.

—¿Te han gustado los cuadros de mi abuela? —le preguntó James.

—Gustar no es la palabra. Son impresionantes, llenos de belleza. Me sorprende no haber oído hablar de ella antes.

—Nunca expuso su trabajo. No tenía mucho tiempo para pintar; la familia y el negocio la mantenían demasiado ocupada. Cuando el abuelo decidió abrir una segunda tienda, ella se hizo cargo de la administración de la primera y así siguieron. Continuó pintando, pero destruyó la mayor parte de sus lienzos, o pintó de nuevo sobre ellos. Justo cuando tenía tiempo para dedicarse a pintar, se puso enferma y murió. Esos dos cuadros son lo mejor de su obra. Rara vez el abuelo habla de ella, y sin embargo, contigo ha sido bastante abierto.

—Quizá porque tengo el mismo nombre de tu abuela.

Llegaron a la casa y al recoger su bolso, Ally se dio cuenta de que había olvidado su libreta de dibujo sobre la mesa del señor Tasman. Pensó pedirle a James que regresaran para recogerla, pero lo vio tan cansado que se detuvo.

—No iré a la tienda los próximos dos días, Ally, así que quisiera que salieras con el resto de los empleados a las cinco y media. ¡Llévate el despertador!

—Muy bien, no tienes por qué preocuparte por mí.

Él le sonrió.

—¡Por supuesto que no! Buenas noches, Alice.

Ella abrió la puerta del automóvil, salió y se dirigió hacia la casa. Una vez adentro, los saludos de la familia la distrajeron y más tarde, cuando se sentó a ayudar a Katie a hacer los deberes, volvió a pensar en él.

Al día siguiente, se dedicó a trabajar en la figura del conejo. Era casi mediodía cuando comenzó a pintarle la ropa y una hora más tarde se detuvo para comer. Después decidió salir, pues necesitaba dar un paseo y tomar un poco de aire fresco.

De regreso pintó tres osos, pero a las cuatro y media salió y se dirigió a la casa de Broderick Tasman. Al llegar, acomodó su bicicleta contra un árbol y oprimió el timbre de la puerta.

—Buenas tardes, Alice. ¡Pase! Su libreta está sobre la mesa.

—Siento haberlo molestado —ella entró en la casa detrás de él —. Pero me hace falta.

Llegó a la sala, cogió la libreta y la guardó en su bolso.

—Mi esposa también llevaba una a todos los lugares donde iba —le confesó él, sonriendo—. ¿Tiene tiempo para una taza de té?

—Sí, por favor. ¿Me siento tan reseca como el valle de Hakataramea después de meses de sequía! Mi última bebida fue a la hora de la comida.

—¿Quedó satisfecha con su trabajo de hoy?

—¡Sí y no! Estoy experimentando con la pintura y las figuras.

Le describió los problemas que tenía con la sensación de que Broderick Tasman la comprendía.

Cuando él le ofreció mostrarle algunas otras pinturas de su esposa, Ally aceptó encantada. Lo siguió a un estudio y cuando él encendió las luces, ella quedó deslumbrada por los cuadros, fuertes y llenos de colorido, que llenaban toda una pared. Absorta, pasó de uno a otro y regresó de nuevo para verlos mejor. Un movimiento del anciano la hizo recordar su presencia.

—Gracias por permitirme admirarlos. Me he quedado sin palabras.

Broderick Tasman la acompañó al pasillo y Ally se puso la chaqueta.

—¡Parece un narciso! —le dijo él mientras le entregaba la chaqueta amarilla.

—Según James, un diente de león —respondió Ally, riendo.

—¡Siempre le han gustado los dientes de león! Cuando tenía tres años de edad, recogió un montón y se lo llevó a su abuela y ella hizo un dibujo del ramillete. ¡Uno de los pocos que me gustaron! Sin decirle nada, lo llevé a enmarcar y lo puso en mi oficina. Alice

nunca dijo una palabra sobre eso, pero cuando cumplí cincuenta años, me regaló un cuadro de dientes de león —Broderick se rió—. ¡Es mi favorito! Está en la casa solariega. Cuando James la lleve allí, pídale que se lo muestre.

Pensando que, seguramente, nunca llegaría a conocer la casa que habían construido años antes Broderick y Alice Tasman, Ally se despidió. Al salir se dio cuenta de que estaba oscureciendo y comprendió, asombrada, que había pasado casi una hora con el abuelo de James, aunque no le habían parecido más de veinte minutos.

Un día después, Ally había pintado a la señora Conejo y al señor Kiwi, y parte de la selva, cuando sonó la alarma de su reloj a las cinco y media. Con rapidez, lavó todo el equipo y, alejándose un poco, estudió su obra.

Los arbustos aún no le agradaban ¡pero el trabajo estaba comenzando a parecerse a un mural y no a un desastre artístico! El conejo blanco era aceptable, pero ella no estaba satisfecha con la expresión de su rostro. Programó de nuevo el despertador, ahora para las siete, y cogió uno de los pinceles finos. El hermoso conejo le recordaba a James y, sin poder resistir la tentación, corrigió las líneas del cuerpo y de la cabeza, alargó la nariz, agrandó los ojos y modificó la boca y la barbilla. Después retrocedió y lanzó una carcajada. ¡La caricatura de James era buena! Por la mañana tendría que pintarlo todo de nuevo, pero primero quería verlo seco.

La alarma del despertador la sobresaltó; tenía quince minutos para limpiar las brochas y salir del edificio. La secretaria de James le había dado una tarjeta de seguridad y un número confidencial, pero le recordó que tenía que salir cuando se cerrara la tienda.

Diez minutos después de las siete, Ally salía por la puerta de los empleados, pero cuando fue a recoger su bicicleta, se encontró con que la puerta del aparcamiento estaba cerrada con candado. Maldiciendo entre dientes contra la seguridad, estudió el itinerario de los autobuses y descubrió que el próximo pasaría quince minutos después. En ese tiempo ya habría caminado la mitad de la distancia hasta su casa.

En ese momento un automóvil entró al aparcamiento y sus potentes faros la deslumbraron. Preocupada, ella se dio cuenta de que estaba sola en una zona poco iluminada. ¿Por qué no había salido con los demás? Cuando la ventanilla del automóvil bajó y se escuchó la voz de James, la joven se sintió llena de alivio.

—Ally, ¿te ibas? Sube, te llevaré a tu casa.

Ella obedeció y se sentó a su lado, feliz de verlo de nuevo.

—¡Te dije que te fueras a las cinco y media! No me gusta que te vayas a tu casa cuando ya está oscuro.

—Ayer me fui temprano. Hoy, bueno, me embebí en los dibujos. ¿Ibas a trabajar?

—Durante un rato. Llegué al aeropuerto hace media hora.

—¿Hay problemas? El otro día parecías cansado. ¡Si sigues trabajando así pronto tendrás unas ojeras como de oso panda¡ —pudo ver la sonrisa en el rostro masculino.

—¡Mira quién habla! Es agradable estar de nuevo contigo. ¡Aunque me distraes mucho!

—¿Yo? ¿Por qué? —ella se sintió llena de alegría.

—¡Porque siempre estoy pensando en ti! ¡Recordándote! Aunque eres tan alentadora como un cocodrilo furioso —le sonrió—. Eres un peligro para mis planes. No tengo intención de casarme pronto, lo primero son los negocios.

—¿Así que contemplas a tu futura esposa como un accesorio hermoso para un hombre de éxito? ¿Una compañera de cama elegante, obediente, no alguien igual a ti?

—¡No digas tonterías! —James le sonrió—. Quiero casarme con una mujer a quien ame y que me ame para que sea una sociedad equilibrada. Disfrutaré halagándola, viviendo con ella, pero antes de pensar en el futuro tengo que dedicar mi tiempo y mis esfuerzos al negocio.

—¡Dinero! —Ally suspiró—. ¿Cuánto puedes gastar? ¿En cuántas casas puedes vivir? ¿Cuántas comidas puedes comer?

—¡No es así!

—¿No es así?

—Mira, Alice, soy ambicioso. Quiero hacer que Tasman crezca o no podremos competir. Los mercados están más difíciles que nunca y yo tengo la responsabilidad del bienestar de mis empleados. Muchos de ellos llevan más de veinte años trabajando con nuestra familia. Ya estamos mejorando, pero aún queda mucho por hacer. Ahora voy a recoger unos documentos, así que puedes venir conmigo un par de minutos o esperarme en el automóvil.

—Esperaré aquí.

Ally se sentía mal debido a la discusión. En esos diez minutos pasaría un autobús, así que buscó un pedazo de papel en su bolso para escribirle una nota a James. Él regresó justo cuando ella estaba tratando de colocarla en el volante.

—Supongo que no se trata de una carta de amor —comentó.

—Había decidido irme en el autobús —la voz de ella fue un susurro—. Es más fácil que luchar contra ti, James.

Se reclinó mientras sentía cómo le latía el corazón cuando él le acarició la mejilla con ternura. Deseaba que la besara, pero James continuó acariciándola, y cuando la sintió toda temblorosa, al fin la besó y ella le devolvió el beso, deseándolo, entregándosele. Murmuró su nombre y dejó escapar un gemido de placer.

—¡Sí, tienes razón! —la voz de James estaba ronca por la pasión—. ¡No necesitamos hacer el amor en el aparcamiento! Iremos a mi casa.

Ella comprendió que la había interpretado mal. ¿Era cierto eso? Si era sincera, ¿no debía reconocer que él tenía razón? Se deseaban mutuamente y el beso había sido para la joven la experiencia más sensual de toda su vida. Sin embargo, se dijo que todo estaba ocurriendo demasiado rápido, aún no estaba lista para amar a James. Para ella una relación completa significaba un compromiso total; para James serían momentos de breve placer. Con los ojos muy abiertos, hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, James, no funcionaría; somos demasiado diferentes.

—Diferentes, pero nos complementamos —le acarició los labios con un dedo—. Tus besos son como un vino dorado, espumoso y embriagante.

Se inclinó para besarla de nuevo y Alice lo abrazó, incapaz de resistir el abrumador placer sensual que le causaba su cercanía. James la oprimió contra él y dijo sonriendo mientras la miraba:

—¡Te he atrapado, mi asombroso diente de león!

¡Atrapada! Tentada por la atracción física, por su buena apariencia. ¡Atrapada como su madre y su abuela!

—¡No! —en su mente, Ally se veía haciendo el amor con James, pero esa imagen se mezcló con las de él con otras mujeres.

Temblorosa y sin poder mirarlo, murmuró:

—No puedo. Tú ya tienes una relación muy especial. Os vi juntos en la cafetería; es preciosa.

—Todas las mujeres con las que salgo son preciosas —parecía que se mofaba—. Es una de las ventajas de mi trabajo. Conozco mujeres maravillosas, y por supuesto, las amo. ¡Y ellas me aman!

Ally había escuchado a su padre decir cosas similares con el mismo tono divertido.

—¡Dijiste que me dejarías tranquila!

—Tus ojos me autorizaron atacarte —la miró—. ¿Ally, qué te pasa? Te has puesto pálida.

Ella sabía que no podía explicárselo pues él no la comprendería. ¿Cómo iba a hablarle de su padre? ¿Debía hablarle de sus infidelidades y cómo las abandonó?

Todo se ennegreció a su alrededor y sintió un rugido en los oídos, un gusto amargo en la boca. ¡Estaba a punto de vomitar! No podía, no podía hacerlo ahora, no delante de James.

Abrió la puerta y salió del automóvil, inclinándose, pero nada ocurrió. Temblorosa, se secó la boca con un pañuelo de papel.

—Recuéstate sobre mí, Ally —James le pasó un brazo alrededor de la cintura, sujetándola. Entonces sacó un pañuelo limpio y le secó la humedad de los ojos.

—Lo siento, James —susurró ella.

—¡No has podido evitarlo! ¡Sin embargo, no me habría sido fácil ser tan amable si hubieras manchado mi automóvil!

Estaba bromeando, tratando de tranquilizarla. Guardó el pañuelo y le alzó el rostro.

—Parece que estás mejor, Ally. Me recuerdas a la muñeca de porcelana de mi hermana, pálida, frágil y fría. Entra de nuevo al coche y te llevaré a casa, a la tuya. Eso es lo que querías ¿no es cierto?

—Sí, James, ya me siento bien.

Él la ayudó a subir al coche y durante el trayecto a casa ella se dijo que vomitar después de besarlo no era la forma de ganarse a un hombre. Después de eso, seguramente habría perdido todo atractivo para James.

Entonces, ¿por qué estaba tan preocupada? ¿No era eso lo que quería?

CAPÍTULO 6

YA eran más de las diez cuando Ally llegó a Tasman a la mañana siguiente. En esos momentos había un desfile de modas de primavera, y la joven se detuvo para mirar. En ese momento, dos pequeñas figuras se abalanzaron sobre ella.

-¡Ally, Ally, Alice!

—¡Abrázame, Ally!

—¿A los dos al mismo tiempo, Greer? —la joven les sonrió—. ¡Ya eres demasiado grande, Geoffrey! ¡Buenos días, señora Thwaites!

—¡Ally, no sé cómo te las arreglabas para ir de compras con estos dos torbellinos! Te he llamado por teléfono a tu casa, pero nadie me contesta.

—Mi madre tiene un trabajo de media jornada y yo estoy trabajando aquí, pintando un mural —Ally abrazó a los niños—. Os he extrañado, pero os he pintado en la pared, a vosotros y a algunos de vuestros juguetes.

—¿Podemos ir a verlo? —Greer la tomó de la mano y ella miró a la señora Thwaites.

—¡Llévalos! ¿Podrías entretenerlos veinte minutos? ¡Se supone que tengo que comprarme un vestido, pero con estos dos es imposible!

Ally sonrió.

—Sé exactamente lo que quiere decir. Por supuesto que puedo.

Llevó a los gemelos hasta donde estaba trabajando.

—¡Ésa soy yo! ¡También está Geoffrey! —gritó Greer, riendo—. ¡Y la señora Conejo!

—¡El señor Kiwi! —añadió Geoffrey.

—El conejo blanco grande se parece al hombre que me puso los zapatos rojos —apuntó Greer, extendiendo la pierna para que viera el zapato—. ¡Mira! ¡Zapatos nuevos!

Los niños disfrutaron mucho viendo el dibujo, y Ally reía encantada al ver su excitación a medida que descubrían más y más juguetes escondidos entre los arbustos.

—¡Viejos árboles espantosos, dan miedo!

Al ver los árboles Geoffrey corrió hacia donde estaba Ally y ésta decidió que tendría que volver a pintar esa zona.

—Buenos días, Ally. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien —tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzarse a los brazos de James y para disimular le preguntó—: ¿Recuerdas a los gemelos?

—¿Cómo podría olvidarlos?

—Me los encontré en la planta baja. Su madre está viendo algunos vestidos, así que los estoy cuidando unos minutos.

—¡El mural va bien! ¡En particular el conejo blanco! Creo que la mayoría de los empleados han venido a verlo. La opinión general es que tiene un cierto parecido con alguien.

—¿No te molesta?

—¿A quién le molesta ser parte de una obra de arte? —de nuevo sonrió—. ¡Pero no quiero aparecer en la próxima! Quiero que me reconsideres el hecho de que el conejo sea uno de los personajes principales. En Nueva Zelanda son una amenaza porque devoran los pastizales. ¿Es posible cambiarlo?

—¡Por supuesto! ¿Qué te parece un dragón o un dinosaurio?

—¿Puedes hacerlos? ¡Maravilloso! Gracias, Ally —observó una nota en su carpeta y le indicó—: Quiero que comiences pronto a pintar en el lugar definitivo; tenemos poco tiempo.

—¡Aún no estoy lista! El fondo está mal, la técnica de rociado de pintura necesita perfeccionarse. Necesito más tiempo.

—¡Deja de preocuparte! Mira esas hojas tan bien delineadas... En cuando al diseño, la gente del departamento de niños está encantada, lo mismo que mi abuelo, y los diseñadores están impresionados. Chris Rudge, del departamento de arte y publicidad, vendrá a verte mañana. Me hubiera gustado poder enviarte otro artista más, pero por el momento es imposible.

Greer lo reconoció y se acercó para mostrarle sus zapatos rojos. Él los admiró y le preguntó por la señora Conejo. Poco después se retiró.

En ese momento se escucharon los pasos de una mujer que se acercaba.

—¡Gracias, Ally! ¡He encontrado exactamente lo que quería! —la señora Thwaites observó el mural—. ¡Es maravilloso! ¡Me encanta ese conejo! ¡Y ahí estan los gemelos y sus juguetes! ¡Qué bosque tan deliciosamente fantasmagórico!

—Me temo que es demasiado gótico —respondió Ally, riendo—. Tengo que volver a pintar esa zona. El señor Broderick Tasman me dijo que fuera a ver una zona de bosques frente a su casa en la playa. Me pregunto si les gustaría a los gemelos venir conmigo esta tarde o mañana. Por supuesto, usted también podría venir, si está libre.

—Esta tarde sería maravilloso. Tengo una entrevista a las tres, para un puesto de administración de una oficina —hizo una mueca —. Mi marido y yo necesitamos un descanso. El trabajar juntos no

nos ayuda. Siempre estamos peleando. ¡Me siento tan endemoniadamente furiosa! —suspiró profundamente—. Me parece bien que los niños vayan contigo esta tarde. Pasaré a buscarte a las dos y cuarto y te llevaré con los niños hasta ese lugar, y cuando termine la entrevista, me reuniré con vosotros. Prepararé algunas bebidas y el té de la tarde.

—No se preocupe, yo puedo comprar algunas cosas en la cafetería —respondió Ally.

Una vez que la familia se retiró, Ally intentó seguir trabajando, pero como no podía concentrarse en lo que pintaba bajó al departamento de niños para verificar las medidas de la pared. Después, como ya era casi la hora de comer, salió a la plaza y comió unos emparedados mientras observaba los gorriones que se posaban a sus pies para alimentarse con las migajas que caían al suelo.

Después, sin poder apartar a James de su mente, decidió que tendría que mantener con él una relación estrictamente de trabajo. Por lo tanto, le comunicaría que iba a pasar la tarde observando los arbustos junto a la casa solariega, como le había sugerido el señor Broderick. Con este fin se dirigió al área de oficinas, pero al ver cerrada la puerta del despacho de James, le dejó el mensaje a su secretaria.

A las dos de la tarde, limpió todo su equipo de dibujo, se puso un pantalón vaquero y una blusa y después de peinarse salió a la calle.

-¡Ally, Ally, Ally!

Era Geoffrey que la llamaba con los ojos brillantes y luchando inútilmente por quitarse el cinturón de seguridad.

—¡Ya voy! —subió al coche y le sonrió a la señora Thwaites—. ¿Llevan mucho esperando?

—No, acabamos de llegar en este mismo momento.

—¡Al campo, Ally! —exclamó Greer—. Hace años y años que no vamos al campo.

Tardaron poco en llegar a Beach Road y enseguida encontraron la pequeña casa de playa de cedro y piedra.

—¡Piedra caliza! Cuidado con las madrigueras de los conejos, Alice —advirtió la señora Thwaites, sonriendo mientras ascendían por la pequeña loma junto a la casa—. Puede haber curvas en esta zona.

—¡Tendré cuidado! Este árbol nos dará sombra —Ally dejó en el suelo todas las cosas que llevaba en los brazos—. ¡Es como si fuera el primer día de verano!

—Primero hay que poner un paño en el suelo.

Papá dice que esto evita que pase la humedad —Greer dio las instrucciones mientras trataba de extender una pesada tela—. ¡Geoffrey, tú no estás ayudando!

—¡Claro que sí! —contestó Geoffrey, con la caja de los bocadillos en los brazos.

—¡Bueno, ya es tarde! —la sonrisa de la señora Thwaites se convirtió en una mueca—. Tengo que irme. ¡Deseadme suerte!

Ally y los gemelos la acompañaron hasta el automóvil y después subieron de nuevo.

—Tengo mucho hambre, Ally —explicó Geoffrey, ansioso—. Y Greer también, anda, danos un bocadillo.

—Muy bien —contestó Ally, riendo. Luego abrió la caja y les dio uno.

Después de comer, los niños cogieron una pelota y bajaron a jugar junto a la casa mientras Ally comenzaba a dibujar. Pensando que los pequeños se habían acercado demasiado a la casa, los llamó, pero entonces vio sorprendida que parecían estar hablando con alguien. Se levantó y comenzó a bajar de la loma. Había un hombre hablando con los niños.

—¡James! —exclamó.

—¡Mírame! ¡Yo puedo alcanzar a Ally antes que tú! —le gritó Geoffrey a James mientras corría hacia Ally.

—¡Te ganaré! —respondió él, pero permitió que los dos niños llegaran primero. Greer se lanzó a los brazos de Ally y pidió un beso por su victoria. Geoffrey pidió lo mismo.

—¡Yo también!

—¡A mí el tercero! —sugirió James.

Le dio un ligero beso en los labios y ella respondió feliz por su llegada.

—Pensé que estarías demasiado ocupado para venir.

—Iba a dedicar la tarde a hacer cuentas, pero cuando me dieron tu recado cambié de planes. No preguntaré cómo elegiste este lugar. ¡Apuesto cualquier cosa a que fue el abuelo quien lo sugirió!

—Así es —reconoció ella—. Dijo que tu también deberías venir.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Siempre estás muy ocupado —repuso ella.

—Querida tontuela, tú y yo casi somos amantes —le acarició el mentón con un dedo—. Es cuestión de tener confianza —le sonrió con ironía—. ¡Has encantado a mi abuelo! Él no es una persona que se impresione con facilidad.

—Es un hombre extraordinario, y me gusta —Ally cogió la

libreta y el lápiz y miró a los niños—. ¿Quieres entretener un momento a los gemelos? No tardaré mucho en hacer este dibujo.

—¡Preferiría entretenerte a ti! —le brillaron los ojos mientras se inclinaba y la besaba en el escote.

—¡Se supone que estoy trabajando!

—¿Te he dicho lo encantadora que eres? ¿Que tu cabello brilla como si fuera de oro bajo la luz del sol? ¿Que tus labios son lujuriosas fresas de tentación?

—¡Oh, por favor! ¡Ño más anuncios! —exclamó-, ella, conteniendo la risa.

—¡Así es, las acciones hablan más que las palabras!

Viendo su intención de besarla, ella se dejó caer en la hierba.

—¡No, no lo harás! Estoy trabajando, jefe.

—¡Buscaré un público más agradecido!

Corrió hacia el pie de la loma, donde los gemelos jugaban con una pelota. Mientras dibujaba, Alice alzaba la vista con frecuencia para verlos jugar y divertirse. Pero llegó un momento en que fue demasiado para ella.

—¡No he podido resistirme a toda esta diversión! —reconoció mientras se reunía con ellos—. Y he resuelto el problema del diseño.

—¡Alcánzame si puedes, Ally!

Geoffrey comenzó a correr, seguido por Greer. Al ver que su hermana le daba alcance, el niño se detuvo, se dio la vuelta y exclamó:

—¡Gané, gané!

—No puedes declararte ganador cuando tu hermana está a punto de alcanzarte —señaló James—. ¡Eso no es justo! Ahora, cuando yo diga «adelante», correréis hasta Ally. ¡«Adelante»!

Un minuto más tarde los dos niños la miraban felices.

—¡Bien hecho! —James aplaudió—. ¿Queréis ver una cueva mágica?

—¿Mágica? ¿Con hadas? —preguntó Greer con los ojos muy abiertos.

—No puedo garantizar que haya hadas —respondió James—. No es fácil verlas, pero si estáis callados y no las asustáis podréis ver su luz —miró a Ally—. No está lejos, en el bosque, a unos diez minutos. Es algo seguro. Yo no haría nada que os pusiera en peligro a ti o a los niños.

Tranquilizada, la joven hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¡Me parece muy bien!

Tomó de la mano a Geoffrey mientras James subía sobre sus

hombros a Greer. Cuando se acercaron a unos árboles que formaban un túnel, él la bajó.

—Está detrás de los árboles. Al principio estará muy oscuro, así que tenemos que esperar en la entrada hasta que nuestros ojos se acostumbren a la oscuridad. Debéis darnos las manos a Alice y a mí y, si permanecemos muy callados, quizá las hadas nos permitan ver sus luces. Si pensáis en un deseo, se convertirá en realidad —se detuvo e hizo un movimiento teatral—, pero sólo si logramos salir de la cueva antes que las hadas nos oigan y apaguen las luces.

Ally pensó que seguramente era una historia que le había contado su padre.

Descendieron hacia la cueva y en la parte final, muy pronunciada, James cogió en brazos a los niños. Después le extendió la mano a Ally para ayudarla, pero ella fingió no verlo y buscó un lugar dónde sujetarse.

—¡La señorita «no me toques»!

Ella vio los brazos extendidos de James y por mucho que buscó a su alrededor no vio ningún lugar seguro para apoyarse.

—¡No busques más, querida!

Alice hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se deslizó entre sus brazos. Él la sujetó con fuerza y la chica pudo ver un brillo de ternura en sus ojos. Deseaba besarla, pero esperaba una invitación de su parte. Instintivamente, Ally contestó alzando la cabeza y besándolo. Su respuesta la dejó temblorosa.

—¡Bienvenidos al País de las Maravillas! —murmuró James y se agachó para entrar en la cueva.

Al instante se vieron envueltos en la oscuridad, pero poco a poco pudieron observar los detalles. Era una gran cueva llena de estalactitas y estalagmitas; la piedra caliza formaba castillos y torres en miniatura. Todos siguieron a James, quien se detuvo en el centro ante un domo que semejaba el de una catedral.

—¡Éste es el País de las Hadas!

Fue Greer quien lo susurró.

Salieron de la cueva cuando Geoffrey comenzó a tirar de la mano de James. Al salir, la luz del sol los cegó por unos segundos.

—¡He visto un hada! —exclamó Greer, excitada—. ¡Se posó en mi mano! ¡Era muy pequeñita y tenía una capa marrón brillante y con círculos blancos bordados en las alas!

—¡Era una mariposa! —se burlo Geoffrey.

—¡Era un hada!

Ally intervino antes de que el intercambio de palabras se convirtiera en una batalla campal. Con la ayuda de James, subieron

de nuevo al lugar donde habían dejado sus cosas.

—Yo he pedido una chocolatina y dos pasteles de Hanzel y Gretel —les comentó Geoffrey sonriendo—.

Uno para mí y otro para Greer. ¿Qué has pedido tú, James?

—Eso no debe decirse —comentó Greer, frunciendo el ceño—. Quizá no se convierta en realidad.

—¡Yo me aseguraré de que el mío se cumpla! —intercaló James, riendo—. Deseé que una princesa de cabello dorado se enamorara de mí.

—¿Conoces una princesa? —Greer estaba impresionada.

—Sí, pero va disfrazada. Sólo yo sé que es un princesa.

—¡Vamos, su madre ya debe de estar esperándonos! Gracias por mostrarnos la cueva, James. ¡Creo que nunca había visto algo tan hermoso!

Ya se acercaban a donde habían dejado las cosas, así que soltó a los niños, que se adelantaron corriendo.

—Quisiera saber qué es lo que te asusta, mi princesa —había ternura en la voz de James, pero la sujetó del brazo para evitar que escapara.

—¿Yo? ¿Asustada? —ella se soltó de su mano—. Voy a vigilar a los gemelos, no quiero perderlos de vista.

Corrió detrás de ellos, tratando de no ver la expresión dolida en el rostro de James. Se sentía llena de culpabilidad e ira, así que fue un alivio ver a la señora Thwaites subiendo la loma y a los gemelos corriendo hacia ella para hablarle de la cueva.

Ally comenzó a preparar la merienda, contenta de tener algo que hacer. Cuando sintió que James se acercaba y se detenía detrás de ella, alzó el rostro y lo miró.

—Espero que te guste el pastel de Hanzel y Gretel —se detuvo al ver la expresión en el rostro varonil—. Te has enfadado conmigo.

-Sí.

—Es que pides demasiado —aclaró ella en un murmullo.

—Porque no me agrada chocar contra la pared que has levantado a tu alrededor. Mientras no la derribe, continuaremos lastimándonos el uno al otro.

Alice jugó con los vasos de papel, sin poder contestarle.

—Me iré. No tiene objeto que me quede.

Con un ademán, James se despidió de los niños y de la señora Thwaites.

—¡Mi deseo! ¡Se ha cumplido mi deseo! —gritaba Geoffrey feliz, corriendo y saltando.

Mientras observaba a los niños comer el pastel, Ally pudo

olvidar por unos instantes a James, pero una vez de regreso en su casa el recuerdo de sus comentarios volvió a perturbarla. Para apartar de su mente esos pensamientos, se entretuvo con su libreta de dibujo hasta que la fatiga la hizo acostarse.

A la mañana siguiente, al llegar al trabajo, descubrió que habían retirado el andamio de su zona de práctica. Frustrada, se dirigió a la oficina de James.

—¿Me buscabas?

—¡Mi equipo! ¡Ha desaparecido!

—Está abajo, en el departamento de niños. ¿Es ése el bosquejo? —lo observó un instante—. ¡Muy bien! El abuelo quedará complacido.

—Pero yo...

—Estarás bien. ¿Algo más?

Ally hizo un movimiento negativo con la cabeza y después se alejó, molesta por su actitud.

Al llegar al departamento de niños descubrió que ya habían colocado el andamio También vio a Broderick Tasman hablando con un empleado.

—¡Alice! ¿Ya ha terminado el bosquejo? —con un ademán, el anciano le pidió que se reuniera con él mientras el otro hombre regresaba a su trabajo. Vacilante, Ally le entregó la libreta.

—Es sólo un bosquejo. Pensaba terminarlo arriba.

—¡Y desperdiciar el conejo blanco! —la sonrisa maliciosa del señor Tasman le hizo parecer veinte años más joven—. ¡Es una de las mejores caricaturas que he visto! —revisó el dibujo—. Si los niños que aparecen en los dibujos son conocidos de usted, obtenga el permiso por escrito de sus padres para archivarlos. Tal vez haya que pagarles. La zona de los árboles me resulta conocida; me alegra habérselo sugerido.

—Estaba tentada a dibujar la cueva que nos mostró James.

—¿James la llevó allí? —el anciano pareció sorprendido—. Mi hijo la encontró hace años cuando se derrumbó una parte de la ladera de la loma. En esa época James era muy pequeño. Alice y él la llamaron La Cueva de los Castillos Brillantes e inventaron historias sobre cosas mágicas. ¡Puras tonterías! —se sonó la nariz—. Bueno, tiene trabajo por hacer y no queda mucho tiempo.

—Gracias por contármelo —le dijo Ally, sonriendo.

La imagen de James de pequeño permaneció en su mente mientras comenzaba a dibujar. Cuando vio que los trabajadores regresaban de comer, se sentó y empezó a comer sus sandwiches, observando preocupada el bosquejo. Tenía que arreglar el espacio

del centro. Dudaba poder terminar para la fecha que James le había fijado, aunque dependería mucho del artista que él había prometido enviarle.

—¿Usted es Alice Barrett? Yo soy Chris Rudge. Lamento interrumpirla a la hora de la comida.

—Ya casi he terminado —Ally observó al joven alto y delgado y sonrió ante el sentido artístico que revelaba su camisa de color bronce y el pantalón rojo. ¡Chris Rudge era un hombre al que le gustaban los colores llamativos!—. He estado cuadriculando la pared; es un espacio muy grande. Usted puede comenzar a dibujar en el extremo de la ventana.

Sacó el boceto y se lo entregó. Consciente de que Chris era un profesional, temía escuchar sus comentarios.

—¡Esto es magnífico! ¡Original y divertido!

—¿Le gusta? Tengo que cambiar la figura del centro.

—¿El conejo? Cuando lo vi comprendí por qué el jefe había estado alabándola tanto. ¡Tiene talento! —miró la libreta abierta—. ¿Un dragón?

—Sí, no puedo encajar a un dinosaurio dentro de la cuadrícula. Pensé que sería fácil de arreglar... ¿Tiene alguna idea?

—¿Quiere un dragón pequeño? ¿Por qué no un...? —Chris cogió un lápiz y dibujó una extraña criatura.

—¡Un tuatara! —exclamó Ally, entusiasmada—.

Perfecto, es un descendiente de los dinosaurios y parece exactamente un pequeño dragón.

Se quedó pensativa un instante y después dibujó una bicicleta en la que estaba sentado una segunda tuatara, con el casco decorado con estrellas y flores brillantes. Riendo, Chris le dibujó ropa a la primera tuatara.

A las cinco, la joven se sintió feliz con el trabajo realizado por la tarde. Había quedado resuelto el problema de las figuras centrales y había ganado un nuevo amigo. Cuando Chris supo que vivían por la misma zona, le ofreció llevarla y traerla en su automóvil. Ella aceptó, con la condición de que le permitiera contribuir para el gasto de gasolina.

Al día siguiente, al sentir el fuerte viento que soplaba del sur, se alegró de haber aceptado la oferta de Chris. Ya en el trabajo, se olvidó del tiempo.

Dos días después ya estaban terminados los bosquejos, con excepción de los árboles de la parte superior. Sería necesario montar el andamio, pero como estaba segura de que James pasaría a verlo, Ally aún no lo había hecho. Al ver que él no aparecía, le

pidió a la gerente del departamento que tramitara su solicitud para subir el andamio. Le preocupaba pensar que quizá James estuviera evitando ir a la zona del mural. ¿Había decidido que ella era una pérdida de tiempo?

Cuanto antes acabara el mural, mejor. Una vez terminado, no sería necesario volver a ver a James. Él continuaría demasiado absorto en sus negocios para recordarla y ella trataría de olvidarlo.

CAPÍTULO 7

COMO toda su familia, Ally se levantó al amanecer del día siguiente. Katie iría de excursión con sus compañeros de colegio y todos ayudaban en los preparativos.

Ese día Chris no iría a trabajar hasta las diez pues tenía una cita con su dentista, así que Ally decidió comenzar a trabajar tan pronto como el sistema de seguridad le permitiera utilizar su tarjeta electrónica para abrir la puerta de los empleados, después de las siete y cuarto. De ese modo tendría la oportunidad ideal para pintar los árboles de la parte superior del mural sin que Chris se sintiera mal debido al temor que sentía por las alturas, lo que le impedía trabajar en la parte alta del andamio.

Se desilusionó al llegar y ver que no habían añadido los tablones necesarios, por lo que decidió hacerlo ella misma. Colocó dos pesados tablones, pero aún no alcanzaba a la parte superior de los árboles, por lo que agregó dos pedazos de madera que habían dejado los carpinteros. Decidió pintar primero los árboles más pequeños. Esto fue relativamente fácil, pero con el árbol más alto tuvo que estirarse y pronto sintió la tensión en los brazos y las pantorrillas y se vio obligada a descansar a cada momento para evitar los calambres.

Tratando de no prestar atención al dolor que sentía, se concentró en el detalle del árbol. Al fin logró terminar la última hoja de la parte más alta, donde le quedaba sólo una pequeña rama. Alzó una pierna para estirar los músculos y en ese momento se movieron las tablas que había colocado y perdió el equilibrio. Por suerte logró sujetarse para no caer. Consciente del peligro, se asió con fuerza, jadeante, hasta lograr apoyarse en un tablón ancho y entonces se sentó a descansar. Se desabotonó el cuello de la blusa y movió las muñecas adoloridas.

El ruido que hizo alguien al subir al andamio la hizo fruncir el ceño. ¡Lo último que deseaba en esos momentos era tener compañía!

—¡Ally! ¿Qué estás haciendo?

James estaba de pie sobre el tablón inferior ¡furioso!

—Sólo estoy descansando. ¿Hay algo malo en eso?

—¡Deja de hacerte la inocente! Has estado a punto de caerte ¡en dos ocasiones! —tomó los tablones sueltos sobre los que ella había estado apoyada y los arrojó al suelo. Guardó en la bolsa las brochas; las pinturas y las paletas y las dejó caer también—. Quiero que bajes de ahí ahora. ¡Despacio! ¡Con cuidado!

Al ver la expresión de su rostro, Ally decidió que no era ni el lugar ni el momento de discutir. Con mucho trabajo, debido a la rigidez de sus músculos, descendió. Hizo una mueca al ver todo su equipo esparcido por el suelo.

—¿Sabes a qué altura estabas? ¡Si te hubieras caído de allí te podías haber matado!

Ella se mostró irónica.

—¡No le habría hecho eso a tu nuevo departamento infantil!

Por un instante, él pareció a punto de explotar, pero, controlándose, retrocedió un paso.

—¡Ve a mi oficina! Te veré dentro de un minuto.

Antes de que ella pudiera contestarle, ya se había ido. La joven recogió sus cosas y se dirigió al cuarto de descanso. James podía esperar. Ella necesitaba reposar y él calmarse. ¡Ally no permitiría que ningún hombre autoritario le ordenara lo que tenía que hacer como si fuera una niña malcriada!

Después de descansar, se quitó la ropa de trabajo, se limpió las manchas de pintura y se dirigió a la oficina de James, donde su secretaria la hizo pasar.

Él estaba de pie junto a su escritorio, ya calmado. Le señaló una silla y le indicó que se sentara. Ella prefirió permanecer de pie.

—Ally, ¿puedes decirme por qué te arriesgaste así?

Su actitud de director de escuela la molestó.

—No soy una niña y no permitiré que me hables en ese tono.

—No seas tonta, Ally. Nadie trabaja a esa altura sin un equipo de seguridad y supervisión. ¡En cuanto al riesgo adicional que corriste con esos tablones...! —se detuvo un instante y se pasó una mano por la frente como queriendo apartar de su mente la escena —. ¿Por qué? ¡Tú no tienes que subir ahí arriba!

—Tenía que pintar esos árboles.

—¡No estaban en la pared donde hiciste el dibujo de práctica!

—Recuerda que no estaba terminado. En el boceto aparecen los árboles.

—No me di cuenta.

Ally comprendió que él se estaba culpando a sí mismo por no haber previsto el peligro.

—James, siento haberte preocupado.

Se acercó y se apoyó contra él, sintiendo cómo desaparecían su disgusto y tensión.

—¡Estoy intentando regañarte!

Ella le sonrió aún más.

—Eres una bruja exasperante, molesta —expresó él—. Si te

hubiera ocurrido algo...

—No ha pasdo nada, excepto que me duele todo el cuerpo de tanto estirarme. ¡Además, deja de fingir que te importa! —recordando los días anteriores, se apartó ligeramente—. No te has molestado en ir a verme en toda la semana.

—¿Me has echado de menos? Qué bien, porque yo he pensado mucho en ti —la atrajo de nuevo hacia él oprimiéndola con fuerza—. Tuve que hacer un viaje, pensaba regresar pronto, pero cerraron el aeropuerto de Wellington a causa del mal tiempo. Por lo tanto fui hasta Waikanae y después visité nuestra sucursal de Palmerston. Pasé allí la noche y tomé de regreso el vuelo directo. Las citas me mantuvieron ocupado —le acarició el labio inferior—. Ya te habías ido cuando fui a buscarte al mural.

Ally se sintió dominada por la felicidad.

—No pienses que te vas a escapar del sermón —aclaró él en seguida—. ¡Me diste el susto de mi vida! No me atreví a subir por el andamio o arriesgarme a gritarte hasta que estuve seguro de que habías recobrado el equilibrio. Cualquier distracción podía haber provocado una caída. Cuando perdiste el equilibrio... ¡Ally!

El temor en sus ojos era turbador y ella lo abrazó, apoyando el rostro en su pecho.

—¡Basta! ¡Deberías saber que los dientes de león pueden sobrevivir en lugares elevados y difíciles!

—Ya sé que los dientes de león son unas plantas muy fuertes, pero hasta esta mañana no sabía que habías entrado en mi corazón.

Cuando la besó, la dejó temblorosa y estremecida.

—¡Diente de león! —susurró él con ternura mientras le besaba la palma de la mano.

De repente, ella se sintió asustada.

—¿James?

—Desde el momento en que nos conocimos se produjo esta reacción entre nosotros. Hay una afinidad muy especial entre nosotros. Hacernos el amor será sensacional.

Ella se liberó de sus brazos.

—Lo siento, no debí permitir que me besaras así —sintió que le ardían las mejillas—. No sabía que las emociones podían descontrolarse de esa manera. No quiero tener una aventura contigo.

La voz de la secretaria por el intercomunicador anunció la llegada de un posible cliente. Maldiciendo en voz baja, James regresó a su escritorio y oprimió el botón.

—Espere cinco minutos —cuando soltó el botón,era de nuevo el

hombre de negocios—. Alice, tenemos que discutir esto con más calma. Tendré una hora libre a las seis. Si te voy a buscar al mural ¿vendrás conmigo al apartamento? Podemos hablar allí.

—¿Qué? ¿No me invitas a ver tus grabados? ¡Incluso tu abuelo lo haría mejor! —logró sonreír—. Lo siento, pero hoy me toca preparar el té. Si lo deseas, puedes venir a casa conmigo.

—¡Pero tendría que compartirte con tu familia! ¡Y tal vez me darías de comer una ensalada de berros con vino de dientes de león! —le acarició el cabello—. No puedo esta noche, y para ser la primera vez, sería una grosería por mi parte comer y marcharme. No quiero insultar a nadie —sonrió—. Tengo otro compromiso a las ocho, pero lo arreglaré para mañana. Antes de que se me olvide, el departamento de arte no puede darte a nadie más.

—Ya me lo explicó Chris. Mi amiga Anne tiene vacaciones durante tres semanas a partir de mañana. ¿Podría ofrecerle el trabajo? Es mejor artista que yo y mañana vendrá aquí a comer conmigo.

—Muy bien. Habla con el departamento de personal.

Escribió algo en su diario y alzó la vista para mirarla. Ella comprendió que si seguía observándola así no podría resistírsele.

—James, no puedo verte mañana ¡ni en ningún otro momento! ¡Si es que quieres que termine tu mural! Eres una amenaza para mí, te encuentro demasiado atractivo.

—¿Yo te amenazo? —había incredulidad en la voz de él—. Ally, te aseguro que mientras trabajes aquí te trataré como a cualquier otra empleada, te lo prometo y lo cumpliré. Tendrás que venir tú a mí. ¿Pero me prometes que no correrás más riesgos?

Ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, pues no podía hablar.

Al regresar a la zona del mural vio que Chris estaba pintando con la pistola de aire, así que ella se dedicó a dibujar un mono en la parte inferior, lo que pudo hacer sentada; sin embargo, al mediodía estaba exhausta.

—Chris, ya es suficiente por hoy —le confesó a su compañero.

—¡Muy bien! ¿Quieres que te lleve a tu casa?

—No, gracias. He traído la bicicleta.

Recogió su equipo, se despidió y en el momento en que se iba decidió llevar a casa algunas de las deliciosas especialidades que Tasman ofrecía para el té de la tarde. Entró en la cafetería y en ese momento vio a James sentado ante una mesa en el rincón, extendiendo una mano para tomar la de su acompañante, la hermosa rubia de la ocasión anterior. Ally se volvió y huyó.

El pedalear la bicicleta la ayudó a descargar su furia y antes de regresar a casa se fue a uno de sus escondites favoritos, una zona boscosa cerca de los campos de fútbol.

—¡Ally! ¡El mural será maravilloso! —la sinceridad de Anne fue demasiado evidente para ponerla en duda—. ¡Mira el mono! ¡Me encanta la expresión maliciosa de su mirada! ¡Se puede adivinar que está pensando en tirar de la cola del gato siamés que está arriba! ¡Y aquí está la casa de los tres osos! ¡Deben de estar sorprendidos pues el hombre en la cama no se parece en nada a Ricitos de Oro!

—¡Tienes razón! —Ally estaba segura de que Anne y Chris congeniarían—. Ven, te voy a presentar a mi ayudante. Su nombre es Chris Rudge —hizo las presentaciones—. Chris va a comer con nosotras para ayudarme a convencerte de que trabajes en el mural durante las próximas tres semanas. ¡El sueldo es bueno!

—Acabas de pronunciar la palabra mágica: ¡dinero! ¡Estoy tan escasa de eso!

—¡Puedes comenzar mañana por la mañana! ˆChris sonrió mientras se dirigía hacia las escaleras.

Ya casi habían terminado de comer cuando James entró y al verlos se acercó a la mesa. Ally los presentó.

—¡Anne, de Alice y Anne, artistas! —James sonrió—. Según Ally, usted es mejor artista que ella. Espero que pueda ayudarnos.

Ally notó que su encanto derretía a la sensata Anne. Después de estar seguro de que Anne trabajaría para Tasman a partir del día siguiente, él se alejó.

—¡Qué sueño! Es más guapo en persona que en fotografía. Trabajaría por unos pocos centavos con tal de tener la oportunidad de verlo.

—El jefe tiene un atractivo maravilloso para las mujeres —refunfuñó Chris—. Yo quisiera tener la mitad de su encanto.

—Hay una diferencia entre encanto y sinceridad —Ally se dio cuenta de la rudeza en la expresión de su voz y cambió rápidamente de tema—. Anne, si te llevo al departamento de personal, podremos preparar tu contrato. Con frecuencia comenzamos temprano y terminamos bastante tarde. ¿No te importa?

—Siempre y cuando haya autobuses.

—Yo soy el conductor, y también puedo recogerte —ofreció Chris.

Las dos chicas salieron.

Cuando regresó al mural, Ally comenzó a trabajar con la pistola de aire, y le sugirió a Chris que dibujara sus tuatara en el panel

central.

Más tarde sintió que alguien la estaba observando. Alzó la vista y vio a James muy cerca, sonriéndole.

Él se acercó y apagó la pistola de aire. Molesta, ella se quitó las gafas de protección.

—¿Querías algo?

—Ally, algo anda mal ¿no es cierto? A la hora de la comida parecías una gata furiosa. Deja de mirarme así, no comprendo por qué estás enfadada.

Ella había engañado a su mejor amiga y a Chris, pero en sólo dos minutos James se había dado cuenta de su furia.

—Sí, estoy molesta y también lastimada. Te vi ayer con una rubia en la cafetería.

—Debiste venir a saludarnos —respondió él—. Lena y yo nos conocemos desde que íbamos a la guardería.

—¿Era necesario que la contemplaras como a una diosa? ¿Y tomarla de la mano?

James frunció el ceño.

—Le estaba hablando sobre ti. Quería que ella lo comprendiera. Alice, si va a haber una relación entre nosotros dos, necesitamos confianza mutua. Piensa en eso.

Con tristeza, ella lo observó mientras se dirigía al ascensor. Colocándose de nuevo las gafas cogió la pistola de aire y la encendió. ¡Confianza! Sin conocerlo ¿cómo podía confiar en él?

El mural estaba casi terminado, pero Ally no se sentía contenta. James estaba muy ocupado y, además, viajaba mucho, tanto a Nueva Zelanda como a Australia. Broderick iba con frecuencia a la zona del mural y la joven disfrutaba de su humor ácido y sus observaciones. Desde el primer momento, Anne y Chris habían formado una pareja y su romance crecía de forma tan natural como un árbol en un bosque.

Ese día, Ally estaba pintando los zapatos de baile del elefante y cuando terminó retrocedió para observar el efecto. Sonrió satisfecha.

—Ally, ¿estás aquí sola? ¿Dónde está Chris? —le preguntó James, frunciendo el ceño.

—El proveedor nos trajo la pintura plateada justo en el momento en que nos íbamos. Le dije que yo me haría cargo. Gracias por decirle que se diera prisa. Temía que no estuviera aquí a tiempo. ¿Puedes decir que cambien la hora del cierre del local para quedarme hasta después de las siete y cuarto?

—Estaré trabajando, así que ven a mi oficina cuando termines —

él sonrió—. Recuerdo un elefante con zapatos de baile que le dibujaste a Greer. Les he enviado una invitación a los gemelos para la inauguración.

—Se habrán puesto muy contentos. Gracias. Bueno, tengo que seguir trabajando.

Él recogió los informes y se dirigió hacia la escalera.

La joven trabajó en la melena del león hasta las siete, quedó satisfecha del resultado. Decidió añadir un toque similar a los cachorros del león. Cuando estaba ajustando las luces, oyó el ascensor. Poco después éste se detuvo en su piso y James salió con una caja en la mano.

—Ally, he traído pizza, ensalada y refrescos. ¡Debes de tener hambre!

—¡Comida! ¡Qué bien huele! En este momento estaba pensando en que ya tenía que irme, pero quería dejar terminado el primer cachorro —Ally limpió la brocha mientras James abría la caja. Se miró las manos llenas de pintura—. ¡No empieces a comer hasta que me haya lavado las manos!

—No puedo esperar tanto —replicó él—. ¡Ven acá!

Tomó un pedazo de pizza, cortó una porción y se la puso en la boca.

Al regresar, James ya había servido la comida y mientras Ally se sentaba, él comentó:

—Los diseñadores han venido hoy y están impresionados con el mural; es más, me pidieron tu dirección. Creo que van a ofrecerte trabajo.

—¡No me tomes el pelo!

—¡No lo estoy haciendo!

—¿Y tú qué opinas, James? ¿Ha merecido la pena?

—Merecer la pena… no es eso lo que yo diría. El abuelo dijo que sería una obra de arte y creo que tiene razón. La composición está equilibrada, las técnicas son habilidosas, los colores se alternan y se mezclan, los temas han sido manejados con seguridad, el artista demuestra un gran sentido del humor… ¿no es así como hablan los críticos?

—No has contestado a mi pregunta.

—No pensé que te interesaran mis sentimientos. Esperaba que vinieras a mi, Ally. Sin embargo, has seguido pintando, sin tomar en cuenta lo que sentimos el uno por el otro. Todas las mañanas pienso «hoy Ally vendrá a mí». Todos los hombres en este lugar, desde el abuelo hasta el último mensajero, te idolatran; para ellos eres alegría y risa. Conmigo te retraes y eso me duele. Ellos no sueñan

con ser tu hombre, pero yo sí. Sueño con hacerte el amor, con tocar las suaves curvas de tu cuerpo. Te he estado observando, tratando de comprenderte. Eres tierna, sincera, de corazón cálido, pero te niegas a reconocer la atracción sexual que existe entre los dos.

Después de un largo silencio, James se levantó para tirar los restos de la comida en el cubo de la basura.

—Por lo general, trabajo hasta las diez. Cuando quieras irte, ven a mi oficina y llamaré un taxi. Será por cuenta de Tasman.

Ally hizo un movimiento afirmativo con la cabeza; si intentaba hablar, las lágrimas se lo impedirían. Cuando él se retiró, ella sintió los ojos húmedos.

Quería irse a casa, acostarse y llorar, pero eso significaba ir a la oficina de James y él vería sus ojos enrojecidos, se daría cuenta del motivo, la besaría y ella no tendría defensa alguna contra él; así que decidió seguir trabajando.

Una hora después escuchó pasos en la escalera y la puerta se abrió. James llevaba su portafolio en la mano.

—Ally, ¿te importaría terminar ya?

-¿Ya?

—He decidido irme temprano, no puedo concentrarme. Lo siento.

—Está bien —ella se enderezó y movió la muñeca—. Por cierto, no te olvides de la rama superior; es una fuerte tentación.

—La harán el sábado.

James la ayudó a guardar parte del equipo y Ally fue consciente de la tensión sexual entre ellos.

—Eres hermosa, Ally, incluso con el cabello manchado de pintura plateada. Es duro para ti, lo sé. Yo me molesto conmigo mismo, contigo. Esta última hora he estado allí sentado, diciéndome que tengo que olvidarte, que no tengo tiempo para mantener una relación contigo; sin embargo, cuando te miro, sé que eres mi mujer —le acarició el cabello—. También he intentado comprender tu punto de vista, pero me resulta difícil tener paciencia.

Ally mantuvo la vista en el suelo, tratando de ignorar las emociones que despertaba el contacto de él, deseando sentir sus brazos alrededor de ella. Sin embargo, sorprendentemente, James retrocedió y se dirigió hacia la puerta.

—Tú recoge aquí y yo me encargaré de lo demás.

Mientras caminaban hacia el automóvil, él le explicó los planes para el fin de semana.

—La inauguración oficial es el martes a mediodía —encendió el motor—. Para entonces, ya no serás empleada de Tasman, así que

tengo la intención de invitarte a salir.

—¡Eso me parece muy precipitado!

Durante el viaje, ella lo contempló con el dolor de la necesidad que tenía de él.

—¡Ya hemos llegado, princesa! —anunció él al fin.

Sorprendida, se dio cuenta de que él había abierto la puerta de su lado y que estaba abriendo la suya.

—Te veré mañana en el trabajo. ¿Chris te recogerá?

—Sí. ¿No estás celoso?

—¡Si pensara que te sientes atraída hacia Chris, ya lo hubiera trasladado!

—¿Harías qué? Pero eso es...

—¿Abuso de autoridad? Recuerda que en el amor todo está permitido.

Él la acompañó hasta la puerta de la casa.

—¡Y tu abuelo piensa que eres maravilloso!

—Por supuesto. ¡Él me enseñó lo que sé!

—Vaya, tienes salida para todo —dijo ella, riendo suavemente.

—Adiós, diente de león. Buenas noches.

Ella se quedó de pie en la puerta abierta mientras él regresaba al automóvil. ¿Por qué no la había besado? Frunció el ceño. ¿Tenía demasiado ajo la pizza? ¿Le habría quedado comida entre los dientes? ¿Es que tema ahora en rostro un tercer ojo? ¿O sólo se trataba de un nuevo juego que estaba ensayando con ella?

CAPÍTULO 8

POR lo tanto declaro inaugurada la primera etapa del Centro Comercial Tasman — Bro-derick Tasman cogió las tijeras y cortó la cinta. Todos los presentes aplaudieron.

—¡Ally! ¡Ven! —Greer y Geoffrey tiraron de ella.

—¡Ally, el mural es magnífico! —expresó con tono de admiración la madre de los gemelos—. ¿Qué vas a hacer ahora? Los buenos empleos son escasos. En mi último intento ni siquiera me enviaron una carta de «gracias por su solicitud pero...»

—¡Qué desagradable! —exclamó Ally—. No sé qué voy a hacer.

—Si estás interesada, una de mis amigas vio las colchas de los gemelos y quiere que tú le diseñes tres para sus hijos. Está dispuesta a pagar bien; aquí tienes us número telefónico.

—La llamaré —Ally guardó el papel en el bolsillo mientras James se acercaba. El regocijo de él hizo que sus ojos parecieran más azules.

—¡Los gemelos se están divirtiendo mucho! Gracias por traerlos, señora Thwaites. Ally, los fotógrafos quieren que poses junto al mural.

—¿Tengo que hacerlo, James?

—Sí. No muevas así la cabeza. ¡Todos esos mechones estimulan mis fantasías! Mereces reconocimiento. Chris y Anne te ayudaron, pero este trabajo es tuyo. Además, a mi abuelo le encantaría obtener más publicidad gratis para el negocio. Estás sensacional, Ally —el tono de voz de James era profundo—. Nunca te había visto con ese vestido ¡y con esas maravillosas piernas te podrían demandar por detener el tráfico!

Ally se rió y se movió para distraer su atención.

—¿Reconoces la tela del vestido? Es una mezcla de seda y lino del departamento de telas de Tasman. No pude resistir la tentación de comprarlo para llevar hoy algo más formal que el atuendo de pintora.

—¡Eres maravillosa! Por cierto, eso me recuerda algo. ¿Te has reunido esta mañana con el equipo de diseño de la tienda?

Ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se colocó junto a Anne y Chris. Los fotógrafos trabajaron mientras ella contestaba las preguntas de los periodistas y a sugerencia suya incluyeron en la fotografía a Greer, Geoffrey y a su madre.

—¡Mi querida Alice, estás encantadora! —la alabó Broderick Tasman al llegar a su lado—. Gracias por el mural. ¡Es una obra de arte! A los niños les encanta, y los más observadores han

descubierto los animales escondidos.

—Quería despedirme de usted, señor Tasman... —comenzó a decirle ella.

—Au revoirl ¡Tengo la impresión de que te veré pronto!

La joven se despidió de los empleados y se retiró,dolida por el hecho de que James no se hubiera molestado en tener la cortesía de despedirse de ella.

Ya en la calle, tomó el autobús rumbo a su casa y pensó que ahora su principal preocupación sería encontrar trabajo. Al revisar su bolso, encontró el papel con el número telefónico que le había dado la señora Thwaites. El confeccionar las tres colchas la tendría ocupada durante un corto tiempo. ¿Cuánto podía cobrar por el trabajo? Dos de las amigas de Anne también le habían pedido colchas similares. Quizá su madre tuviera razón. ¿Sería posible ganarse la vida diseñando y haciendo dichos artículos? ¿Podría vendérselos a Tasmanl

A las cinco de la tarde de ese día ya había discutido el plan con su familia, también había llamado a sus posibles clientes y había hecho una lista de los materiales que necesitaría. El pago que le había dado Tasman cubriría su parte de los gastos de la casa durante varias semanas y le permitiría comprar el material para empezar. Cuando sonó el teléfono, Ally contestó, pensando aún en los diseños y en las posibilidades de las colchas.

—¿Ally? Soy James. Siento no haberme despedido esta mañana, pero pasaré a buscarte dentro de media hora. ¿Está bien a las cinco y media? Vas a venir a casa conmigo. Mi madre cree que quizá te gustaría ver a algunos otros cuadros de la abuela y después cenar con la familia. Estamos celebrando el afortunado comienzo del centro comercial.

—¡Gracias! ¡Estaré esperándote preparada!

Al colgar el auricular, Ally se dijo que debió haberle contestado que no. ¡James le había dado órdenes, no la había invitado! Veinte minutos después, ya estaba arreglada y esperándolo.

Al fin se escucharon pasos acercándose a la puerta y la joven pensó que era James. Pero no. Oyó a Katie y a Jonathan discutiendo sobre quién abriría la puerta, y rápidamente se les adelantó. La expresión en los ojos de James al ver su apariencia le encantó. Le presentó a todos los miembros de su familia y se sintió aliviada cuando él rechazó el ofrecimiento de tomar una copa que le hizo su madre, prometiendo que en otra ocasión la aceptaría.

Pronto abandonaban la ciudad por la carretera. Entonces él dijo:

—Alice, quiero disculparme por lo del mediodía. Uno de los

periodistas insistió en hacerme una entrevista. Cuando regresé, ya te habías ido. Traté de llamarte por teléfono pero nadie me contestó, así que decidí llamarte más tarde, pero me entretuvieron con algunas cifras...

—¡No puedes dejar de pensar en los negocios!

—Prefiero tus... —había sensualidad en su voz—, curvas tentadoras, tu hermoso trasero, tus muslos firmes, pantorrillas fuertes y tobillos perfectos. ¡Todo se lo debes a la bicicleta! El otro día llevabas unas sandalias abiertas y te vi las uñas pintadas de color rosa. En el pie izquierdo tienes un callo.

Sonriente, disminuyó la velocidad al llegar a la cima de una loma y, saliéndose de la carretera detuvo el coche.

—¿Tenías que decir lo del callo?

—¡Me agradó verlo!

—Créeme ¡a veces me duele!

—¡Es una ventaja! Si conoces la mitología, sabrás que los dioses solían raptar a las jóvenes perfectas. Tú eres perfecta, por lo que podrían raptarte, pero... tienes un callo. Así que pienso que... —miró a su alrededor—, ¡estamos seguros!

Ally no pudo evitar sonreír pero cuando él se inclinó hacia ella, se puso seria. Con ternura, James le tomó el rostro entre las manos.

—Ally, ¡tienes unos ojos tan expresivos! ¡Cuánto he deseado este momento!

Ella deseaba que él la besara.

—Me resulta tan difícil mantener mis manos lejos de ti cuando todo lo que deseo es amarte. Si comprendiera... ¿qué sucede, mi diente de león?

Al ver su preocupación, ella quiso decírselo. ¿Pero la comprendería?

—Está bien, Alice.

Temerosa de dejarle ver sus deseos y emociones, Ally comprendió que tenía que moverse. Abrió la puerta y salió del automóvil, sintiendo el viento frío en su rostro. Caminó un poco tratando de analizar sus sentimientos. Se dijo que aceptar su invitación había sido un error, pero ahora no podía pedirle que la llevara de regreso a la ciudad; sería una grosería aceptar la invitación de su familia y ya en camino cambiar de idea. Se volvió y lo vio apoyado contra el automóvil. Señalándole el paisaje con la mano, le preguntó:

—¿Hay tiempo para dar un paseo? ¿Tan sólo hasta allí, hasta el borde?

Llegaron al sitio indicado y se detuvieron. Ella se estremeció

cuando James le pasó el brazo alrededor de los hombros.

—Alice, quiero tocarte, sostenerte. Te deseo.

Ella le acarició la mejilla.

—James, no es culpa tuya —se apartó de él para romper el contacto físico—. Temo... temo amarte. Temo perderte. Verás, tú no debes interesarte en mí, en realidad no soy una persona agradable. No soy valiente ni divertida. Sólo estoy muy asustada...

Se detuvo al no poder seguir hablando y James le alzó el rostro con la mano, obligándola a mirarlo.

—¡Calla, pequeña! —la abrazó y la atrajo contra él—. Es natural que estés asustada. ¡Pero no permitiré que nadie, ni siquiera tú, diga cosas que te rebajen! Alguien ha dañado tu amor propio y eso afecta tu capacidad de recibir y dar amor. Quiero ayudarte, Ally, pero tienes que confiar en mí lo suficiente para decírmelo.

Ella sintió el leve contacto de la boca sobre su piel, pero no pudo alzar la vista.

—Ally, mírame.

James había comprendido su dolor y, colocándole las manos en los hombros, la hizo volverse hacia él.

—¿Ves los árboles alrededor de aquella casa, en el valle? Esa es mi casa. Cuando viajo siempre recuerdo este sitio. Cuando se viene desde la ciudad, es lo primero que se ve de la casa. Mi padre siempre se ponía a cantar cuando llegábamos a este punto.

Ally trató de imaginar a un hombre mayor, parecido a James, rodeado por una familia, pero le resultó difícil.

—Hablame sobre él.

—¿Sobre papá? —James frunció el ceño—. Un niño ve a su padre desde una perspectiva muy particular. Cuando era muy joven, papá era mi héroe. Podía hacerlo todo y arreglar cualquier situación. Cuando crecí, encontré que era una persona normal, que en ocasiones estaba cansado, malhumorado, que cometía errores, que era sólo un hombre. De alguna forma lo quise aún más por eso. Era un pésimo hombre de negocios, pero un gran padre.

Sonrió ante sus recuerdos.

—Físicamente me parezco a él. Era alto, de hombros anchos y sus ojos eran de un color azul grisáceo como los de la abuela. Era hijo único y sus padres siempre habían estado muy ocupados, por lo que él se aseguró de dedicarnos mucho tiempo a nosotros. Sabíamos que éramos su mundo y él nos quería. Los negocios, bueno, sólo eran parte de sus deberes. Lo intentó; pero no sé si fue debido a la influencia del abuelo, o a que papá prefería otras cosas. ¡Como el golf, la natación y el fútbol! Mamá y él jugaban unos partidos muy

malos de tenis. Solían llevarnos a escalar aquellas montañas… —las señaló con la mano—. Nos divertimos mucho, durmiendo en el campo, haciendo fogatas… ¡papá era un pésimo cocinero! —se detuvo un momento—. Lo extraño y quisiera que él hubiera podido conocerte, diente de león.

—Era un buen hombre, tuviste suerte.

—¿Y qué me dices del tuyo?

—Yo pensaba que era un príncipe mágico —comenzó Ally—, al igual que sus historias. Era alto, de cabello dorado, abundante y rizado. Sus ojos eran como los de un cachorro, de color castaño, y podían hacer sentirte feliz o triste —se detuvo sin saber si podría completar la imagen—. Su voz podía tener la música de la alegría o la furia del hielo de los mares antarticos.

Estaba temblando. —¿Abusó de ti?

—No —sorprendida, ella lo miró—. Al menos no físicamente. Emocionalmente quizá, pero no fue intencionado. Era bien parecido, encantador, un bribón que vivía sus historias. Lo quería. Ahora pienso que era totalmente egoísta y cruel. Para él la felicidad no tenía significado alguno. A veces desaparecía durante días y después regresaba como si nada hubiera ocurrido. En varias ocasiones, mamá y yo lo vimos con otras mujeres; les decía que estaba divorciado. En otras ocasiones, fingía que no conocía a mi madre…

De nuevo se convirtió en una niña, perdida en el dolor del pasado.

—Había peleas, se gritaban el uno al otro y después él juraba que nos quería. Cuando mi madre le dijo que estaba embarazada de Katie, él desapareció. Nunca regresó, aunque me había prometido que siempre regresaría. Dijo que nos quería, pero no era cierto. No sé si está vivo o muerto.

Sollozó ruidosamente, pero poco a poco se fue tranquilizando en los brazos de James, mientras él le acariciaba la espalda con las manos.

—Oh, James, lo siento, no debí descargar todo eso sobre ti —intentó secarse los ojos—. Jamás había llorado por él.

—Ya era hora de que lo hicieras. Has vivido con ese dolor demasiado tiempo.

—Te he mojado la camisa y la corbata está húmeda —inútilmente trató de secarle la camisa con el pañuelo que él le había dado, hasta que vio que éste también estaba empapado. Al escuchar la risa de James, le sonrió—. Y también tu pañuelo.

—No me importaría que inundaras el coche si eso te ayudara, mi

amor.

Comenzaron a caminar hacia el automóvil.

—Si puedes aceptar que tu padre era el del problema, que quizá tenía miedo de amar y afrontar su responsabilidad por la razón que fuera, podrás superar el pasado. Puedes permitirte ser generosa. No creo que tu padre haya sido feliz sin vosotras. Seguro que os habrá echado mucho de menos.

Ally se quedó sorprendida.

—Nunca lo había visto bajo ese punto de vista —confesó, pensativa—. Siempre he pensado que era yo quien no merecía ser amada. Siempre he considerado a todos los hombres bien parecidos y encantadores como monstruos egoístas y falsos. Nunca he confiado en ningún hombre.

—¿Estás diciendo que nunca te has acostado con un hombre?

—Decidí esperar hasta que encontrara alguien en quién pudiera confiar, alguien que fuera fiel.

—¡La vida no garantiza nada! Hay que arriesgarse —se agachó para recoger varias flores doradas y brillantes—. Querida, creo que ahora estás en posibilidad de entregarle tu amor a un hombre —le ofreció las flores—. Yo quiero ser ese hombre. Te amo, mi valiente y brillante diente de león.

Ally le sonrió y le dio un ligero beso.

—Mi querida Ally.

James la oprimió contra su cuerpo y ella sintió cómo le temblaba todo el cuerpo mientras él le acariciaba la nuca. Pronto se convirtió en una mujer ansiosa y desesperada.

—Mi pequeña libertina —murmuró él—. Eres tan apasionada que hacer el amor contigo va a ser…

—¿Tempestuoso? —preguntó Ally en voz baja. Le tomó la mano derecha y se la besó—. Quiero pedirte algo. ¿Puedes esperar un poco más? Para mí el sexo es la entrega total de dos enamorados. Siempre pensé que enamorarse sería algo gradual, que conocería a mi hombre bien antes de acostarme con él. Que el amor y el matrimonio deben ir juntos. ¿He sido poco realista?

—Algunos dirían que sí y otros que no. Pero esto es algo entre nosotros, sólo entre nosotros. Si necesitas más tiempo, está bien. Si te preguntas si estoy listo para comprometerme contigo para toda la vida, la respuesta es sí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¡Apenas nos conocemos! No sé cómo piensas sobre cosas fundamentales, la familia, la religión, la vida, la muerte, las actitudes. ¡Tú no me conoces! ¡Podría ser una prostituta callejera, una ladrona, una gran mentirosa!

—Alice, me enamoré de ti en cuanto te vi. Te he observado durante semanas y cada día se han hecho más profundos mis sentimientos. Eres mi alegría; nunca había sentido esto por otra mujer. Cuando te enfadaste porque me viste con Lena, me molesté porque comprendí que no me conocías bien. Ahora que sé lo de tu padre puedo comprenderlo. Seré tu marido y nos seremos fíeles siempre. La eternidad no me bastaría para descubrir formas de amarte.

—¡James, tienes que ser el hombre más maravilloso del mundo!

—¡Ojalá siempre pienses lo mismo! —los ojos azules brillaron de alegría y amor—. ¡Quizás en algún momento necesite que me lo recuerdes!

Su beso fue posesivo y la intensidad de sus caricias aumentó, haciendo que Ally respondiera con ansiedad. Fue una sorpresa cuando James gimió y la apartó suavemente.

—Ally, quisiera no haberte dado mi palabra de esperar. ¡Nunca he sentido un deseo tan intenso!

—Me siento feliz de decirte que no sólo eres maravilloso, sino también noble y paciente. Me olvido de todo cuando me besas. El estar contigo es algo tan deliciosamente íntimo… nunca había pensado que el cuerpo de un hombre pudiera ser tan espléndido. Va a ser divertido conocer el tuyo —se detuvo un instante—. Ni siquiera sé si tienes callos.

Él soltó una carcajada llena de felicidad y la cogió en brazos. En ese momento oyeron el ruido de un automóvil que se acercaba y se separaron. Instintivamente, Ally se arregló la ropa.

—Es el abuelo —le informó James.

Lo saludaron con la mano y él les devolvió el saludo tocando el claxon. James le pasó el brazo sobre los hombros a la joven.

—Me alegro de que mi abuelo y tú hayáis simpatizado. Él es muy especial para mí. Vamos, cariño, ya es hora de proseguir.

Ya en el automóvil, ella se retocó el maquillaje y se peinó.

—Tienes el pelo más hermoso del mundo, mi amada Ally. Un velo de mechones dorados. Es muy sensual.

Mientras bajaban de la loma y entraban al valle, ella observó la casa, que parecía sacada de una tarjeta postal, rodeada por arbustos y árboles. Al acercarse, quedó impresionada por el estilo arquitectónico. La sencillez de sus líneas era perfecta, sus proporciones, equilibradas, y existía una gran armonía entre el paisaje y la construcción.

—¡Es perfecta! —exclamó—. ¡Oh, James, por primera vez en mi vida sé lo que es la envidia!

—¡Bienvenida a casa, Ally!

James detuvo el automóvil junto a la limusina de su abuelo.

—¡Ven! —rodeó el vehículo y abrió la puerta del lado del pasajero para ayudarla a salir. La besó rápidamente en los labios, en el mentón, la mejilla, los ojos, los oídos y de nuevo en la boca, mientras deslizaba las manos por su cuerpo haciéndola sentir un gran placer.

—¡Me vuelves loco, Ally! ¿Qué va a pensar mi madre?

Ella se dijo que la vida sería alegre de ahora en adelante porque el hombre que amaba también la quería, y era sensible a sus sentimientos. Sintió un nudo en la garganta.

—No llores, cariño, no tengo otro pañuelo seco. ¡A menos que te lleve a mis habitaciones, y eso realmente pondría a mi madre de muy malhumor! Ella tiene algunas ideas muy estrictas.

—¿Qué te está diciendo James sobre mis ideas y mi humor? —preguntó sonriente una mujer alta, de cabello castaño y ojos azules —. No puedo decir que no lo creo. ¡Mi hijo siempre dice la verdad! ¡Pero sí te diré que su carácter es aún peor que el mío! Tú tienes que ser Alice Barrett. Bienvenida a casa.

El ruido de unos cascos de caballos que llegaban a todo galope los distrajo. Se trataba de dos jóvenes jinetes que competían por llegar primero. Se detuvieron frente a ellos, cada uno gritando que había ganado, mientras saludaban a James, su hermano. Este les presentó a Ally y ella les sonrió.

—¿Te gusta montar a caballo, Ally? —le preguntó la señora Tasman mientras se alejaban los dos jóvenes.

—No sé, nunca lo he intentado —respondió la joven.

Le pareció que si hubiera dicho que nunca había probado el pan la sorpresa no habría sido mayor. En ese momento recordó la primera impresión que le había dado James. ¿Por qué no le había hecho caso a su instinto? ¿Cómo podría ser suyo ese mundo? Se sentía como un trozo de algodón entre terciopelo.

CAPÍTULO 9

JAMES tiene que enseñarte —aseveró con firmeza la señora Tasman—. Ven, Ally, tengo entendido que eres una admiradora de los cuadros de Alice Tasman. Mientras James se cambia, te enseñaré algunos trabajos que tenía aquí en la casa.

Subieron por la escalera hasta que la señora Tasman se detuvo frente a una puerta, la abrió y anunció:

—Ésta es la habitación de Alice.

Entraron en una sala formal con suelo de madera, donde Ally admiró el asombroso colorido de cuatro cuadros que cubrían las paredes por completo, de un extremo al otro, del suelo al techo.

—¡Nunca había visto una habitación así! Todo es tan sencillo, tan adecuado... Los cuadros son... —no pudo seguir explicando lo que sentía. Quedó absorta y abrumada por la intensidad y la profundidad de lo que sentía.

—¡Regresa a la tierra, diente de león!

La joven se dio vuelta y vio a James. Se habían quedado solos, así que corrió hacia él.

—No he oído salir a tu madre, ni te he oído entrar a ti. ¡Estos cuadros son maravillosos! —lo besó, disfrutando su cercanía—. Me gusta el olor de tu loción para después de afeitar y de tu colonia.

—Tu perfume es un cambio agradable de olor a pintura —a James le brillaron los ojos—. ¿Sabes lo mucho que estás provocándome?

—No —contestó ella, riendo—, sólo estoy copiando la técnica que se usó en los cuadros. ¡Esta habitación está tan llena de color!

—Algún día haremos el amor aquí —él señaló las pinturas con la mano—. Me encantan estos cuadros, pero mi favorito está en las habitaciones del abuelo. Él está allí ahora, así que si quieres podemos ir a ver.

—¡Por supuesto que sí! —con dificultad Ally se apartó de él—. Estás tremendamente sensual con el pelo húmedo debido a la ducha.

—¡Bien! ¡Porque la mujer a la que estoy tratando de impresionar es tan hermosa que necesito toda la ayuda posible!

—¿Piensas que soy hermosa?

—¡Sólo tú puedes no darte cuenta de lo hermosa que eres!

Subieron por otra escalera hasta llegar a lo que era el apartamento de Broderick Tasman, a quien encontraron sentado en la sala. Él alzó la vista del periódico y se levantó.

—¡Mi querida Alice, una diosa renacentista! ¿Has venido a ver

Le señaló con la mano el cuadro sobre la chimenea.

—Gracias, señor Tasman. Su casa es impresionante —Ally "estudió el pequeño cuadro—. ¡Es encantador! ¡Un ramillete de dientes de león sobre la hierba!

¡Observe el pequeño reloj! ¡Si le soplara, volarían como pequeños paracaídas! ¡La artista debió utilizar un pincel de un solo pelo!

Broderick Tasman miró por la ventana.

—Mi abogada acaba de llegar. Será mejor que bajemos.

Los tres descendieron por la escalera y Ally pudo escuchar y presenciar la cálida bienvenida que le daba la señora Tasman a la mujer alta y rubia que estaba en la puerta. James se dirigió rápidamente hacia la recién llegada y le dio un beso afectuoso.

—¡Lena, qué sorpresa tan agradable! ¡Estás maravillosa! Ven, quiero presentarte a Alice Barrett. Ally es la artista que pintó el mural. Ally, ésta es una amiga muy querida, Lena Smithson. Acaba de hacerse cargo de los asuntos legales del abuelo, que antes llevaba su padre.

Con un esfuerzo, Ally pronunció las frases de cortesía convencionales. De cerca, Lena era una mujer maravillosa, con grandes ojos azules, piel perfecta y suave y cabello largo recogido en un moño. Los pendientes de oro con aguamarinas combinaban con el traje de seda color azul claro que llevaba con elegancia natural. Lena tomó el brazo de James, y Ally llena de desesperación, reconoció que eran la pareja perfecta. Como si se diera cuenta de sus pensamientos, él se acercó a ella mientras entraban en la sala.

—El abuelo está hoy un poco raro —murmuró—. Creo que está tramando algo.

—Éste es un día muy importante para la familia Tasman —comenzó a decir el mayor de los Tasman—, con el afortunado inicio de la transformación del centro comercial y la inauguración del mural. James, tengo una sorpresa para ti. Esta noche te conviertes en el propietario de las cinco tiendas. Tasman en South Island y las tres sucursales en Sydney. Espero que sigas ayudándome con las demás, pero ya te entrego éstas como una prueba de mi fe en tu aptitud para los negocios y porque estoy orgulloso de ti. Lena, dame los documentos.

Ally observó la sorpresa, la alegría y el placer en el rostro de James al ver que su abuelo firmaba los documentos. Cuando le tocó a él el turno de firmar, se volvió a mirarlo y le sonrió. Los aplausos y el ruido de los corchos de champán le hicieron comprender que

todos sabían lo que iba a suceder, con excepción de James y de ella.

Durante la comida, Ally hizo un esfuerzo por participar en la conversación y la disfrutó hasta que Lena le preguntó su opinión sobre la ópera que había estado representada poco antes en la ciudad.

—Lo siento, pero no fui a verla —reconoció.

—¿Se la perdió? A James y a mí nos encanta ir a la ópera.

—Ally ha estado trabajando mucho en el mural —intervino James—. Tenía que terminarlo a tiempo.

—¡Por supuesto! El mural es un viaje a una tierra de fantasía, Alice. Es magnífico. Los animales escondidos entre los arbustos han sido dibujados con mucha inteligencia.

Ally fue consciente de que James había acudido en su ayuda.

Después de la cena pasaron a otra sala, donde Lena tocó el piano, pidiéndole a James que le pasara las hojas de las partituras. Un rato después él le dijo a uno de sus hermanos que tomara su puesto junto a la pianista y se acercó a Ally.

—¿Qué sucede, cariño?

—Nada, todo está perfecto.

—Ven conmigo, vamos a dar un paseo.

Ella frunció el ceño y señaló hacia Lena, pero James hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Me estás mintiendo, querida, por primera y última vez. ¿Está claro? Por lo tanto, o te saco la verdad a besos frente a toda mi familia, o vamos a dar un paseo tranquilo por el jardín y me cuentas lo que te preocupa.

Caminaron por la terraza y después por el jardín. Al dar vuelta en un extremo, la joven vio una piscina que brillaba como plata.

-¿Ally?

—Tu casa es aún más hermosa a la luz de la luna, James.

—Aquí es donde quiero amarte, cariño. Quiero compartirla contigo y con nuestros hijos.

Ella no pudo resistirse cuando él la atrajo contra su cuerpo y la abrazó a su vez.

—¡Mi amor! Ésta es la noche más feliz de mi vida. Encontré la llave para abrir tu corazón. Apenas puedo creer lo dichoso que soy. El que estuvieras compartiendo conmigo la sorpresa del abuelo ha sido muy importante para mí. Esto significa que tendré que trabajar más, pero contigo a mi lado... —la besó y le soltó el cabello—. ¡Podemos volar hasta las estrellas! ¿Qué te gustaría, mi sueño dorado? Cuéntame

tus sueños, quiero llenarte de amor. Mañana le pediré al joyero

de la familia que nos haga un pequeño diente de león en un pendiente, creo que en esmalte sobre oro —se inclinó y la besó en el cuello—. Y descansará justo aquí.

—¡James! ¡James!

James maldijo en voz baja al escuchar que su hermano lo llamaba.

—Hay momentos en que los hermanos menores...

Ally se arregló de nuevo el cabello.

—¡James, te necesitamos! ¡Lena está herida!

—¡Estoy aquí, Jonathan! ¿Qué ha pasado?

—No mucho —Jonathan llegó hasta donde estaban ellos—, pero Lena se ha puesto histérica. Dejé caer la tapa del piano sobre su mano. No fue demasiado, pero ella quiere irse y dice que no podrá conducir. Me ofrecí para llevarla —Jonathan sonrió—. Pero no puedo, porque no tengo carnet de conducir.

—¡Pronto tendrás la edad para ello! —James pasó un brazo sobre los hombros de Ally y regresaron a la casa—. Veamos, Ally, si llevo a Lena a su casa y después regreso por ti...

—Yo propongo una cosa —Broderick Tasman ya se estaba poniendo el abrigo—. Lena vive cerca de la carretera que conduce a la ciudad, así que puede venir conmigo. Pasaré frente a su casa. Ally tiene que regresar a su casa en la ciudad, y como es una buena conductora, puede llevar el automóvil de Lena hasta casa de los Smithson y después seguir conmigo. ¿Alguna objeción?

—¡Sí, abuelo! ¡Tú te llevas dos hermosas mujeres! —protestó James, riendo.

—¡Así es!

Mientras observaba al nieto y al abuelo abrazarse, Ally comprendió que, por algún motivo, Broderick Tasman quería hablar con ella a solas.

Disculpándose por haber echado a perder la noche, Lena le entregó las llaves de su automóvil.

Ally le dio las gracias a su anfitriona, se despidió del resto de la familia y besó con ligereza a James.

Ya en la carretera, siguió las luces traseras del automóvil de Broderick Tasman hasta llegar a la casa de Lena. Ésta descendió del coche y señaló el garaje. Después de aparcar el vehículo, Ally se despidió de ella, le devolvió las llaves y subió al coche de Broderick, junto a él.

—Bueno, Ally, ha sido una noche interesante y ahora tengo tu agradable compañía de regreso a la ciudad. Esto me da la oportunidad de hablar contigo libremente. Tengo que decirte que

estoy contento con la forma en que se desarrollan las cosas. Esta noche, cuando James te llevó hasta mi habitación, pude ver que los dos resplandecíais de amor. ¡Eso hace sentirse conmovido a un anciano!

—James es un hombre excepcional —respondió ella, decidiendo hablar con toda franqueza con el anciano—. Lo amo, pero esto no funcionará. Al final lo haré infeliz.

—¿Puedes decirme por qué crees eso?

—Es por las diferencias. He estado engañándome a mí misma. James es un hombre educado, elegante;es un profesional con estudios universitarios. ¡Ahora es multimillonario! ¿Qué puedo yo ofrecerle?

Broderick Tasman sonrió.

—¡Mi encantadora Alice! Siento respeto por ti, y no son muchas las personas de quienes puedo decir lo mismo. Eres bondadosa, considerada, perspicaz, inteligente, generosa y virtuosa.

—¡Señor Tasman, no debe halagarme! ¡No me conoce muy bien!

—Quizá sea mejor que reconozca que en realidad he hecho todo lo posible por conocerte bien. Un hombre en mi posición tiene que proteger a su familia. Desde la muerte de mi hijo, James se ha vuelto vulnerable, así que, como algo de rutina, he pedido que investiguen a sus amigos.

—¿Qué? ¡Eso es algo repugnante! ¡No irá a decirme que ha estado siguiéndome uno de esos personajes con gabardina y gafas oscuras!

—Los ordenadores brindan más información, aunque si es necesario, utilizo al personal de seguridad. A mi nieto siempre le han gustado las mujeres, pero antes de que te conociera fueron relaciones intrascendentes. Me habla de ti, algo que nunca ha hecho de otra mujer. James se me parece en algunas cosas. Cuando conocí a Alice, no dudé de ella. Con su amor construí un imperio, pero sin ella no lo hubiera hecho —se quedó pensativo durante un instante —. Ally, dadas las circunstancias, creo que es justo que te diga que, en tu caso, ordené una investigación más profunda; familia, posición social, información médica, de estudios, de trabajo...

Detuvo el automóvil a un lado de la carretera.

—¿Usted invadió mi vida privada? —Ally explotó—. ¡Y la de mi familia!

—Tu vida es como un libro abierto. Tu madre es una persona extraordinaria. Admiro su fuerza de voluntad y los valores que les ha inculcado a sus hijos.

La curiosidad superó el disgusto.

—¿Y qué fue lo que encontró?

—Tu padre abandonó a tu madre antes de que Katie naciera. Ella se mudó a esta ciudad, compró la casa y os crió a los tres. La vida no ha sido fácil para ella. Alice, los informes de tu escuela fueron excelentes; tus maestros te tienen en gran estima. Ellos querían que asistieras a la escuela de arte, pues tus calificaciones eran excelentes en ese sentido, pero tú te negaste porque es una carrera muy cara y tu familia no podía pagarla. Te convertiste en niñera y pagaste tus estudios realizando algunos trabajos y elaborando ropa deportiva en una fábrica. El dueño dijo que tu trabajo era de buena calidad…

—Entonces, con toda seguridad, señor Tasman, se puede usted dar cuenta de la diferencia entre el mundo de James y el mío. James necesita alguien bien educado, elegante, como Lena —le costó trabajo pronunciar el nombre.

—¡Que el cielo no lo quiera! ¡Lena se acostaría conmigo si pensara que eso le acarrearía algún provecho! ¡Vaya, te he avergonzado! Lo siento, querida Alice. Lena es inteligente y tiene mucho encanto cuando le conviene. Ya desde niña era egoísta y manipuladora. En realidad, no sé si he hecho bien en nombrarla mi abogada después que su padre se jubiló —Broderick le hizo un guiño malicioso.

—No sé qué decir.

—¡Entonces no digas nada! Deja de pensar en esas tonterías de que no eres lo bastante buena para James. Las personas son más importantes que las propiedades. Tú posees una cualidad fundamental, un corazón amoroso.

Llena de felicidad, ella le sonrió.

—Gracias.

Él parpadeó.

—Sin embargo, tengo otro motivo para hablarte de la investigación, porque obtuve cierta información que creo que debéis conocer tu familia y tú. Se trata de tu padre.

—No hemos tenido noticias de él durante años.

—Tu padre se mantuvo en movimiento todo el tiempo. Pasó de Nueva Zelanda a Australia y después a Canadá y a Estados Unidos. Durante los últimos tres años de su vida, trabajó como escritor independiente. Sí, querida, murió, hace tres semanas.

De alguna manera saber que su padre había muerto le pareció irreal a Ally.

—Gracias por decírmelo. ¿Sabe qué ocurrió?

—Llevaba algún tiempo enfermo. Le envié por fax el nombre y

la dirección de tu madre a su abogado y él escribirá para dar los detalles. Creo que sería mejor decírselo a ella antes de que llegue la carta. Ahora, creo que te llevaré a tu casa.

Cuando llegaron, la acompañó hasta la puerta y ella le dio un beso en la mejilla.

—No puedo aprobar que me haya investigado, pero hubiera querido tener un abuelo que me quisiera como usted quiere a James.

Alice estaba intentando decidirse entre una tela con estampado de flores y otra a rayas. Preguntó los precios y deseó haber seguido trabajando en Tasman para tener derecho a descuento.

—¡Buenas tardes! ¿Puedo ayudarla en algo, señorita Barrett?

Ally alzó la vista y le sonrió a Broderick Tasman.

—Estoy indecisa, no se por cuál decidirme.

—Piénsalo durante la comida. Un anciano prefiere tener compañía.

Ella lanzó una carcajada.

—¡Gracias, estoy hambrienta! Además, después de llevar toda esa tela —señaló hacia el empleado que estaba desenrollando metros y metros de tela—, al autobús, y después hasta mi casa, ya habré eliminado las calorías.

—¿Podría sugerirte nuestro servicio gratuito de entrega? Tantos metros de tela deben de pesar mucho.

—Quería comenzar a trabajar esta misma tarde.

—¿En tu casa? ¿Elaborando ropa de cama para tus vecinos? —Broderick Tasman le habló al empleado—. Llame a entregas y dígales que quiero una de código Z —se volvió hacia Ally—. Te la llevarán en una hora. Mi nieto esperaría de mi que invitara a comer a una clienta tan importante.

Se dirigieron hacia la cafetería y revisaron el menú en la pizarra.

—¿Sabes que James se ha ido de viaje de negocios Nelson?

—Sí, lo llevé al aeropuerto.

—¿Y a pesar de eso vienes aquí a comprar telas? Estoy seguro de que James te hubiera regalado lo que quisieras. ¿Es por independencia, por querer mantenerte en el anonimato o acaso es por ambas cosas?

Pidieron la comida y se sentaron ante una mesa en una esquina.

—Pienso hacer colchas para venderlas —explicó Ally—. Hay mucha demanda para una línea de calidad a un precio bajo. Por el momento estoy realizando unos pocos pedidos, pero una vez que los termine quisiera elaborar mis propios diseños.

—¡Bravo! ¡Una joven con iniciativa! Pero no lo has comentado

con James. ¿Por qué?

—Él tiene tanto trabajo que no creo que sea justo darle más motivos de preocupación —frunció el ceño, tratando de ser sincera —. También pienso que si pudiera hacer esto sin su ayuda me sentiría más segura de mí misma, de mi capacidad; de que podría hacer feliz a James, de que no le fallaría. Él podría ahorrarme tiempo, molestias y dinero, pero si puedo comenzar este negocio con éxito, aprenderé en el camino.

—¿Dónde piensas vender tus productos?

—Creo que en el mercado establecido. Tasman sería el lugar más indicado, pero eso significaría aprovecharme de mi relación con James. Y además ¿en qué situación pondría a la encargada del almacén? ¡La pobre mujer nunca se atrevería a decirme que no!

—Los gerentes de Tasman rechazan mercancías sin remordimiento alguno. Establecer un negocio pequeño no es fácil; la mayoría fracasa. Por lo general, hay falta de capital y de conocimientos. Necesitas un socio.

—¿Involucrar a alguien más?

—Sí. A alguien con conocimiento de negocios y con dinero. Creo que puedes convertir tus ideas en una empresa floreciente. Has encontrado un hueco en el mercado y tienes la originalidad y la capacidad para elaborar las mercancías, y además trabajas duro.

—¿No sería suficiente eso?

—Es posible, pero sería como intentar cocinar este guiso de pescado que estoy comiendo sin experiencia alguna o sin una receta.

—Comprendo lo que quiere decir pero, ¿dónde encontraré...? —lo miró y vio que sonreía—. ¿Usted me ayudaría? ¿Pero por qué?

—Me gusta ganar dinero —Broderick Tasman terminó de comer su pescado y la ensalada—. Si no se lo pides a James, quizá tengas que luchar durante años. Si te asocias con la persona equivocada, te dejará sin un centavo. No quiero verte pidiendo préstamos y pagando tasas de interés. Si yo aporto, cosa que aún está sujeta a estudio y negociación, el capital, los conocimientos en producción, en la venta al detalle, almacenaje y distribución, esperaría recibir el cincuenta por ciento del negocio. Una vez que ya lo vea establecido, te dejaré a ti y a los empleados la mayor parte de la organización del mismo.

—Quisiera pensar en su oferta —Ally frunció el ceño—. No quiero parecer desagradecida y estoy segura de que todo lo que ha dicho es cierto ¡pero es muy diferente de lo que yo había pensado!

—Decide bien lo que quieres, Ally. Fíjate tus propias metas,

ordena tus ideas y ponías por escrito. Después llámame por teléfono. Sin embargo, déjame darte un consejo; un fabricante no puede permitirse pagar los precios al detalle por los suministros que compre a granel. Nosotros le compramos la tela para ropa de cama a un importador y almacenista en Auckland. Ésta es su dirección. Tienes que ir a visitarlo y ver los precios —Broderick escribió el nombre y la dirección al reverso de una de sus tarjetas—. Ahora, querida Alice, creo que regresaré a cuidar la tienda ¡o mi nieto no me la confiará de nuevo!

Ally regresó al departamento de telas, compró las dos que le gustaron, las pagó y después se dirigió a la parada del autobús. Se bajó en el parque, como de costumbre, y poco después, vio llegar el autobús del que descendió un grupo de adolescentes.

Al instante reconoció el cabello dorado de su hermano. Se saludaron y después de practicar un rato, los muchachos se dividieron en dos equipos y comenzaron a jugar.

—¿Jonathan Barrett es su hermano?

Fue el entrenador quien hizo la pregunta.

La joven asintió con la cabeza.

—Se parecen ustedes mucho. Es una lástima que Jonathan haya rechazado la oportunidad de hacer una gira por toda Australia con el equipo de la escuela.

Ally miró al hombre. No quería que se diera cuenta de que su hermano no había contado nada de eso en su casa.

—¿Sería caro el viaje? —le preguntó.

—Nosotros ayudaremos con los gastos, pero los muchachos deben pagar la mitad. Algunos de ellos ya tienen trabajos para las primeras dos semanas de vacaciones y casi todas las familias están dispuestas a ayudar. Procure que Jonathan cambie de idea. Aún falta un mes para la selección del equipo final. Partirán después de Navidad.

Al llegar a la casa, cuando estaba revisando la correspondencia que encontró en el buzón, Ally escuchó que se abría la puerta de la calle.

Se volvió y divisó a su madre. Parecía cansada, demacrada y vieja.

Corrió hasta ella y la abrazó. Horrorizada, vio que comenzaba a llorar.

—¡Oye! ¡A las madres no se les permite llorar!

—¡Ally! ¡Me he quedado sin trabajo!

En ese momento Ally se decidió.

—¡Me alegro! Broderick Tasman, tú y yo vamos a comenzar un

negocio. ¡Cada uno tendrá una tercera parte! ¡Entremos y bebamos un brandy para celebrarlo!

En el portal, un gran paquete con los colores distintivos de Tasman les impidió el paso.

—¡Nuestra primera entrega! ¡Trabajando juntas podemos hacerlo en la mitad del tiempo!

Dos semanas después, Ally se despidió de Broderick Tasman cuando éste la dejó frente a su hogar. Con una gran maleta en la mano, entró corriendo en la casa.

—¡Ally! ¡Ya estás de regreso! —su madre la abrazó—. Te hemos echado de menos.

—Me ha ido muy bien en Auckland. ¡He pasado cuatro días encantadores! ¡Espera a que veas lo que he comprado! ¡Es maravilloso!

—¿Respetaste el presupuesto?

—Sí y no. Recordé tomar las referencias de las otras telas que me gustaron para que podamos pedirlas por fax. Hoy debe llegar una entrega especial de encajes. ¡Podía haber gastado todo el presupuesto sólo en encajes! Nunca había visto algo como eso.

—¿Cómo te las arreglaste con el señor Tasman?

—¡Nos divertimos mucho! Ojalá lo hubieras escuchado regatear... Gracias a él hemos ahorrado mucho dinero. Todos los distribuidores lo aprecian. ¡Continuamente nos invitaban a comer o a cenar! Habría aumentado de peso, pero nos hemos movido tanto que no he podido engordar. Y ahora escucha lo bueno. El señor Tasman me presentó a un fabricante de telas que estaba de paso. Le mostré mis diseños y me los pidió. A cambio de los derechos para utilizar dos de ellos, él nos dará precios especiales para seis diseños exclusivos. ¡Eso significa que el próximo año tendremos seis diseños exclusivos nuestros! Yo me hubiera horrorizado por el importe del pedido mínimo, pero el señor Tasman lo triplicó y lo firmó. Depositó un cheque personal en la cuenta de la compañía para cubrir el pago. ¡Durante una hora fuimos ricos! ¡Tengo que decidir qué diseños usar, dibujarlos, preparar muestras de los colores en este mismo mes! ¡Soy una gran ejecutiva!

Ally sonrió feliz.

—¡Imagínatelo, nuestros propios diseños! — abrazó a su madre —. ¡Es tan excitante! ¿Cómo te has arreglado aquí?

—Aquí va todo bien. Tenemos suficientes pedidos como para mantenernos ocupadas durante un mes. Todo el mundo quiere las mercancías de Alice's Cot-tage Crafts. Las dos empleadas que contratamos son muy buenas, pero contraté otra más. Katie también

cose para ayudar; Jonathan ha aprendido a doblar y a hacer los paquetes; además lleva el registro de los materiales usados y otras cosas. Un día vino la señora Thwaites y los gemelos y terminó ayudándonos en la oficina. Le pedí que viniera y hablara contigo. Necesitamos alguien allí.

—¡Eso me parece maravilloso! El señor Tasman tenía razón cuando me dijo que necesitaríamos más empleados. ¿Hay alguna correspondencia para mí? ¿De Australia?

—No, pero James llamó desde Sydney. La primera vez simplemente le dije que no estabas en casa; la segunda vez que llamó contestó Katie. Le dijo que estabas en Auckland con su abuelo en un viaje de compras y que regresarías hoy —la señora Barrett movió la cabeza—. Creo que has cometido un error al no contarle a James lo de la sociedad con Broderick Tasman.

—James regresará mañana y se lo explicaré entonces. Apenas nos hemos visto desde aquella cena con su familia. Lleva casi dos semanas en Sidney. ¡Ha sucedido tanto desde entonces!

—Hay algo más. Una carta del abogado de tu padre.

Ally pasó por alto el primer párrafo de la misiva, pero el segundo le llamó la atención.

¿Papá había vendido una historia a una compañía cinematográfica? Después de pagar todos los gastos y deudas, el abogado espera enviarte... ¡mamá, es una fortuna!

—¡Desde luego que no! Pero es lo suficiente para ahorrar un poco y terminar de pagar la casa. Sólo nos quedaba una pequeña hipoteca, pero la aumenté para reunir el dinero necesario para nuestra participación en Alice's Cottage Crafts. Ahora no tendré que preocuparme por los pagos mensuales. Katie quiere un telar grande para su tejido, y Jonathan hará un viaje por Australia con su equipo... pero no sé qué darte a ti.

—¡Guárdalo para mi boda!

—¡No estás hablando en serio! ¿o sí? ¡James es tu primer novio! Apenas lo conoces. Tú querrás alguien que esté contigo tanto en los momentos buenos como en los malos. No cometas el mismo error que yo. Tómate tu tiempo... Piénsalo bien.

Ally la abrazó.

—James me ama y yo lo amo. ¿Qué podría cambiar esto?

CAPÍTULO 10

ALLY llevaba todo el día esperando la llamada de James. A las dos de la madrugada, llegó a la conclusión de que él había perdido el avión y que llegaría al día siguiente, quizás por la mañana.

Pero a pesar de la gran cantidad de trabajo que se acumuló al otro día, el tiempo pasó lentamente. Cada vez que sonaba el teléfono, Ally se llenaba de esperanza y luego de desaliento. Cuando llegó el momento de dejar de trabajar estaba muy preocupada; tenía la sensación de que algo malo había ocurrido. La televisión no pudo tranquilizarla. Como una pantera enjaulada, recorría el salón de un lado a otro, verificando continuamente que el teléfono estaba bien colgado. Las noticias de las nueve de la noche informó de las tragedias del día, pero no se había estrellado ningún avión. La joven se decidió, tomó el teléfono y llamó al apartamento de James. La grabadora la invitó a dejar el mensaje, así que la joven optó por llamar a la línea privada de la oficina de él, pero sólo escuchó el sonido del timbre. Por último llamó a la casa de sus padres.

—Habla James Tasman.

—¿James? Soy Ally. ¿Por qué no me has llamado?

¿Cuándo llegaste? ¿Estás bien? ¿Tienes gripe? —esperó su respuesta, pero sólo hubo silencio—. ¿James? Te he echado de menos. ¿Cuándo te veré?

—¡No muy pronto!

Ally se reclinó contra la pared. Había palidecido y trató de hablar, pero no salió sonido alguno de su boca.

—No tiene objeto seguir esta conversación; nuestra relación ha terminado.

El sonido del auricular al ser devuelto a su sitio fue definitivo. Tambaleándose, Ally se dirigió a su dormitorio y se apoyó contra la ventana.

Las fatídicas palabras seguían resonándole en la cabeza: «Nuestra relación ha terminado». El eco fue alejándose, desvaneciéndose. «Terminado. Nuestra relación. Terminado. Terminado».

Recobró el conocimiento lentamente, luchando por apartar la colcha, y escuchó la voz de su madre.

—Quédate tranquila un poco más, Ally, te desmayaste. Katie, ve a preparar la tetera y haz té para todos. Jonathan, trae el calentador.

Una hora más tarde, ya sola en la cama, Ally recordó la conversación con James y se dijo que tenía que ser una broma

cruel. En una o dos horas más él llegaría a verla con un ramo de flores. Él la amaba. ¿No se lo había dicho un millón de veces?

La llegada de la mañana la hizo comprender la realidad. James le había dicho que su relación había terminado.

Toda la semana estuvo pensando en eso mientras trabajaba, hasta que al fin se decidió. Iría a ver a James. Merecía la pena luchar por su amor.

Llamó al número privado de la oficina.

~¿SÍ?

—James, soy Ally.

—Estoy en una reunión.

La ira y la angustia se mezclaron con el dolor en el pecho de la joven.

—¡Al diablo con la reunión! James, te amo.

Con incredulidad, lo escuchó aspirar con fuerza y entonces se cortó la comunicación. Después de esperar un rato para recuperar la compostura, llamó de nuevo, ahora al número de la tienda y pidió hablar con su secretaria. En las últimas semanas se habían hecho amigas.

—¿Ally? ¿Quieres hablar con el jefe? Está en una junta, pero no creo que tarde mucho. ¡Está furioso! Debe haberle ido mal en Australia. Al menos, después de hablar contigo estará mejor —se rió en voz baja—. Mira, tiene tiempo libre para comer a la una. ¿Por qué no lo sacas de la tienda un rato? ¡Necesitamos tener paz!

Ally se decidió. No era normal en James tratar mal a sus empleados.

—Anótame en su agenda para que vea la cita —pidió.

Al colgar el auricular miró su reloj y comprendió que le quedaba poco tiempo para cambiarse y tomar el autobús hasta la ciudad.

Exactamente a la una en punto entraba en la oficina.

—¡Ally! Traté de llamarte por teléfono. Lo siento, pero el señor Tasman no puede recibirte.

—¿No puede o no quiere? ¿Puedes darme otra cita?

—No resolvería nada. Se puso furioso cuando vio tu nombre. Me ordenó cancelar todas sus citas para esta tarde y además me dio la orden de no pasar ninguna llamada tuya.

—No lo comprendo —Ally habló en un susurro—. Tengo derecho a verlo...

—¡No está aquí!

Ally no podía creerlo. Eso no era normal en James. Su sentido de responsabilidad era muy alto. ¿Sufriría alguna clase de depresión? Si tenía algún problema, ella quería ayudarlo, pero primero tenía

que verlo y saber qué sucedía.

Quince minutos después, estaba frente al apartamento de él. Subió con lentitud por la escalera, esforzándose por tranquilizarse. La puerta estaba parcialmente abierta y al entrar vio a James junto a la chimenea, quemando fotografías. Sorprendida, observó cómo su imagen se convertía en cenizas.

—¡James!

—¡Tú! —se volvió hacia ella, la miró furioso—. ¿Cómo te atreves a venir aquí?

Asustada, Ally retrocedió un paso instintivamente.

—James, cualquiera que sea el problema ¡déjame ayudarte! ¡Te amo!

—¡Amor! ¿Tú? ¡Ensucias la palabra al pronunciarla! ¡En tu boca es una blasfemia! ¡Detesto la fingida inocencia! Quería todo el mundo para ti, eras la mujer perfecta, un sueño dorado —su voz era gélida—. Pero estabas detrás del dinero, no del sueño. Me engañaste con tu apariencia virginal. Te respeté, te puse en un pedestal... —se rió brevemente—. ¡Tu capacidad de actuación es digna de un Óscar!

—¡James, esto es una pesadilla! ¡Yo no he hecho nada!

—¡Mírate! ¡Los ojos llenos de lágrimas, la boca fruncida de dolor! —de nuevo él rió con burla—. ¡Podría jurar que eres inocente si no lo supiera bien!

—Por favor, James, sólo dime lo que se supone que he hecho.

—¡Basta! —él golpeó la mesa con el puño—. Lena vino a decírmelo. ¡Tú y el anciano! ¡Mi abuelo! ¡Esto es obsceno!

Con los ojos muy abiertos, Ally observó al hombre que estaba frente a ella. No podía ser que quisiera decir que... que ella era la amante de Broderick. Era ridículo. Sin embargo, la expresión en el rostro de James confirmaba que él lo creía.

—¡Tú insinuación es repugnante! ¿Cómo puedes pensar eso de mí? ¿Y de tu abuelo? Mira, James, lo has interpretado mal. ¡Lo has interpretado todo mal! Es una sociedad de negocios únicamente, con mi madre y tu abuelo.

—Sí, Lena me dijo que insististe en que tu madre fuera socia también, sólo para darle apariencia de respetabilidad. ¡Tu madre puso una cantidad simbólica, una pequeña parte de lo que pagó mi abuelo por sus derechos en ese supuesto negocio! ¡Los productos para la cama los suministraría Alice 's Cottage Crafts\

—¡Estás equivocado! ¡Iba a decírtelo!

—¡Otros me lo dijeron! Me enteré de lo de tu excursión a Auckland. De cómo el anciano iba acompañado por una hermosa joven rubia. Lena quería ocultarme eso, pero Katie lo confirmó.

Se acercó y la puso contra la pared.

—¡No eres otra cosa más que una prostituta cara! Veo que has cambiado tu estilo de vestir. Ésta es tu personalidad real, una mujer segura de su atractivo sexual.

La tocó con lascivia.

-¡Basta!

—¿Por qué? ¡Tú no te detuviste ante nada! ¿En realidad pensaste que yo permanecería inmóvil mientras veía cómo desheredabas a mi madre, mi hermano y mi hermana?

-¿Qué...?

—¡Evítame tener que soportar tu fingida inocencia, me resulta aburrido! Lena siempre ha estado muy unida a nuestra familia. Por eso me dijo que prefería olvidar la ética profesional que permitir que tú desheredaras a mi familia. Se quedó sorprendida cuando mi abuelo le pidió que hiciera unas valuaciones actualizadas de todas sus propiedades, pero cuando le preguntó cómo podría terminar con los fideicomisos que había establecido para mi familia fue demasiado. Le explicó que quería vender algunos de sus bienes y preparar un nuevo testamento —se detuvo y estudió el efecto de sus palabras—, ¡porque quiere demostrar su cariño por la pequeña Alice!

—¡No! Él me agrada. Lo admiro y lo respeto. Él nunca ha...

—Eres demasiado avariciosa. ¡Planeabas vender la casa! ¡Echarías a mi madre de su casa! ¡Y a mis hermanos! ¡Mira estas fotocopias! Ésta es la firma de mi abuelo en las autorizaciones —James le mostró unos papeles—. ¡Míralos bien!

—¡Basta! Yo no puedo... nunca pensé que pudieras ser tan cruel.

—¿Yo? Tú eres la desalmada. Fue cruel destruir los vínculos entre mi abuelo y yo. Lo has convertido en un pobre viejo que babea de lujuria. ¡Tienes que ser magnífica en la cama!

Ally sintió que se le aceleraba el corazón al comprender lo que James pensaba hacer. El comenzó a bajarle la cremallera del vestido e instintivamente ella le sujetó la mano.

—Pareces que estás en forma —declaró él, arrastrando las palabras—, pero quisiera hacer una inspección antes de decidir comprar cinco minutos. Con eso será suficiente.

Ally comprendió que los celos, el orgullo lastimado y la ira lo estaban destruyendo y se compadeció de él. ¿Cómo podría probar su inocencia si nada había ocurrido?

Tragó saliva con dificultad. Sí había una forma. Al darse cuenta James de que ella era virgen, comprendería que se había equivocado y eso les daría la oportunidad de reencontrar su amor.

—Necesito protección —musitó ella.

—Nunca pensaría tener relaciones sexuales sin un preservativo.

La fue desnudando lentamente y ella se lo permitió, aunque quería gritarle" «¡No! ¡No así!»

—Imaginaba tu hermosura —murmuró él—. Tu piel es tan suave...

Le echó hacia atrás el cabello, pero ella mantuvo la cabeza baja. No quería que viera las lágrimas a punto de salir de sus ojos.

—¿Prefieres mantener los ojos cerrados?

Sin poder hablar, ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿Así que no puedes ver a tus amantes?

—Por favor, James.

—Preferiría una posición ligeramente más cómoda. ¡La violeta virginal puede que vuelva loco a mi abuelo, pero no me atrae a mí!

Todo el ser de la joven se rebeló. James podía pensar que era culpable y quería castigarla, pero ella le estaba permitiendo degradarla.

—Ya es suficiente, James. No voy a seguir con esto...

Mientras hablaba, volvió a ponerse la ropa íntima. Entonces James la miró sonriendo burlón.

—¡Nunca tuve la menor intención de tocarte! Sólo de jugar un poco —tomó el vestido y se lo lanzó—. Ahora te diré mis condiciones. Si haces feliz a mi abuelo, no me importa que te pague un pequeño salario mediante tu denominada sociedad, pero insisto en la discreción. El resto de la familia no debe saber nada de esto. Puedes quedarte con lo que mi abuelo ya te haya regalado, pero si me entero de que piensa regalarte cualquier propiedad o dinero, o nombrarte heredera de una parte importante de sus bienes, entraré en acción.

Ally se estremeció ante el desprecio en sus ojos.

—Otra cosa más. Si te encuentras en casa de mi abuelo cuando yo vaya de visita, espero que te mantengas lejos de mi vista. Rechazarás cualquier invitación que se te haga a la casa familiar. Y no quiero verte nunca más. ¡Nunca olvides que yo protejo a los míos!

Ella terminó de vestirse y se levantó con dignidad.

—Algún día sabrás la verdad, James. Estaba dispuesta a darte la prueba, mi virginidad.

Se puso la chaqueta, los zapatos y salió de la habitación.

CAPÍTULO 11

ALLY dobló con cuidado la colcha en la que estaba trabajando y se levantó, estirándose, con los músculos doloridos por todo un día de trabajo. Miró el reloj y vio que ya era medianoche. Revisó los libros y vio que de nuevo habían sobrepasado las cifras proyectadas para la semana, a pesar de que, siguiendo sus instrucciones, el vendedor no había ofrecido sus productos a las tiendas propiedades de James Tasman.

Al fin se dirigió a su dormitorio, se desvistió, se dio una ducha y se acostó. Pero a pesar de lo mucho que lo intentó, no pudo evitar que le viniera a la mente el rostro de James. Haciendo un esfuerzo por olvidarlo, pensó en los gemelos y sonrió al recordar su risa cuando les regaló unos títeres que les había hecho. Finalmente se quedó dormida.

A las seis y media de la mañana, sonó el despertador. A las siete ya estaba trabajando y a las diez llegó Broderick Tasman.

—Querida Alice, estoy preocupado por ti. Pareces más un diente de león fumigado con algún herbicida que la joven llena de colorido que me presentó mi nieto. Te estás convirtiendo en una adicta al trabajo. Tómate unas vacaciones; necesitas descansar.

—No, gracias, señor Tasman, estoy bien —el temblor en su voz la delató.

—Sé que tú y mi nieto habéis roto vuestro compromiso, pero creo que estáis equivocados. Tú estás triste, y en cuanto a James... ¡no lo he visto! Dejó a cargo de los negocios a su asistente y regresó a Sidney para trabajar en la idea de los centros comerciales. Uno de mis viejos amigos me comentó que lo ha visto y que parece un tigre gruñón. Regresó a casa hace dos días, pero lamentablemente yo estaba en Auckland y él regresó a Sidney antes de que yo llegara. ¡Si no fuera tan ridicula la idea, pensaría que está tratando de evitarme! Cuando hablamos por teléfono, me contesta con monosílabos y cuando le pregunto por ti, cuelga el auricular. Es obvio que le duele demasiado hablar de eso. Si supiera qué pasó entre vosotros, quizá podría ayudar a arreglarlo.

Ally miró al anciano y notó la expresión de tristeza en su rostro. Estaba desconcertado, pero ella no podía decirle la verdad.

—Me temo que no es tan sencillo. Cometí un error de poca importancia, algo que debí haber discutido con James. Alguien lo interpretó mal y convenció a James de que yo estaba interesada en el dinero y las propiedades de usted. Fue una... una escena desagradable. Por favor, señor Tasman, no puedo decir más.

Broderick Tasman frunció el ceño.

—Pero hay algo más, ¿no es cierto? James sabe que no eres una persona interesada. Fue una de las primeras cosas que me dijo sobre ti, así que para que creyera lo contrario tiene que haber conseguido alguna evidencia.

—Lo siento, señor Tasman —la joven contuvo al deseo de llorar —. Tengo que terminar esto.

—El amor nos vuelve vulnerables —él suspiró y le dio unas palmaditas en el hombro—. Creo que necesitas ayuda. O por lo menos tiempo para arreglar las cosas y encontrar un poco de paz. ¿Qué me dices de Fiji? Arenas adorables, agua tibia y cocoteros. Lo disfrutarás y yo estaría encantado de pagarte las vacaciones a ti y a una amiga…

—¡No! ¡No! ¡No puedo! ¡Ya me ha dado demasiado! —la dominó el pánico al pensar que James podría enterarse. Luego comprendió que había exagerado su reacción, así que añadió—: Lo siento. Es que en realidad ya le debo demasiado y quisiera poder devolverle su dinero lo antes posible. He ahorrado la mayor parte de mis ingresos, pero necesitaré todavía mucho tiempo… De hecho, mientras usted estuvo fuera, fui a varios bancos para ver si podía conseguir un préstamo por ese importe, pero se negaron a concedérmelo. Por supuesto, no mencioné su nombre —miró con tristeza al hombre que le recordaba tanto a James—. Me gustaría poder pagarle.

—¿Estás preocupada por el dinero? ¡Olvídalo! ¡Yo te conozco un poco más que todos esos gerentes de los bancos! Mi Alicia te habría aprobado. Siempre decía que yo tenía una habilidad instintiva para seleccionar las acciones ganadoras en el mercado de valores —el señor Tasman sacó una carta de su portafolio—. Es del fabricante de telas. En primer lugar, él y sus principales funcionarios quedaron tan gratamente impresionados con los diseños que les enviaste que van a prepararnos un pedido.

—¿Significa eso que tendremos pronto los diseños exclusivos?

—¡Eso y más! Este hombre, que negocia con telas a todas horas, todos los días del año, piensa que la serie de dientes de león será un éxito. Conozco a los fabricantes. Él ha reconocido tu capacidad y sabe que estás bien respaldada. Me ha propuesto que negociemos un contrato adicional porque quiere ser nuestro proveedor exclusivo para tus diseños a largo plazo —le entregó la carta—. ¡Felicidades! Hablaré con un par de personas cuyas opiniones respeto y pondré manos a la obra antes de la próxima junta del consejo.

—Parece un contrato muy ventajoso para nosotros. ¡Es por cinco

años con el derecho a renovación! —Ally hojeó las páginas—. Se expresa en tono muy halagador sobre mis diseños.

—¡Si hubieras ido al banco con esa carta en tus manos te habrían otorgado el préstamo! ¡Ally, vas a tener tanto dinero que no sabrás qué hacer con él! Puedo ver a las fábricas en todo el mundo y los artículos de Alice's Cottage Crafts vendiéndose en Sidney, Londres, Roma, Tokio, Toronto, París y Nueva York.

—¡Qué imaginación tiene!

—¡Soy un viejo zorro astuto! Formamos un gran equipo con tu madre, pero el equipo desaparecería si la diseñadora no pudiera hacer su trabajo. Lo principal es tu originalidad, Alice, así que para proteger nuestra inversión te ordeno que descanses por lo menos una semana. Ahora termina lo que estás haciendo y después tómate unas vacaciones. Si no quieres que te pague un viaje a algún sitio, acepta que te preste la casa de la playa durante una o dos semanas. Me harás un favor; lleva mucho tiempo vacía, y una casa, para mantenerse, debe estar ocupada.

Ally estaba tumbada sobre la arena, con los ojos cerrados, oyendo el murmullo de las olas.

La playa estaba solitaria y la tranquilidad la calmó, aunque sus pensamientos volvían inevitablemente una y otra vez hacia James.

Además, se preguntaba qué podría hacer para ayudar al señor Tasman. Él había perdido a su esposa y a su único hijo y ahora a su nieto. Lena había seleccionado su blanco de un modo cruel y destructivo.

—¡No es justo! —exclamó, lanzando una concha hacia el mar—. ¿Qué voy a hacer?

La sombrilla que había puesto antes le estaba dando sombra en la espalda y Ally se incorporó para moverla.

—¡Permíteme!

Allí estaba él, de pie, cambiando la inclinación de la sombrilla.

—¡James! —Ally casi no pudo hablar y se sentó—. Si quieres usar la cabaña, me iré inmediatamente.

—He venido a verte a ti, para disculparme. Lo siento, Ally.

Muchas veces ella había imaginado ese momento de triunfo, pero ahora no sintió nada.

—No sabes cuánto siento haberte acusado de tener relaciones sexuales con mi abuelo por dinero.

Su voz estaba llena de vergüenza.

—Lo siento —se dio la vuelta y se quedó de frente al mar, apretando los puños con fuerza.

—¿Por qué has cambiado de idea?

—Mi abuelo me envió un contrato y una carta en la que me pedía mi opinión sobre el negocio. Cuando vi el nombre de Alice's Cottage Cratts como la compañía que participaba en la negociación con un fabricante de telas muy respetable, me puse furioso. No podía creer que él fuera tan insensible como para pedirme que tuviera algo que ver con vuestra sociedad. Durante una hora estuve tan furioso que ni siquiera quería pensar en eso, pero me extrañaba que Broderick planteara el negocio con tanta seriedad cuando Lena me había dicho que vuestra sociedad era sólo una forma discreta de pagarte tus servicios. Me vi obligado a leer el contrato y todos los papeles y declaraciones de impuestos que había incluido mi abuelo.

—¿Tu abuelo te envió todos esos papeles? —Ally se levantó indignada—. Eres la última persona que… —de pronto se detuvo—. ¡Yo le di autorización para que le mostrara los documentos a un experto, pero nunca pensé que fuera a enseñártelos a ti!

—Estás molesta, Ally, pero creo que el abuelo tenía otro motivo más. Esos papeles me obligaron a reconocer que existía un negocio legítimo. Era difícil seguir pensando en ti, era más fácil odiarte, por eso no quería leer el contrato. Pero, finalmente, pensé que tenía que saber lo que estaba sucediendo para proteger a mi familia.

Ella apartó la vista.

—Los recibos que guardaste de la casa de huéspedes en Auckland realmente me sorprendieron. Broderick se había quedado en su apartamento, pero había cuentas de taxis que mostraban dónde y cuándo te recogía cada día, los lugares que visitabais y dónde te dejaba cada noche. Reconocí las direcciones; proveedores de telas, importadores de encajes. Después vi todas las facturas de las mercancías compradas. También estaban las crecientes relaciones de empleados y las cifras de sus impuestos, e incluso que la señora Thwaites trabajaba para ti a media jornada en la oficina.

—Así que llegaste a la conclusión de que sí existía un pequeño negocio.

—Sí, uno con posibilidades inmensas, tal como lo demuestra el contrato. Sin embargo, antes de llegar al detalle de los sueldos, creía que el término «socio de cama» era la forma más apropiada de describir el interés de mi abuelo; sin embargo, tu salario me hizo reconsiderarlo. Aparte de una pequeña cantidad que apenas serviría para alimentarte, todos tus sueldos, después de pagar impuestos, son ingresados en la cuenta de mi abuelo. Además, una parte más pequeña del sueldo de tu madre también va a parar a esa cuenta, con el fin de liquidar el importe que le pagó mi abuelo al fabricante de telas. Todo esto aparece en el contrato —James se volvió hacia

ella—. Si hubieras sido la explotadora de hombres que yo pensaba que eras no te habrías molestado en pagarle. Una mujer capaz de convencer a mi abuelo de que vendiera su casa y sus demás propiedades no se habría preocupado por eso.

Se interrumpió. Parecía realmente compungido.

—Había demasiadas piezas en el rompecabezas. Recordaba tu rostro cuando te acusé… —se detuvo—. Ally, por favor no llores, no puedo…

—¡No voy a llorar! —ella se inclinó para recoger su ropa y se frotó la cara con la mano. Parpadeó porque se le había metido arena en los ojos. De pronto James la abrazó—. ¡No me toques!

—¡Espera un momento! —él la soltó y sacó un pañuelo blanco —. ¿Una tregua? Si tratas de sacarte así la arena será peor.

Con delicadeza, le sacó la arena del ojo, le secó el rostro y le puso el pañuelo frente a la nariz.

—¡Suénate!

Ella cogió el pañuelo y se sonó la nariz ruidosamente. De pronto, se sintió tan agotada que tuvo que sentarse, pero cuando James a su vez se sentó junto a ella comprendió que había cometido un error.

—¿Cómo explicas las pruebas de Lena?

—También estaba todo eso en el paquete que me envió el abuelo. Me decía que los resultados del centro comercial habían excedido las expectativas y que la moral de los empleados era muy alta. Esperaba discutirlo conmigo, pero puesto que no había podido verme, quería que supiera que había planeado convertir todas las tiendas Tasman en centros comerciales. Me exponía todas las opciones. La primera requería que se completaran todos los cambios en un período de doce meses. Debido al número de tiendas que componen la cadena Tasman, esa opción significaba mucho dinero, millones. Para obtenerlo necesitaría pedir grandes préstamos y se vería obligado a vender la mayor parte de sus propiedades, e incluso hipotecar la casa principal. Había autorizado a Lena para que estudiara una forma conveniente de llevar a cabo las operaciones, de modo que no fue necesario utilizar los fideicomisos de la familia, puesto que en esta opción se corría el riesgo de quiebra. Como es natural, esto significaba rehacer su testamento.

James calló un momento, pero como Alice no dijo nada, prosiguió:

—La segunda opción era realizar los cambios durante un período de quince años, aunque esto era demasiado lento. La tercera, era una mezcla de las dos anteriores. Se efectuarían los cambios en las tiendas pero a lo largo de un período de cinco a seis años. Piensa

vender algunas propiedades, como sus apartamentos en Auckland y Wellington para obtener algún dinero adicional con el fin de que no haya necesidad de hipotecar la residencia.

—¡Así que de repente no soy la bruja malvada que pensaba expulsar a tu madre de su casa!

—¡Hmm! —había dolor en los ojos azules—. Al leer la carta comprendí que Lena había tergiversado los documentos. Antes de viajar a Sidney yo le había dicho que pensaba casarme contigo. ¡Nunca se me ocurrió que ella quería ser mi esposa! No me ama, sólo pensaba que yo sería apropiado ¡y con el tiempo, rico! Dos días después, mi abuelo fue a verla y le entregó las autorizaciones, indicando sus tres opciones. Lena utilizó mal, deliberadamente, esos documentos. Ya he hablado con ella. Ha renunciado a su puesto en el despacho, pues le dije que, si no lo hacía, la denunciaría al colegio de abogados. Después fui a tu casa, donde me encontré con la señora Thwaites. Se negó a decirme dónde estabas pero, cuando iba a marcharme, Greer me dio una concha.

La miró, y Alice pudo ver, por la expresión de sus ojos cuánto había sufrido.

—Después fui a ver a mi abuelo y cuando él me abrazó comprendí que había sido un tonto al dejarme engañar por los celos y la ira. Le expliqué que te estaba buscando, pero no quiso decirme dónde te encontrabas. Me dijo que yo te había hecho muy infeliz, que necesitas un descanso pues habías estado trabajando de catorce a dieciséis horas diarias... me regañó como cuando era niño. Creo que me envió esos documentos con la intención de que nos reconciliáramos. Al parecer, me protegiste cuando te interrogó.

—Lo hice por él. ¡Él te quiere mucho!

—Se negó a revelarme dónde estabas. Me dijo que primero tendría que consultarlo contigo.

—¿Cómo me encontraste?

—Gracias a la concha de Greer. No estaba seguro, pero pensé que merecía la pena venir a comprobarlo —se detuvo y la miró—, Cariño, ¿me perdonas?

—Acepto tu disculpa y tus explicaciones. Ahora te puedes ir.

-¿Alice?

Ella se arriesgó a mirarlo y eso fue un error.

-¡Ally!

Ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y decidió que la mejor forma de protegerse era mostrarse seria.

—Por favor, vete. Ya te he perdonado, no hay nada más que decir.

—Ally, te amo. Eres la única mujer que he amado.

—¿Que me amas? —sus palabras la hicieron perder el control. Se levantó y se alejó corriendo mientras le gritaba—. ¿Cómo puedes decir eso? ¡Maldito seas, James Tasman!

-¡Ally!

Ella corrió hacia los arbustos para protegerse, pero él llegó antes. Sorprendida, Ally lo vio agacharse para recoger algunas flores silvestres. ¡Dientes de león! Jadeante y temblorosa, lo miró.

—Ally, debes creer que te amo... Me volví loco cuando pensé que me habías traicionado...

Ella se sintió enferma. ¿Cómo pudo James pensar algo así?

Por favor... fue el amor lo que me hizo reaccionar de esa manera. Estaba loco de ira y de celos... Tienes que perdonarme, Ally.

Le ofreció las flores.

—¡No! —gritó ella—. ¡No estás siendo justo!

—No puedes seguir furiosa conmigo... ¿y sabes por qué? Porque me comprendes y, por consiguiente, no puedes odiarme. ¿Y estás asustada? ¿Asustada porque te sientes atraída hacia mí? ¿Asustada porque no quieres amarme?

Era la verdad, pero ella permaneció en silencio.

—Sé que te he lastimado, Ally —le tomó las manos—. No sé si podré compensarte por ello. Quizá toda la vida no sea suficiente, pero pienso intentarlo.

Le besó las manos. El contacto de sus labios la conmovió e inclinó la cabeza para que no le viera los ojos.

—No, no te escondas de mí. Hay demasiado dolor que aliviar.

Sorprendida por la aflicción en las palabras, Ally alzó la mirada y vio la expresión de pena en el rostro varonil. Entonces comprendió que si bien ella había sufrido, él también se había atormentado. ¿Qué era lo que quería en realidad? ¿Satisfacer su orgullo? ¿Lastimarlo aún más? ¿O reconocer su propia necesidad y amor como lo había hecho antes? Se acercó a él y se reclinó contra su pecho, abrazándolo. Durante un instante permanecieron así, perdonando, comprendiendo.

—¡Diente de león!

James la besó levemente y después repitió la caricia una docena de veces, cada vez con mayor intensidad.

—¡Cariño, amor mío! —con un gemido, la besó agresivamente mientras la oprimía contra su cuerpo—. ¡Vino de diente de león! —le sonrió—. ¿Querías decirme algo? Si es decirme que me amas, ya lo sé.

—Te amo, pero tengo otras responsabilidades. Hay personas que confían en mí: tu abuelo, mi madre, nuestros empleados, y no traicionaré su confianza. Quiero establecer una cooperativa. He estado estudiando un plan de participación de los empleados...

Se detuvo al escuchar la risa de él.

—Soy un Tasman, así que no puedo protestar. De hecho, nuestros negocios pueden complementarse. Cada una de las tiendas Tasman podría tener una boutique de Alice's Cottage Cratfts.

—¡Estudiaré la idea! —respondió ella con ligereza—, y la presentaré ante el consejo directivo. No creo que seamos lo bastante grandes para poder llegar a eso antes de tres años. Apenas estamos empezando.

—Eso me da tiempo para afirmar nuestra cadena de tiendas. Para entonces, ya se habrá terminado el programa de remodelación y tendremos el capital para invertir. Quizá para entonces también podamos tomarnos unas buenas vacaciones para ver el mundo juntos. Podremos dedicar algún tiempo a luchar por salvar selvas tropicales o ballenas, o la capa de ozono... y pensar en iniciar nuestra familia. Sé que te gustan los niños pero ¿quieres tener hijos, aunque eso signifique interrumpir tu prometedora carrera?

—¡Claro que sí! —Ally le sonrió—. ¡Por supuesto que quiero tener hijos! Le ofreceré mi participación de Alice's Cottage Crafts a alguien más, tal vez a Katie. Quizá trabaje como diseñadora una o dos tardes a la semana. Quiero tiempo para estar contigo...

No pudo seguir hablando pues el calor de las caricias de James la dejó sin aliento.

—Por siempre y para siempre, mi querida Ally.